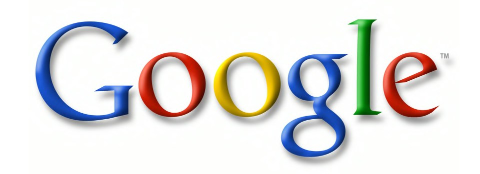


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

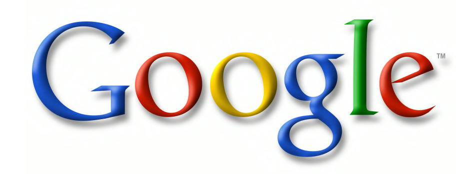
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA 6820.28



Harvard College Library

FROM

National Library
of Chile

B. Vicuña Subercaseaux

Gobernantes i Literatos

Montt i Varas—Mitre—Manuel A. Matta—Balmaceda
Juan E. Lagarrigue—Roosevelt—German Riesco

Alberto Blest Gana—Manuel Blanco Cuartin
Zorobabel Rodriguez—Los hermanos Amunátegui—Carlos T. Robinet
Ruben Dario—Heredia



SANTIAGO DE CHILE
Sociedad "Imprenta i Litografía Universo"
HUÉRFANOS, 1036

1907

GOBERNANTES I LITERATOS

DEL MISMO AUTOR

UN PAIS NUEVO (Cartas sobre Chile—1903)—1 vol.

LA CIUDAD DE LAS CIUDADES (Correspondencia de Paris—1905)—1 vol.

B. VICUÑA SUBERCASEAUX

Gobernantes i Literatos

Montt i Varas—Mitre—Manuel A. Matta—Balmaceda
Juan E. Lagarrigue—Roosevelt—German Riesco

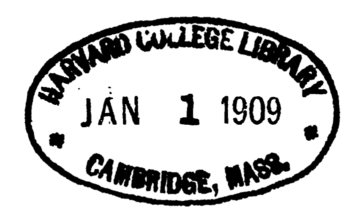
Alberto Blest Gana—Manuel Blanco Cuartin
Zorobabel Rodriguez—Los hermanos Amunátegui—Carlos T. Robinet
Ruben Dario—Heredia



SANTIAGO DE CHILE
Sociedad "Imprenta i Litografía Universo"
HUÉRFANOS, 1036

1907

A 6820.28



National Library of Chile

BOUND OCT 25 1909

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Durante diez años de periodismo activo, muchas veces, he tenido que decir algo sobre tal o cual hombre notable, ya fuera porque su muerte o la inauguracion de su estatua constituyesen la «nota del dia», o ya porque su recuerdo o su actuacion hicieran preciso fijar su personalidad.

Así he llegado a formar esta galería, o serie de estudios, de hombres verdaderamente interesantes

Hai el método didáctico que consiste en establecer al individuo i derribar de él toda la obra realizada. Pero este método está tachado de falso, pues existe el hecho de haber hombres de vida insignificante que realizan obras grandes; i vice-versa grandes personalidades que han hecho poco.

Por esto he preferido hacer como los críticos ingleses i como Saint-Beuve: simples relatos, en los cuales se esplica a los hombres por su carácter, por las modificaciones que las circunstancias imponen al carácter, por la influencia del medio, de la herencia, por la naturaleza de sus obras, por lo que representaron en su época, por todo aquello, en fin, que esplica a un individuo i forma un juicio de él.

Esto sólo se encontrará en algunos retratos de cuerpo entero que hai en el presente volúmen. Los otros son simples bosquejos.

He hecho este libro porque nunca está demas repetir lo que fueron los seres jenerosos i de talento: «Contar hazañas,—dice un verso clásico,—es arrojar semilla de hazañas».

Como sigo trabajando, espero algun dia presentar una segunda serie de «Gobernantes i Literatos».

B. V. S.

NOTA.—*La mayor parte de estos artículos han sido publicados en «El Mercurio» de Santiago.*

PRIMERA PARTE

(GOBERNANTES)

MONTT I VARAS [1]

Ya no existen las pasiones de 1850. Ya triunfaron los liberales de Bilbao i los autoritarios de Montt. Los primeros introdujeron en nuestras instituciones un soplo de libertad; los segundos afianzaron esas instituciones dando amplia cabida al progreso bajo su sólida estructura. Del esfuerzo, del odio i de la sangre de los unos i de los otros, surjió la nueva forma próspera i feliz de la nacion. Así se hacen los países: de largos períodos de lucha implacable. Su forma definitiva es la gloriosa fusion de los contendores: ámbos le aportan las ideas opuestas que, juntas, realizan la obra completa. Sin los revolucionarios de Lastarria i de Bilbao no habríamos llegado a tener libertades públicas; sin los hombres de autoridad, que hoi conmemoramos, no habríamos llegado a tener administracion. Gloria, pues, a los unos i a

(1) Publicado el 17 de Setiembre de 1904, con motivo de la inauguracion del monumento a Montt i Varas.

los otros. Que los descendientes de los amotinados del 20 de Abril se descubran hoi ante Montt i Varas. Mañana, ante Vicuña Mackenna, se descubrirán los descendientes de los que formaron el decenio. Asistimos a una hora feliz de justicia, de concordia, de amor. No puede ser de otro modo: las odiosidades de 1850 no deben subsistir, puesto que a esas odiosidades se debe el Chile contemporáneo. "Pipiolos" i "pelucones", liberales i monttvaristas, se reunen i se abrazan en la posteridad. Todos ellos fueron los fundadores de la República. Esta es la filosofía de nuestra historia.

Biondi, el eminente escultor italiano, supo interpretarla. Don Manuel Montt i don Antonio Varas, esos hombres de fierro que firmaron tantos decretos terribles, aparecen en lo alto de una plácida columna, tranquilos, afables, como maestros i pensadores. Así eran, en el fondo, esos dos ilustres chilenos. Eran amigos de educar a la jente para el trabajo i la felicidad. Si fueron autoritarios, si fueron duros, si firmaron condenas implacables, lo hicieron violentando sus naturalezas. Lo hicieron porque habia entónces una banda temible i jenial qne predicaba avanzadas doctrinas de democracia i libertad, que queria romper violentamente con las tradiciones que eran los viejos penates de la sociedad chilena. Esos muchachos jeniales, que corrian en pos de

la apostólica figura de don Francisco Bilbao, proclamando una república ideal, amenazaban el órden público. I Montt i Varas solo pensaban en el "órden público": esa era su Ofelia; esa era su pasion. Ellos querian educar al pueblo, desarrollando, al mismo tiempo, todas las actividades materiales del pais para que hubiera riqueza i bienestar. Ese programa, ántes que nada, necesitaba órden público. Los miembros de la "Sociedad de la Igualdad", (partido revolucionario) poco caso hacian del órden público. Su impulso era mas literario que práctico; su ardor.era puramente moral. Ellos querian libertad de sufrajio, de palabra i de conciencia; ellos querian todas las libertades i todos los derechos que la revolucion filosófica otorgó a los hombres. "Que los chilenos no estaban todavía preparados para usar de todas esas libertades teóricas!" No importa; corramos al asalto de esas libertades.

Soplaba una ráfaga de aire jeneroso que no permitia concebir la libertad democrática sin la idea del sacrificio personal. El ejemplo venia de Paris, donde morian a millares los idealistas de la libertad (1848). Montt i Varas amaban tambien esas libertades, pero creían que no era posible implantarlas de la noche a la mañana. Querian órden para ir preparando al pueblo lentamente. Tenian ese buen sentido práctico,—que dice Taine hablando de Stuart Mill,—ese buen

sentido que realiza progresos sin cometer devastaciones. Ellos eran la razon; Bilbao era el corazon. El choque fué inevitable i necesario: fué un choque fecundo.

Eran hombres de gobierno i resistencia; tuvieron carácter. A ellos se les debe el encauzamiento ordenado, la marcha i desarrollo que tomaron los partidos liberales. Sin ellos, esos partidos, echándose a correr por un terreno mal preparado, ebrios de entusiasmo doctrinario, habrian tenido una suerte ruinosa. Ellos establecieron una lei de equilibrio en la formacion política i moral de Chile. Levantaron una muralla erizada de bayonetas, en las cuales dejaron sus ensangrentados despojos las juventudes impulsadas por nobles i prematuros entusiasmos. Hai sangre en la memoria de esos hombres. Pero sangre tiene que haber en cada pájina de historia. La sangre es el abono que alimenta para las jeneraciones futuras una cosecha floreciente. A la sangre de 1850 se debe la armonía de 1900.

Montt i Varas no fueron déspotas, no fueron tiranos antojadizos. Fueron hombres que sostuvieron duramente el principio de autoridad, en una época de ebullicion i de peligro, seguros de que, a la relajacion de este principio, corresponderia el desórden, la anarquía, de la naciente sociedad chilena. Sus miradas penetraron el porvenir. Su obra de mortal resistencia fué una obra

de vida. Ellos, al lado de sus enemigos, los liberales, tienen una parte gloriosa en la formacion de este país de paz i libertad, porque fueron ellos los que contuvieron los desbordes i las impaciencias de la libertad.

Sí, realizaron una obra de vida i de paz. Fueron buenos chilenos, sabios i amigos de enseñar. Antes que muriera don Manuel Montt hubo muchos, víctimas del "decenio", que le reconocieron su mérito. Se cuenta que uno de los muchachos del 20 de Abril, uno de los deportados de la "Luisa Braghinton", un condenado a muerte de 1859, que llegó a ser un liberal ilustre, cada vez que lo encontraba se acercaba a saludarlo respetuosamente. Nadie ignora la noble actitud de don Domingo Santa María, — otra de las víctimas del "decenio"—cuando, en pleno Congreso, defendió a don Manuel Montt. En una época en que dominaba todavía el criterio de los historiadores revolucionarios,—que hasta ahora han sido los únicos historiadores de la administracion Montt,—esos hombres justos tuvieron la intuicion de lo que sería, sobre don Manuel, el juicio de una posteridad independiente. Nosotros somos esa posteridad.

Por eso asistiremos en masa al acto inaugural de ese monumento mandado erijir por quien supo interpretar la clara justicia de nuestra jenera-

cion (2). Por eso miramos con placer esa admirable obra de arte, alrededor de cuya pirámide se desenvuelve una guirnalda de graciosas figuras, que son el emblema de todas las obras de paz i de progreso que Montt i Varas realizaron con el pensamiento i el amor, miéntras contenian con el puño el avance prematuro de la juventud.

Cuando apareció el artículo que acaba de leerse, recibí algunas cartas i recados llamándome "renegado del liberalismo", i en los cuales se hacia sentir un rencor persistente por los hombres que formaron el "decenio".

Tales cartas i recados provenian de hombres viejos, de sobrevivientes de aquella época. Ellos son los únicos que continúan viendo tiranos en don Manuel Montt i sus colaboradores, tiranos opuestos antojadizamente al desarrollo de las ideas liberales.

Hai fenómenos sociales que no son comprendidos por los hombres de la jeneracion en que se produjeron. Los liberales de 1850 se morirán viendo en Montt i los suyos simples enemigos de la libertad, enemigos violentos i crueles. Es el criterio de la primera época del siglo XIX: por un lado despotismo autoritario i relijioso, por el otro libertad laica e igualitaria.

(2) Don Agustin Edwards.

Los hombres que así piensan, los viejos, nuestros padres, se enojan cuando nos ven escribir sobre el "decenio" con un estilo mui distinto de aquel con que ellos redactaron "Las tablas de sangre". (3) Encuentran incomprensible que podamos ser partidarios políticos del hijo de don Manuel Montt. (4) Los cambios operados en cincuenta años no cuentan para ellos. Desearian que pensáramos como ellos, que fuésemos una continuacion de la guerra civil.

Es imposible. Somos una nueva jeneracion; aquellas odiosidades las vemos perdidas en un horizonte de paz i de progreso. Somos una nueva jeneracion dotada de mayor cultura intelectual. La ciencia, adaptándose al estudio de los fenómenos sociales i políticos, nos hace comprender claramente i apreciar con justicia, aquel período revolucionario. Es una de esas evoluciones de ideas que se operan de una jeneracion a otra. I ella nos pone en desacuerdo con los viejos, con nuestros padres. Siempre sucede así. Siempre los jóvenes están haciendo algo que los viejos maldicen. Es el progreso.

Las ideas políticas que los liberales sostenian en

---

(3) Uno de los tantos procesos hechos por la prensa revolucionaria al gobierno de don Manuel Montt.

(4) Don Pedro Montt, actual Presidente de la República.

1850 se derivaban del ideal de la Revolucion de 1789. Nuestra jeneracion parte de un principio histórico i positivista. Ahora, un Estado se considera como un organismo. Así como el bienestar o la enfermedad de una persona provienen de su organismo, así, en un Estado, los acontecimientos políticos provienen del organismo social. I éste a su turno se debe a una serie de condiciones inevitables: a la raza, a la herencia, a la historia, al clima, al medio ambiente. Bueno o malo, el organismo social existe i funciona por una necesidad eterna, invencible.

Aquellos acontecimientos del "decenio" fueron, pues, la consecuencia irresistible, inevitable, del desarrollo de una nacion. No fué el avance del liberalismo la obra preconcebida de los jóvenes de la "Sociedad de la Igualdad": fué el estallido natural de las ideas que, al traves de los siglos, veníanse abriendo paso. Los jóvenes liberales fueron los ajentes de que tales ideas se valieron.

Del mismo modo, Montt i Varas no fueron hombres de resistencia i autoridad por antojo o capricho; lo fueron porque el espíritu de conservacion de la sociedad se manifestó en ellos.

Los hombres no son sino los ajentes por medio de los cuales los fenómenos sociales se convierten en hechos. Mal haríamos en estudiar la historia i la política en la sola personalidad de los que la representaron. Hai que ver las cosas en la tradi-

cion, en la herencia, en el medio ambiente, que las nuevas ideas van modificando. Todo es un conjunto. Es esa gran lei del "determinismo" que descubrió Espinoza, que Augusto Comte impuso al pensamiento moderno, i en la cual Taine basó el admirable edificio de su obra filosófica, política i literaria. Segun ella, en el universal dominio de la naturaleza, todo se mueve por leyes invencibles, profundas, armoniosas; leyes emanadas de fenómenos históricos, de necesidades humanas, de influencias esteriores; leyes ajenas a la voluntad de los hombres, i de las cuales éstos no son sino simples ajentes. Así, hai en la historia de los pueblos, liberales i conservadores, como hai en los jardines flores rojas i flores blancas. Mal haríamos en reprocharle a las unas que fuesen blancas i a las otras que fuesen rojas. Lo son sin quererlo, por obra de la naturaleza.

Este criterio científico tiene la ventaja de distinguir, en el estudio de la política, el punto en que los hombres se ligan a los fenómenos sociales i aquel en que accionan voluntariamente. La ciencia aleja la pasion. La falta de pasion permite discernir la verdad.

Montt i Varas, como representantes de la resistencia social ante las ideas nuevas, tienen una fisonomía adusta, poco simpática si se quiere; dejaron mas de un recuerdo doloroso. Pero esos no eran los hombres; eran los ajentes de una fuerza social.

Los hombres—Montt i Varas—se revelaron en el hogar, en la cátedra, en la confidencia. En eso fueron caracteres liberales i dulces, personas amigas del pueblo i de la paz. Así los vemos nosotros, los de la nueva jeneracion, porque la ciencia, en el estudio de la historia, nos ha hecho barrer con las pasiones. Así eran.

Al espíritu liberal e igualatorio de la Revolucion de 1789, vinieron a agregarse las cuestiones sociales i el sufrajio universal. Se creyó que la República, tal como estaba, solo en la forma era democrática. La juventud quiso hacerla en el hecho. Tenia sus ideas i morir por ellas era su gloria. Esto hizo estallar en Paris la revolucion de 1848, cuando Edgardo Quinet i Lamartine propusieron al pueblo una República ideal.

Las juventudes de todos los países sintieron el impulso de esas ideas i la seduccion de aquellos caudillos populares. Era una nueva forma adquirida, en su marcha incesante por la filosofía de la revolucion. Era un fenómeno social que arrastraba a los jóvenes. Arrastrados por él se sintieron en Chile Bilbao, Santiago Arcos, Lastarria, etc., etc.

¿Iban a implantar sus ideales? ¿Iban a reformarlo todo de un soplo, creando, de la noche a la mañana, un estado de cosas sin precedentes?

Nó. Existia el pasado, las tradiciones, la historia, i los intereses creados a su sombra, la sabiduría de la experiencia. Todo eso se opuso al avance im-

petuoso de lo nuevo. I felizmente. Porque, al no haber encontrado esa resistencia, lo nuevo habríase implantado, sobre la ruina de lo antiguo, sin estar preparado para ello. El ejemplo de lo que entónces hubiera sucedido está en la historia.

Hubo un pueblo, un pueblo jóven i admirable, hecho de razon, de poesía, de elocuencia i de belleza. Todos sus hombres eran libres i sus héroes fueron innumerables, como sus pensadores i sus artistas. Me refiero a esa Grecia divina en cuyo recuerdo reside la eterna fiesta del espíritu humano. Un dia, la juventud ateniense hizo triunfar sus ideales avanzados sobre el espíritu conservador de los viejos. Haciendo caso omiso de las fuerzas históricas, se implantaron doctrinas nuevas; todo el órden social quedó trastornado; en una palabra, se hizo, de un dia para otro, una creacion social completamente nueva. Eso trajo la ruina. Habíase perdido esa lei de equilibrio que hace que el mundo marche armoniosamente. La democracia ateniense destruyó los intereses tradicionales; la propiedad desapareció; la igualdad alejó la intelijencia; el escepticismo derribó los dioses; vino la guerra civil que todo lo envilece, i, al poco, las lejiones romanas acamparon en las faldas del Acrópolis.

Eso pasa cuando no se observa esa lei de compensacion que hemos dicho, cuando lo nuevo se implanta sin resistencia. Deben existir dos escue-

las opuestas. De la lucha, del choque de ámbas, va resultando el progreso solido, la implantacion de ideas maduradas, la armonía, en fin, que rije al mundo moral tanto como al mundo físico.

En Chile, por suerte, no fué como en Grecia. Al avance impetuoso de la juventud, un espíritu de órden i mesura se contrapuso. Las tradiciones i los intereses sociales se corporizaron en el Gobierno i resistieron. Esa resistencia fué el "decenio" i Montt i Varas fueron los hombres que la personificaron.

Hubo lucha, lucha tenaz i sangrienta. Pero esa lucha, ya lo dije, fué fecunda. En ella,—podemos decirlo sin que sea una paradoja,—ámbas tendencias triunfaron: el liberalismo renovador i el principio de autoridad conservadora. I a ello se debe nuestra república actual, brillante por sus libertades públicas i fuerte por la firmeza de sus instituciones.

Así lo juzga nuestra jeneracion que ha reemplazado, en el estudio de la historia, las pasiones heredadas por la lójica de la ciencia. Entónces, en el cielo de la posteridad, confundimos en una misma gloria, en una misma gratitud, a los unos i a los otros, a los reformadores que murieron en las barricadas i a los adustos defensores de la tradicion i la autoridad. A los unos les debemos el progreso de las ideas; a los otros el no haber caído en

la ruina de los sistemas precoces. Ambos fueron las manifestaciones naturales i opuestas del desarrollo normal de la sociedad.

Este es el juicio de nuestra jeneracion, el juicio que los hombres de 1850 parecen no comprender, tal vez porque la ciencia no ha desarrollado en ellos una nocion mas amplia de la existencia universal, un amor a la verdad i a la justicia mas fuerte que las pasiones heredadas.

Al comenzar la vida, esas pasiones nos dominan i conducen: somos como una prolongacion de las luchas i de los odios pasados. Así, aquí en Chile, vemos a los hijos de familias liberales, cuando tienen veinte años, ser cándidos amantes de la igualdad, intransijentes defensores del espíritu laico, mortales enemigos de cuanto a eso se opone. Pero, desde que una ilustracion superior ensancha nuestra intelijencia i afirma nuestro criterio, la verdad i la justicia se nos imponen. Los odios personales que hemos heredado se desvanecen, puesto que vemos a los hombres como simples factores de los movimientos i los fenómenos sociales. I la práctica de la vida, que el estudio precipita en nosotros, nos pone escépticos, nos sustrae a la fascinacion de los declamadores doctrinarios. Al ménos a mí, personalmente, — séame permitido decirlo,— así me ha pasado. Al comenzar la vida le rendí ardoroso culto a los penates de la revolucion liberal. Hoi, desconfío de la igualdad, i desconfío del su-

frajio universal como de otros tantos dogmas peligrosos. Un criterio iluminado, desprovisto de prejuicios, no puede negar que la desigualdad es la lei esencial de la vida. ¿I el sufrajio universal no es acaso el triunfo pernicioso de las mayorías ignorantes sobre los grupos ilustrados?

Esos son los penates de la democracia. Los objetamos en nombre de la lójica i de la esperiencia, pero sin protestar de ellos. Son hechos consumados; hai que aceptarlos i ver modo de perfeccionarse en ellos.

Desconfiados de la infalibilidad de esos principios, continuamos siendo liberales; pero tristes, escépticos. La ciencia tiene este privilejio: estudiando las cosas humanas a la luz de su prisma riguroso, le debemos la melancolía i la desconfianza. ¡Qué hacerle! Por otra parte, a ella le debemos, en el estudio de la política i de la historia, el haber llegado a la plena justicia, a la plena verdad.

BARTOLOMÉ MITRE [1]

Al iniciarse la segunda mitad del siglo XIX, las Repúblicas sud-americanas—creadas sobre las antiguas colonias de España por el contajio liberal i filosófico de la Revolucion francesa—conservaban en gran parte las costumbres i las tradiciones monárquicas: eran Gobiernos fuertes, basados en la autocracia i en la milicia. Por medio de un parlamento dócil, ofrecian al pueblo una apariencia constitucional. Hacian creer que era enemigo del órden i la sociedad todo el que hablase de establecer realmente el gobierno democrático en cuyo nombre se habia lanzado el grito de independencia. Algo semejante pasaba en Europa, donde las monarquías, habiéndose hecho constitucionales, continuaban, en realidad, ejerciendo el antiguo absolutismo.

La jeneracion de 1830 nació al estampido de revoluciones populares que desde Europa arroja-

(1) **Publicado el 19 de Enero de 1906, al dia siguiente de la muerte del Jeneral acaecida en Buenos Aires.**

ban sobre América un soplo de alzamiento democrático. El liberalismo i las doctrinas sociales de 1848— agregándose a Juan Jacobo Rousseau i Saint Simon—nutrieron la intelijencia e inspiraron el corazon de los jóvenes del mundo entero. Para esa jeneracion—educada en semejante escuela—se hizo insoportable la resistencia que las fuerzas antiguas presentaban en América. Formaron, los jóvenes de entónces, un hermoso grupo, liberal i filosófico, que emprendió una vasta campaña de renovacion política i social. Fueron grandes hombres, luminosas encarnaciones de la libertad, heroicos sostenedores del derecho. Gracias a ellos se operó una evolucion benéfica: del gobierno centralizado se pasó al gobierno representativo: de la dominacion teolójica se pasó a la libertad de conciencia: de la oligarquía se pasó a la democracia.

Los hombres que formaron ese grupo i que tal obra realizaron, se presentan a los ojos del historiador, no sólo con una aureola venerable, sino tambien con un carácter internacional semejante al de los héroes de la Independencia. Es que éstos, como aquéllos, no tuvieron patria determinada; fueron, en todo el Continente, paladines de una causa política. Como San Martin i Las-Heras trasmontaron los Andes para librar a Chile de la dominacion española, Francisco Bilbao fué a Buenos Aires a sembrar ideas de amor al pueblo i a

libertar al pensamiento de las trabas antiguas. Así tambien Mitre, Sarmiento, Alberdi, anduvieron en la Banda Oriental, en Bolivia, en Chile, rompiendo lanzas por la libertad política. Ellos fueron los héroes de la segunda campaña de nuestra independencia. En 1810 nos libertamos de la opresion en que la España nos mantenia; en 1850 nos libertamos de las tradiciones antiguas.

Esto dió a esos hombres una popularidad americana, una atmósfera de gloria mas amplia i mas bella. Dia llegará en que nuestro progreso continental, agradecido a la obra de Sarmiento, no sepa decir claramente si ese hombre fué chileno o arjentino. En ambos países combatió los gobiernos despóticos, en ambos países levantó el nivel intelectual del pueblo, en ambos países dejó obras inmortales, en ámbos tuvo sufrimientos i amores.

Tal fué Mitre; i mas todavia, porque no sólo está su huella en la historia de nuestro liberalismo, sino tambien en el Perú, en Bolivia, en Uruguai. A este héroe lejendario pequeña se le hizo la pampa arjentina i la montaña chilena para pelear por la libertad política. Por eso el jeneral don Bartolomé Mitre no sólo fué ciudadano arjentino: fué hijo i servidor de la gran Patria Americana.

Por eso, cuando en 1883, el jeneral Mitre volvió a Chile, fué recibido con arcos de triunfo i vítores del pueblo, como un héroe nacional. En realidad lo era. Habia sido, en 1852, en Valparaí-

so, redactor de *El Mercurio*, enemigo encarnizado del gobierno de don Manuel Montt, desterrado «chileno» en el Perú. En Santiago habia sido literato fecundo; con sus compatriotas emigrados en el «Círculo de los Amigos de las Letras», habia promovido polémicas memorables: con Lastarria habia medido su pluma de historiador i con Eusebio Lillo su estro de poeta. Santiago fué el Eden de sus amores juveniles. Al verlo reaparecer, en 1883, las bellezas de 1850,—conservando bajo la nieve de sus cabellos el recuerdo de las ardientes rosas, le mostraron en sus álbums apergaminados las poesías que entónces les dejara, esas flores que nunca se marchitan.

El jeneral Mitre tiene en su vida una pájina de nuestra historia. Tiene otra de Bolivia i de la Banda Oriental. La América está en él. Este carácter internacional es uno de los distintivos de su personalidad.

Este distintivo, en él se realza mayormente, por su doble carácter de soldado i de poeta, por lo novelesco de su existencia andariega, por su bravura indómita en cien combates probada, por la belleza de su figura física, hecha al parecer de esa madera milagrosa que en las márjenes del Plata ha producido ídolos de la multitud.

Largo tiempo discutida, la obra del jeneral Mi-

tre, el carácter bueno o malo de su influencia en la República Arjentina i en América, ahora la opinion se ha uniformado.

Se le acusó duramente de haber hecho la guerra al Paraguai sin que existiese para la Arjentina una necesidad ineludible, ni un punto de honor ofendido. La invasion del territorio de Corrientes i la captura por los paraguayos, de dos buques arjentinos,— causas ostensibles de la guerra,— fueron talvez,— seguramente,—pretestos; aunque es verdad que el Paraguai, por el tirano López, fué mal gobernado.

Mitre, en la guerra del Paraguai, presidente de la República i jeneralísimo del ejército aliado (Brasil, Arjentina i Banda Oriental), aparece como el devastador de un pueblo, como el caudillo salvaje de una horda primitiva. Pero, despues de cuarenta años (la guerra duró de 1865 a 1870), se ha comprobado que tuvo Mitre, al ir a esa campaña antipática, indigna del antiguo soldado i poeta de la libertad, una razon política profunda.

La guerra del Paraguai habria sido uno de los puntos del programa ideado por Mitre para realizar su obra de unificacion, de creacion, puede decirse, de la nacionalidad arjentina. Las luchas que, desde Buenos Aires, sostuvo con las provincias habrian tenido,—tuvieron,—el mismo objeto. Mitre, entónces, ántes que Sarmiento, habria sido el primer gobernante arjentino que comprendió

claramente el estado moral de su pueblo i que vió cuál era el camino que habia que tomar para formarlo en cuanto a nacion, librándolo de permanecer eternamente como multitud indefinida, sin opinion, sin alma, vagando por la Pampa, dejándose absorber por la inmigracion cosmopolita, o entregándose delirante a la locura de los caudillos en los cuales su injenuidad veía ídolos.

En este sentido la obra de Mitre, como militar i gobernante, habria sido de las mas notables que encierra la historia de América, de las mas grandiosas que es posible concebir. En este sentido se comprende ahora su influencia, i la República Arjentina contemporánea lo saluda como a su verdadero padre.

Porque ese pueblo,—como muy bien lo esplica el señor Ramos Mejía en su interesante obra «Multitudes Arjentinas»,—no era una nacion, era una multitud flotante, formada al azar, con corrientes súbitas i violentas, sin opinion comun organizada, templada, permanente, pudiendo servir de motor regular, tanto para impulsarla como para detenerla. En la primitiva historia de la República Arjentina, la ausencia de espíritu público se siente como carácter distintivo. Vagos, de por si, fueron los elementos constitutivos de estas repúblicas: raza española con el temperamento trastornado por la transplantacion; pequeños agrupamientos perdidos en territorios enormes; mezclas

degradantes con sangres inferiores; todo lo cual redundaba en quebrantamiento del carácter i de la unidad de la raza.

No obstante en Chile i en los países del norte, por la conformacion jeográfica, por la índole del trabajo comun, por los peligros que asechan a las colonias, éstas se reunieron en agrupaciones que tenian el mismo objeto. Estas nacionalidades americanas se fueron formando con el renacimiento del jenio español en el Nuevo Mundo. En las colonias del Pacífico, ya en el siglo XVII, se nota algo de compacto i se siente un espíritu público como el bosquejo de una alma criolla.

No fué lo mismo en la Arjentina. A los españoles desembarcados en el Rio de la Plata i a los que asomaban por el lado de Chile, en la cumbre de los Andes, la Pampa se les ofrecia profunda, ilimitada, fácil, prometiendo en cada horizonte una riqueza nueva. Caminaban sin cesar; no se detenian en ninguna parte. No existian ahí esos límites que sujetan a los pueblos, que los encierran en un marco determinado, i así los hacen adquirir un carácter comun, un sello nacional. Por eso la multitud arjentina era vaga e inquieta; por eso en cada rejion de la Pampa, al grito de un caudillo que la ignorancia hacia idolatrar, un pueblo se levantaba en contra de otro pueblo, que, a la distancia, no habia podido ni conocer ni amar. Era esa — i todavia lo es en gran parte — una nacionalidad

defectuosa, en cuyos grandes vacíos pasaban a perderse las ideas de cultura, de cuyo conjunto nada se podia esperar, como no fueran guerras provinciales incesantes, bajo la influencia corruptora de los caudillos, esos personajes de relumbron que fascinaban a la vaga e ignorante multitud.

Esto fué lo que comprendió el jenio de Mitre, hijo de la Pampa i conocedor de ella desde el Neuquen hásta la sierra de Córdoba. I fué esto, este defecto histórico de la formacion de su pais, lo que se propuso enmendar con un gobierno fuerte que se impusiera a las provincias i las estrechara por medio de una tradicion comun. Para esto, para unir al país, para crearle glorias i sentimientos comunes, lo arrastró a una guerra que tuviese carácter de causa nacional. Ese fué el móvil, la razon escondida, pero poderosa, de la guerra del Paraguai. Magnasco lo reconoce en su notable estudio sobre ella. Eso fué lo que hizo que Mitre, dos veces, a mano armada, quisiera hacer sentir a las provincias la fuerza del gobierno central, para destruir en ellas el caudillaje, para echar sobre ellas puentes que las unieran, que hicieran efectivo el federalismo, i dieran fuerza i carácter a la raza. Era preciso, era urjente constituir de ese modo a la República Arjentina, porque comenzaba para ella un tiempo de mercantilismo e inmigracion que bien podia destruirla al encon-

trarla simple multitud, sin carácter, sin leyes, sin forma resistente.

Esta fué su obra de militar, de gobernante, de escritor: destruir el caudillaje; fundar el prestijio i la fuerza de gobierno federal; establecer la unidad moral de la República Arjentina; crearle una opinion, una conciencia nacional; en una palabra, constituirla como nacion.

Ese fué su propósito i esa fué la obra que en gran parte realizó. A esto hizo converjer su triple accion de soldado, de poeta i de funcionario público. Por esto hai por su obra, en la República Arjentina, admiracion i gratitud. Como se sabe cuál fin persiguió, las tiranías, las crueldades i los malos versos, se le han perdonado. Mitre, que es una interesante figura en el mundo latino, por su talento, su bravura, su larga i activa actuacion, era en la Arjentina un padre, un oráculo, un semi-dios. Para hacer comprender esto, para hacer ver de un modo mas preciso cuál fué su esfuerzo, mejor es que hagamos un lijero bosquejo de su vida.

Nació en Buenos Aires en Junio de 1821. Su precocidad fué estraordinaria: junto con abrir los ojos a la vida, abrió su corazon a las aspiraciones de gloria. A los diecisiete años (1838) lo vemos de capitan en el ejército del jeneral Lavalle, que

el tirano Rozas mantenia sitiado en Montevideo. En el segundo sitio de esa ciudad, cuando el mismo tirano Rozas encerró en ella al jeneral Paz (1843-1846), Mitre es ya coronel i una de las cabezas del movimiento libertador. En 1848,—completamente vencida la revolucion liberal por el despotismo de Rozas en todo el territorio arjentino,—Mitre se escapa al estranjero. Pero no lo hace para ir a descansar o a guarecerse del peligro. Habiendo entrado a Bolivia por el sur, se enrola, como jefe de artillería (era su arma), en el levantamiento liberal encabezado por el jeneral Ballivian. Pelea en combates i en grandes batallas con bravura semejante a la de los héroes antiguos. Escribe versos sobre el cuero de los tambores, en la noche de las derrotas, a la lumbre siniestra de las pueblos incendiados. Es un jóven que desborda heroísmo i jenio: tiene algo del apóstol de una causa liberal i mucho del aventurero, matamoro i simpático. Así se forma, entre las imprentas de la nueva doctrina, las asonadas de los cuarteles, i los amoríos de los cuerpos de guardia. De Bolivia pasa a Chile. Aquí, en aquel tiempo, en cuanto a liberalismo, las cosas no andaban mucho mejor que por allá. Los liberales,—mui excitados por la índole absorbente del gobierno de Búlnes, dirijido por el Ministro Montt, quien tomaba proporciones de candidato a la presidencia de la República,—reciben a Mitre como a un jefe consagrado ya. Le

dan, en Valparaíso, la redaccion de *El Mercurio*. Desde ese puesto de actividad i de influencia, contribuyó a preparar la revolucion de 1851 con la cual los liberales chilenos saludaron la presidencia de don Manuel Montt. El gobierno triunfante lo destierra al Perú; es el desterrado del destierro. Caudillo del liberalismo en desgracia, sin renunciar a defenderlo, pasa batallando de pais en pais. Es mui hermosa esa época de su vida.

Vuelto a Chile en 1852, se entrega a las letras, a la noble competencia que, en este terreno, los emigrados arjentinos tuvieron con nosotros. Se dedica, por un corto espacio de tiempo, a vivir en los encantos de la sociedad de Santiago, a amar la gracia incomparable de la mujer chilena. (2)

---

(2) Se ha creído que Mitre contrajo en Chile, i por aquella época, una de las grandes pasiones de su vida, un amor romántico i casto, digno de un temperamento de poeta como el suyo. Habria sido la platónica heroína de tales amores una dama chilena de gran familia i que dejó recuerdo duradero por su belleza i su talento, doña Eugenia Vicuña i Toro de Rodríguez Peña. Su esposo era hijo del prócer argentino de ese mismo nombre. Los emigrados arjentinos en Santingo, en 1852, tuvieron un centro en casa de la señora Vicuña de Rodríguez Peña. Así llegó Mitre, cuando tenia poco mas de treinta años, ante la mujer que debia amar toda su vida, segun tantos actos suyos lo comprobaron posteriormente. La adorable vision de esa mujer se trasparenta en muchas composiciones poéticas del ilustre arjentino. En 1883, cuando volvió

Pero eso no dura mucho. Con Sarmiento, con Alberdi, Juan Cárlos Gómez, con todos los emigrados, ha tomado parte, desde Santiago, en la preparacion del alzamiento jeneral de las provincias arjentinas en contra del abominable i eterno Rozas. Producido ese alzamiento, atraviesa la cordillera para ponerse a la cabeza de él. Tiene treinta i dos años. Desde entónces, terminado ya su rol de aventurero, de paladin internacional de las libertades públicas, comienza su accion de jefe i organizador de la República Arjentina. Es una nueva faz de su vida. Vamos a verla.

Las provincias sublevadas, con esa unidad firme, con ese ardor heroico que el sufrimiento imprime,—las depredaciones del tirano, los estragos de la Mazorca, duraban ya doce años—arrollaron al ejército de Rozas en la memorable jornada de

---

a Chile, el recuerdo de la señora Vicuña, muerta ya hacia varios años, lo siguió como sombra melancólica. Elejido por su amigo don Benjamin Vicuña Mackenna para ser padrino de una hija suya nacida en esos dias, pidió que se le llamara Eujenia. «Quiero,—dijo—que haya siempre en Chile una Eugenia Vicuña». Hasta su muerte el jeneral Mitre, entre las innumerables ahijadas que tenia, manifestó gran predileccion por la señorita Eugenia Vicuña Subercaseaux. «No tanto,—decia,—por ser la hija de uno de mis mas viejos e ilustres amigos como porque lleva el nombre de un ser que conocí en mi juventud i nunca olvidé, un ser admirable, todo hecho de belleza, de talento, de virtud.»

Monte-Caceros. Cúpole a Mitre decidir la victoria con sus cañones. Fué en esa campaña jefe de la artillería del ejército aliado (arjentino-uruguayo). Destruido para siempre ese despotismo, que durante tantos años mantuvo al pais en trajedia perpetua, Mitre se dedica a las tareas fecundas de la organizacion nacional. Es diputado de la provincia de Buenos Aires en el Congreso Federal, i bosqueja entónces, por primera vez, su concepcion política de la República Arjentina, su temor por la falta de unidad en el espíritu público, la necesidad urjente de fortalecer el gobierno central, i unir a las provincias por medio de comunicaciones materiales. Para él las batallas i las líneas férreas tenian el mismo objeto: acercar unas a otras las diversas porciones de ese inmenso pais dividido por abismos de ignorancias i de odio, hacer sentir la autoridad de un gobierno único.

Su idea era exacta, sus temores eran justificados. Comienza a sentirse, bajo tierra, la preparacion de un nuevo conflicto. El antiguo caudillaje sigue siendo la terrible pasion de las provincias. Mitre es llamado al Ministerio de la Guerra. Pasa entónces, al estallar la guerra civil de 1859, a la direccion del ejército de Buenos Aires, el ejército del órden, de la unidad, del gobierno federal. Va al campo de batalla, no ya a derrocar tiranos, sino a cimentar i defender sus ideas de gobierno. Es

desgraciado. Los caudillos de las trece provincias sublevadas lo derrotan en el campo de Cepeda. Como militar, esa fué la única vez que hubo de entregar su espada. Pudo consolarse con el hecho de que fuera Urquiza quien lo vencia: Urquiza, caudillo de la Pampa es cierto, pero prototipo de heroicidad.

Vuelve la paz en 1860. En cada período tranquilo Mitre deja la espada i toma la pluma del diarista para hablar de política, para seguir propagando sus ideas, realizando el programa que ya dijimos. Tambien empuña el baston de autoridad para dictar decretos progresistas, para cumplir, por ese medio tambien, su obra de unificador, de creador de la patria arjentina. Como gobernador de Buenos Aires, en 1860, dejó su nombre ligado a trabajos considerables.

¡Esos períodos de paz duran mui poco! Duran lo que el sol en el invierno. Las odiosidades de la Pampa, las ambiciones de los caudillos, los defectos históricos del pais, lo que Mitre queria correjir, lo que aun dura i suele perturbar a esa República, no tardaba en volver, oscureciendo el horizonte con polvaredas sangrientas. La guerra civil vuelve a estallar en 1861. Pero esta vez—aunque casi le cuesta la vida—Mitre triunfa, cimenta para mucho tiempo la autoridad del gobierno federal sobre el espíritu levantisco, sobre las tendencias desquiciadoras de las provincias

acaudilladas. Una gran parte de su obra política quedó realizada en esa cruel batalla de Pavon (17 de Setiembre) en la cual, herido en la frente, Mitre estuvo a punto de sucumbir. De ahí partió, gracias a él, la unidad política, la verdadera influencia del gobierno central, que—aunque no bien asegurada todavia—va en camino de hacer una grande, pacífica i firme República federal.

Despues de eso, Mitre, reconocido en su doble talento de militar i de político, con una influencia poderosa, es elevado a la presidencia de la República. Su período dura de 1862 a 1868. Aparte de la guerra del Paraguai,—a la cual Mitre arrastró a todo el pais para unirlo en el fecundo estremecimiento de una epopeya nacional, — aparte de eso, su administracion política fué mui interesante. Trata de dar fuerza a los partidos, quiere que el caudillaje se trasforme en agrupaciones doctrinarias, que sean masas electorales i se traduzcan en verdadera representacion parlamentaria. Se ve la accion del hombre político, del que abarca i comprende todo un sistema. Trató de reunir i fortalecer los elementos aptos para crear partidos, núcleos ilustrados que formasen la opinion. Vió llegar hácia el Plata un oleaje desenfrenado de jente estranjera e inescrupulosa, de jente que quería una política fácil i de esplotacion. Mitre pensó en el pueblo, en la justicia, en la dignidad nacional, en todo eso que tan fácil-

mente cae a los pies del mercantilismo. Por eso quiso establecer centros nacionales, masas de opinion que fiscalizarán i no dejarán perderse las tradiciones arjentinas. Quiso "hacer patria" en una palabra, previniendo la inundacion cosmopolita. La hizo. Hasta hoi, su partido es el punto de resistencia en el cual la nacion se concentra i se salva del egoísmo estranjero i de la venalidad universal. Fundó un gran diario, *La Nacion*, que ha pasado a ser una institucion de derecho público americano. El, hasta ayer, todavia clarovidente i lozano, a pesar de sus 85 años, presidia la política honrada i patriótica de la República Arjentina. Hizo escuela de patriotismo i probidad en medio de un desenfrenado libertinaje. Por esto, con justa razon se le ha querido, se le ha escuchado i se le llama "padre de la Patria".

Cometió un pecado en 1874: vencido por Avellaneda en la eleccion a la presidencia de la Repúpara ese período, se lanza a una guerra civil. Fué orgullo, amor propio, ráfaga enloquecedora del espíritu caudillesco que él mismo destruyera? ¿Fué olvido de su bella tradicion patriótica; fué debilidad; se dejó llevar por sus partidarios o aduladores? De todo eso fué. Pero se arrepintió; i el resto de su admirable vida, ante el tribunal de la posteridad, pagará de sobra ese pecado.

———

Tuve la fortuna de conocer íntimamente a este ilustre americano, en 1883, cuando vino a Chile por última vez, no ya en campaña política, sino en jira de placer, en visita a sus viejas amistades. Se alojó entónces en la casa-quinta de don Benjamin Vicuña Mackenna, su amigo, su compañero de aventuras políticas en 1851, i de trabajos literarios posteriormente. Desde ahí, desde los corredores de esa casa, asistió a la ovacion que le hizo Chile. Entónces lo vi por primera vez i sentí el atractivo de su hermosa figura de atleta, con pobladas patillas i sedosa melena, blanca i negra.

Muchos años despues, en 1900, volví a verlo, en Buenos Aires, en su casa de la calle San Martin, al lado de la imprenta de *La Nacion*. Vivia con suma modestia en esa sociedad de un lujo desbordante. Su casa es de antigua construccion; hai en ella algo de tradicional i de estable que reconforta i ennoblece en medio de esa ciudad improvisada i arbitraria. La casa de Mitre es, en la factoría de Buenos Aires, el centro de un partido doctrinario, un rincon patriarcal.

Volví a ver al padre de la Arjentina contemporánea. En diecisiete años, mui poco habia envejecido. Pude, otra vez, admirar su hermoso rostro, suave i varonil, curtido por todos los vientos i todas las glorias de la América, con su ancha frente en la cual una bala dejó la estampa de una estrella; toda su espresion, simpática i jenial, bajo

la sombra movediza de su gran chambergo gaucho. Lo vi ejerciendo verdadera fascinacion sobre el pueblo arjentino, por él unido i dotado de glorias. La veneracion lo rodeaba, cuando salia, en un simple carruaje de alquiler, a pasear por la llanura de Palermo. Así castigaba a los políticos venales que van en carruajes deslumbrantes. Buenos Aires saludaba en su rostro bronceado,—como comenzado ya a convertirse en estatua,—el reflejo de los grandes dias de la patria.

Don Bartolo,—como lo llamaban familiarmente,—ejercia en su pais una influencia omnímoda; su palabra estaba casi por encima de la Constitucion. Una vez una provincia descontenta mandó a Buenos Aires, en un tren especial, que era casi un tren de guerra, una delegacion furibunda. Todo se deshizo,—cólera i protesta,—cuando apareció en su balcon el jeneral Mitre, levantando su mano pacificadora. Era el árbitro i el oráculo de la República.

A esto, el correspondia con su talento real i su prestijio lejítimo. I tambien correspondia, segun se dice, con una vanidad olímpica. La famosa frase de Lastarria:—"Tengo talento i lo lusco"—es nada si se le compara con el orgullo de Mitre. Cuentan que, en la trájica jornada de Pavon, herido de muerte en medio de la frente, Mitre encuentra fuerzas para decirle al cirujano: "Haga Ud. de manera que la cicatriz tome forma de es-

trella"... Esta es una fábula, sin duda; pero nacida del orgullo real manifestado por ese hombre. Un busto de mármol que lo representa con el pecho desnudo, le da cierto parecido a Jesus, el Nazareno. Don Florencio Madero, arjentino de espíritu agudo, dijo: "Talvez es Cristo que desea parecerse a Mitre..." Conocido es el medallon que mandó grabar en la portada de su traduccion de La Divina Comedia: junto al perfil de Dante el suyo aparece.

Todo esto haria creer que se trata de un hombre inclinado al endiosamiento por el espíritu idólatra de su pueblo. ¿Seria Mitre, como Liniers i tantos otros caudillos arjentinos, uno de esos personajes fascinadores de la multitud ignorante, con mucha parada i escaso mérito real? uno de esos que, en su pais, han formado una fatal sucesion, impidiendo que se desarrollen los partidos políticos? Pues, para la Arjentina, todo ha sido cuestion de hombres i no cuestion de ideas. Los movimientos políticos de ese pais sólo han sido grandes idolatrías provocadas por tal o cual caudillo deslumbrador. Son esos hombres que enardecen a la multitud i la conducen como las varillas májicas a los pueblos antiguos. Pueden hacer grandes movimientos; pero movimientos que nunca dejarán de ser efímeros, por lo mismo que han sido súbitos. Nada es duradero si no proviene de una evolucion natural, si no es el producto de una

acumulacion de hechos, si no tiene por base una necesidad. Una vida de hombre, por grande que éste sea, cuando es arbitraria, no hace nada. Veamos el derrumbe de todo lo creado por Napoleon I. Por esto, los pueblos que se mueven por la idolatría i el caudillaje, se consumen en vuelos delirantes hácia uno i otro punto del horizonte y nunca arriban. Cada caudillo piensa de distinto modo...

Pero no. Mitre podia tener la vanidad del ídolo, pero no lo era; ni tampoco era el tipo clásico del caudillo arjentino. Como prueba de ello se muestra el carácter doctrinario i duradero de su obra política, i su fisonomía de jefe militar. En la República Arjentina, el jeneral Mitre es uno de los pocos que se ha visto a la cabeza de verdaderos ejércitos, no de masas populares, de hordas armadas, como eran los de los caudillos de la Pampa.

Mitre fué verdaderamente un jenio. Ello se verifica por su naturaleza misma, tan múltiple i brillante. No sólo es el director político de un pueblo, el jefe militar de grandes ejércitos: tambien es poeta i escritor fecundo i notable. Hasta 1876, época en que terminó su vida de militar i en que se retiró de la política activa—habiendo dado fin a su mision diplomática en el Brasil—era autor de muchas obras: la "Historia de Belgrano i de la Independencia Arjentina" en tres volúmenes;

'Vida i Escritos de J. Rivera Indarte"; "Rimas' "Arengas", "Cartas Polémicas", etc., etc. Desde esa fecha, en la tranquilidad de su vida, sobre su lecho de laureles bien ganados, Mitre escribió mucho, ya que era inestinguible el ardor de su alma. Dió a luz, desde entónces: "La Historia de San Martin i de la propaganda revolucionaria en Sud-América", dos volúmenes; nuevas poesías i nuevas arengas. Aun ahora, a los ochenta i cinco años, Mitre preparaba nuevos trabajos literarios e históricos. ¡Era admirable!

Ciertamente, su obra de poeta i de escritor no está a la altura de su obra de gobernante i de soldado.

No obstante, como historiador pertenece a un grupo distinguido. Con Vicente López i Alberdi, con Lastarria i Vicuña Mackenna, Mitre fué el primero que sintió, hace cuarenta años, por intuicion, la reforma operada en el estudio de la historia por Saint-Beuve i Taine. En sus libros se ve el deseo, no ya de narrar los hechos simplemente, sino de reconstituir el medio ambiente del pasado i desentrañar de él su psicolojía. A pesar de los conceptos irónicos de Dalmacio Velez Sarsfield, —amigo, sin embargo, de Mitre i compañero suyo al combatir el acuerdo de San Nicolas (1852),— en la "Historia de Belgrano" Mitre evoca un carácter real en el centro de un vasto cuadro histórico pintado con entonaciones cálidas. En sus

libros de historia los hechos no aparecen arbitrariamente, como en los antiguos de Molina i Angelis. Hai en ellos el estudio profundo del medio social del cual los acontecimientos son el resultado. Es la moderna escuela descubierta por Mitre, así como por Lastarria i Alberdi, ántes que llegaran a América las enseñanzas de los maestros franceses.

La poesía fué en él una facultad natural, una forma de espresion del ardor de sus sentimientos. Escribió versos hermosos, gritos de soldado i canciones de amante. Son versos que no se sustraen a la forma comun. Como poeta no tiene carácter propio, ni es orijinal. Ahora último, viejo ya, por el efecto del estudio i de la práctica, habia llegado a versificar con singular pureza de forma. Pero siempre fué un versificador comun. Si en un momento dado alguna de sus composiciones fué aprendida de memoria, o causó impresion, ya no se habla de ningun verso suyo. Faltan sus rimas de la belleza sólida o de la grande orijinalidad que dan larga vida a las obras poéticas.

Como los hombres nunca saben conocerse a sí mismos, Mitre tenia mas orgullo en su obra de poeta i escritor, que en su magnífica influencia de soldado i de gobernante. Sarmiento, el literato eximio, el dulce autor de "Facundo", el profesor paciente, cifraba su mayor orgullo en ser jeneral. Por lo cual el inolvidable Arnaldo Márquez le res-

pondió a Avellaneda, cuando éste le preguntó cuáles eran los anacronismos que mas le llamaban la atencion en la Arjentina: "¡Ah! señor,—dijo el poeta peruano,—sin duda es la "lira" de Mitre i la "espada" de Sarmiento..."

No terminemos sin saludar con veneracion la figura de Bartolomé Mitre, americano ilustre, "hombre en jeneral—como decia Montaigne,—teniendo un talento completo, unido al corazon, hasta el punto de que se le deba admirar i compararlo a los que honramos en el tiempo antiguo".



MANUEL ANTONIO MATTA (1)

Al iniciarse el período lejislativo de 1858, las nubes de un temporal deshecho íbanse amontonando sobre el horizonte político de Chile. En la atmósfera ardiente de los debates hízose notar por su palabra convencida i serena, por su porte elevado i noble, un jóven diputado elejido por el departamento de Copiapó. Era don Manuel Antonio Matta. Venia llegando de Europa, donde habia adquirido una educacion clásica, i de Bolivia, en cuyo clima habíase restablecido de una afeccion pulmonar.

El vigor de sus ataques al Gobierno autoritario, la erudicion en que basaba sus principios,—lo que no era "moneda corriente" en el parlamentarismo chileno de aquella época,—lo convirtieron en el blanco de las miradas i en la esperanza de los opositores.

---

(1) Publicado en Abril de 1904, con motivo de inaugurarse su estatua en la ciudad de Copiapó.

No obstante, si el Gobierno podia contar con su oposicion implacable, los partidos no contarian con su adhesion absoluta. Los partidos contrarios al Gobierno formaban una amalgama liberal-conservadora con la cual no podian avenirse ni el carácter inflexible del diputado de Copiapó, ni sus convicciones netas. Fué, pues, en 1858, un opositor resuelto, pero no fué un miembro de la coalicion liberal-conservadora.

Esa actitud demostró lo que era el carácter de Manuel Matta. Muchos liberales convencidos habian hecho pacto con los conservadores para derribar el Ministerio. El tambien queria derribar ese Ministerio, pero no le era posible transijir con los que no pensaban como él. Se quedó solo; fué un opositor independiente. Demostró tener cualidades de carácter i la virtud de ser un hombre libre.

Asistente a la memorable reunion del 12 de Octubre de ese año, fué reducido a prision i condenado a muerte como culpable de rebeldía. Abstúvose de pedir indulto, rogándole a su familia que tampoco lo hiciera. Su alta educacion, en su naturaleza moral, habia desarrollado un estoicismo romano. Fueron la permanente característica de Manuel Matta el valor i la pureza.

Marchó desterrado a Inglaterra en aquella siniestra "Luisa Braghinton", que fué un calabozo flotante. En eso se trocó la condenacion a muerte.

Iban con él su hermano don Guillermo, Anjel Custodio Gallo i Benjamin Vicuña Mackenna.

Tal fué su primera jornada política.

El viejo mundo no le ofrecia grandes novedades al desterrado chileno. De 1844 a 1848 habíalo visitado detenidamente, completando, como ya dije, la educacion comenzada en el Seminario de Santiago i en el Instituto Nacional.

En los años austeros i laboriosos de su primera juventud, Francia i Alemania fueron los paises que mas le interesaron.

Encontraba a la Francia en un período activo de trasformacion política; los republicanos, con doctrinas mas netamente formuladas, con los verdaderos intereses del pueblo en su programa, volvian al asalto de la monarquía restaurada. Era la época ardiente de Lamartine i de Edgardo Quinet. El jóven estudiante chileno contempló con la mas viva emocion, ese fenómeno imponente de un pueblo que reivindica sus derechos i constituye una civilizacion democrática. "Ademas de una intelijencia clara i penetrante,—dice Domingo Arteaga,—tenia don Manuel Matta una gran capacidad de sentir". Ademas,—agrego yo,—brotaban bajo la amplia bóveda de su frente, las ideas sociales que lo harian ser mas tarde el fundador de un partido político.

Aparte de eso, la patria francesa no ejerció fascinacion sobre su espíritu ni su temperamento.

Los placeres de Paris no sedujeron su juventud, naturalmente inclinada al puritanismo i al esfuerzo.

En este sentido, —de hombre i de artista,— la Alemania se le ofreció como segunda patria. Su imajinacion elevada i seria concebia el mundo de cierto modo grave i majestuoso, al cual la lijereza irónica del espíritu frances no correspondia. Desde la cuna fué serio don Manuel Matta, amigo de la ciencia, de la exactitud, de la calma. La filosofía alemana lo sedujo con su método abstracto i jeneralizador. Sus sentimientos sólo sabian espresarse en esa atmósfera elevada que los poetas de ultra - Rhin parecen respiran en las montañas vecinas a las nubes. Su labor poética, — en la cual hai algunas obras notables, como el soneto al Dante,—se asemeja, en el espíritu, a la de Schiller i de Goethe, quienes encontraron en él un traductor perfecto. Las traducciones que hizo don Manuel Matta del "Fausto" i de "Guillermo Tell" son de las mejores que se han hecho en habla castellana.

El prisionero de la "Luisa Braghinton" no tuvo gran cosa que lo retuviera en el viejo mundo, que visitaba por segunda vez. Apénas se desocupó de la acusacion hecha a Guillermo Lesly,—el capitan del buque que condujo a los revolucionarios espatriados, especie de Hudson Lowe, que estuvo a punto de matarlos de hambre,—se volvió a América.

Fué a vivir en el Perú para observar desde ahí los acontecimientos de Chile. Estos le interesaban de un modo apasionado. El patriotismo era la única pasion ardorosa de su alma tranquila. Tambien bullian en su cabeza ideas de reformas liberales en la política chilena, ideas que hicieran mas efectiva la democracia proclamada por la independencia. Queria propender al bienestar del pueblo. Los maestros alemanes le habian inculcado ese amor social que se respira en las obras de Juan Jacobo Rousseau i que, por desgracia, suele llevar demasiado léjos.

Las puertas de la patria se le abrieron con la amnistía de 1861. Fundó en Santiago, en compañía de su hermano Guillermo, ese diario— "La Voz de Chile"— que fué el reflejo admirable de sus ideas i tendencias. Queria destruir el sistema imperante, soñaba con una política de ciencia i de amor social.

Existia una oposicion tenaz, de la cual se creyó que *La Voz de Chile* seria el órgano principal. (2) Pero esa oposicion volvió, como la de 1858, como todas las oposiciones de Chile, a fortalecerse con el apoyo de los conservadores.

Eso, naturalmente, la hizo desviarse del rumbo doctrinario, que los hermanos Matta le predicaban

---

(2) Oposicion a la administracion del Presidente don José Joaquin Pérez, recien inaugurada.

en las columnas de *La Voz de Chile.* No era esa la política a que aspiraba el amigo de los demócratas franceses i el discípulo de los filósofos alemanes; era la eterna maquinacion de intereses i de odios que se enmascaran con lemas de reformas i banderas de partidos.

Otra vez, sus tendencias definidas i su carácter independiente, fueron aislándolo en la política; volvió a ser, como en 1858, un opositor a su manera.

Pero esta vez no estuvo tan solo; sus escritos i sus discursos le formaron satélites; la juventud corrió en pos de su noble i severa personalidad. Don Manuel Matta, con su actitud i con sus escritos, le hizo entrever a la juventud chilena el ideal de un nuevo partido, de un partido independiente, científico, basado en principios constitucionales avanzados,—al ménos para aquella época,—i esencialmente democrático, en el sentido en que la ciencia social entiende esta palabra.

Ese fué el partido radical, cuya primitiva simiente arrojara Bilbao en 1851, a los vientos de la intelectualidad chilena. Desde aquella época, apénas esbozado, el futuro partido radical habia marchado confundido con el resto de la oposicion. En 1863, dada la rebeldía que Matta volvió a manifestarle a la política de concesiones, el radicalismo chileno, bajo su alta direccion, tomó carácter definido, accion propia, i comenzó a desenvolver un

vasto programa, siguiendo el camino independiente que don Manuel Matta le indicara.

Desde entónces, don Manuel Matta fué el "patriarca". Dirijiendo con sin igual competencia i autoridad, en las luchas de la opinion i en los debates parlamentarios, un partido nuevo i libre de compromisos, sólo basado en ideas científicas i sociales i en el sufrajio popular, alcanzó, don Manuel Matta, uno de los mas bellos prestijios que rejistra nuestra historia política.

En 1875 aceptó de llevar al Gobierno su cohorte doctrinaria i popular. El Presidente Errázuriz Zañartu queria gobernar con una alianza liberal neta. Ese era el ideal que perseguia Matta desde que entró en la vida pública.

Entónces comenzó su actuacion en el Gobierno, la cual, con algunos intervalos, duró hasta el dia de su muerte, acaecida el 12 de Junio de 1892.

Fué Ministro de Estado, diplomático i caudillo de una revolucion constitucional (1891). Su carácter, cuyos rasgos hemos trazado a la lijera, sus ideas de un liberalismo tan serio como inquebrantable, en los largos años de su actuacion gubernativa, no desmayaron una sola vez. La estadía en el Gobierno le sirvió para darle un vigoroso impulso al avance del liberalismo derribando el bosque de las antiguas leyes. La misma noche de su muerte, habia hecho uso de la palabra en el Congreso en defensa de las garantías individuales, que era me-

nester restablecer despues del profundo quebranto de 1891. Nunca dejó de ser el patriarca del liberalismo avanzado, nunca dejó de conducir su partido por una senda independiente. La revolucion de 1891, en la cual los conservadores tomaron parte, fué de tal naturaleza que don Manuel Matta no pudo sustraer de ella al partido radical. Esa vez tuvo que hacer las concesiones que altaneramente habia rechazado en 1858 i en 1863. Así, en la vida política de los pueblos, llega siempre un momento en que, a las prescripciones dogmáticas, las circunstancias se imponen.

La naturaleza moral de don Manuel Matta era tan pura como recta i orgullosa. Tenia por su patria un sentimiento sagrado: por ella, las luchas mas desiguales no lo intimidaban, ni evadia los mas duros sacrificios. Era un ciudadano como aquellos cuya acerada fisonomía vemos en las pájinas de Plutarco: estoicos, prontos a perecer ántes que convenir en la inferioridad de la patria. Esta condicion de su carácter, en 1891, cuando era Ministro de Relaciones Esteriores, estuvo a punto de llevarnos a una guerra con los Estados Unidos. (3) Hai hombres, cuyo corazon grande i heroico,

---

(3) La reclamacion entablada por el Ministro americano señor Egan, con motivo del asalto hecho en Valparaiso por marineros chilenos a los tripulantes del buque americano *Baltimore*, en 1892. En el fondo de esa reclamacion diplo-

capaz de desconocer las diferencias materiales de los paises, equivale a un peligro. Los ciudadanos de Esparta eran así. Esparta sucumbió.

Este era el hombre cuya estatua se inaugura hoi en el pueblo de Copiapó, la histórica ciudad que fué su cuna i el objeto de su representacion en la vida parlamentaria. Copiapó tiene su mayor orgullo en Manuel Matta; tambien lo tiene el partido radical de que fué fundador i jefe. Justo orgullo de un pueblo i de un partido, justo orgullo de toda una nacion.

Ese hombre; que fué un literato cumplido, un activo i probo servidor público, tuvo una naturaleza rara por su valor i su virtud. Fundador i jefe de un partido laico, por el ardor de su fe doctrinaria i la austeridad de sus costumbres, parecia ser de esa "materia sagrada", que era, segun Renan, la de los Padres de la Iglesia.

El bronce en que Copiapó ha querido inmortalizarlo, es obra del eminente escultor nacional Virjinio Arias.

Tuve oportunidad de ver, en la última esposicion de Santiago, (4) el modelo en yeso de esa obra de arte. Es una obra maestra que revela el espí-

---

mática obró el rencor personal del Ministro Egan por los hombres de la revolucion (1891). Ese diplomático fué gran amigo del Presidente Balmaceda i su partido.

(4) Esposicion de 1904.

ritu de don Manuel Matta, que hace sentir ese aire de nobleza que se desprendia de él. Es monumental i sencilla como conviene a una memoria ilustre por su talento i su virtud.

Al ver esa obra de Arias creímos que el "Patriarca" en persona se nos aparecia, hablando en el Congreso, de pie como era su tradicional còstumbre. El artista lo vió, sin duda, en alguna de esas sesiones memorables, cuando, al impulso de una improvisacion, su palabra adquiria vibraciones poderosas, llegando a ser, segun la feliz espresion de un diarista, "espada i antorcha a un mismo tiempo."

La estatua de don Manuel Matta será en Copiapó una imájen tutelar como aquellas en que encarnaban su espíritu las ciudades de la antigua Grecia. De todos los puntos de la comarca podrá verse la figura esbelta del ilustre ciudadano, con su mano levantada, tratando de esbozar en el espacio la idea intensa de su cerebro. Ahí estará perpetuamente el apóstol de las ideas avanzadas, el luchador inquebrantable, cuya elocuencia era tranquila i convencida.



JOSÉ MANUEL BALMACEDA [1]

I

Las personalidades de hombres públicos, cuando éstos no han sido poetas o héroes de una causa internacional—la independencia de América, por ejemplo — sólo son conocidas en sus paises. El nombre de don José Manuel Balmaceda, que sólo fué hombre político, es conocido un poco en todo el mundo, y mucho en la América española. En este continente su recuerdo es lejendario.

Fácilmente se esplica el fenómeno de esta fama casi universal. Balmaceda se vió envuelto en trastornos nacionales, cuya consecuencia fué una guerra civil prolongada. El eco de las batallas llevó su nombre mas allá de las fronteras chilenas. Su muerte, heroica i trájica, empujó mas aun la mar-

(1) Este estudio fué publicado, por primera vez, en *El Mercurio*, en Noviembre de 1905, bajo el pseudónimo de «Argonauta».

cha hácia el estranjero de su pálida figura de mártir, i llevó mui léjos las líricas palabras de su "testamento político". La bruma del misterio envuelve su figura. Así ésta divísase de mayor distancia, como esas cimas cuya base queda envuelta en nubes.

Porque, aun dentro del pais, para las clases populares hubo misterio en la muerte de don José Manuel Balmaceda. Cuando el furor del populacho santiaguino—que amenazaba destrozarlo en esos dias terribles del mes de Agosto de 1891—el pueblo creyó que los revolucionarios triunfantes, para salvar al Presidente, lo habian escondido, haciendo decir, un dia dado—como el furor aumentara—que se habia muerto de su propia mano. Varios años despues de esa revolucion, aun hoi, posiblemente, en los campos apartados, el pueblo cree que Balmaceda está vivo. Son estas leyendas las que internan i encarnan en la imajinacion popular las figuras de ciertos hombres que, aun por la historia, podrian pasar inadvertidos.

No es este, por cierto, el caso de Balmaceda. El ocupa un elevado e importante sitio en la historia de Chile. Es el jefe tutelar, el símbolo de un gran partido político, que nació de las tablas de su féretro i que lleva su nombre.

No obstante — para que se vea lo que son las cosas políticas—entre lo que fué Balmaceda, entre las ideas que hizo imperar i legó a sus partidarios

en un documento memorable (2), i lo que sostuvo poco despues i hasta ahora defiende el partido balmacedista, hai una diverjencia enorme.

Balmaceda—no sabemos si por su propia voluntad o por la fuerza de los acontecimientos—sostuvo el sistema presidencial, o representativo, que, invariablemente, habia imperado en Chile, no tanto por la disposicion de nuestra Carta, como por la influencia personal de los Presidentes dentro de los partidos. El dia 14 de Julio de **1890**, cuando una delegacion del Congreso fué a conferenciar con él—habiendo nacido ya el desacuerdo entre las Cámaras i el Ejecutivo—Balmaceda tuvo oportunidad de espresar claramente lo que pensaba sobre el carácter i atribuciones del Presidente de la República. Dijo entónces:

"No puedo abatir mi autoridad, ni doblegar el ejercicio de mis atribuciones constitucionales i esclusivamente propias, ante el Poder Lejislativo, tratándose de la eleccion de mis secretarios de Gobierno i asumiendo la responsabilidad de mis propios actos''. Mas tarde, en su testamento político, de un modo mas estenso i elevado, afirma esta conciencia suya del carácter presidencial i la proclama lei de buen Gobierno.

Pues bien, el partido balmacedista—a partir de

(2) «Testamento Político».—Fué publicado por primera vez en *La Nacion*, de Buenos Aires (1891).

1896, época en que adquirió su mayor desarrollo —sostiene i conduce en la política chilena la tendencia hácia el sistema parlamentario, la influencia preponderante de las Cámaras en los actos del Ejecutivo, llegando, en ocasiones determinadas, a pretender dar órdenes a los Ministros de Estado o exijirles rendimiento de cuentas que sólo deben al Presidente de la República.

Balmaceda llevó hasta los campos de batalla su enerjía por sostener el réjimen presidencial. Por su decreto dictatorial de 15 de Octubre de 1890 mandando suspender las sesiones del Congreso, puede creerse que, si hubiese triunfado, habria propuesto dotar al Presidente, dentro de nuestro sistema representativo, de la facultad de disolver el Congreso i llamar a nuevas elecciones. Fué lo que, prácticamente, hizo en 1890 i 91.

Pero los que lo acompañaron en esa época, los que mas tarde, allegándose nuevos elementos, formaron el partido que lleva su nombre — teniendo el sistema presidencial como parte de su programa—son en el Congreso los incesantes derribadores de Ministerios, i los que, para sacar mayor provecho de su mandato lejislativo, debilitan i arrinconan sin cesar al Presidente de la República. El oportunismo, al partido balmacedista lo hizo ponerse de parte de la doctrina de los revolucionarios de 1891. Es verdad que ha sacado de ella mas provecho que los vencedores. Pero es verdad

tambien que ha olvidado el nombre que lleva, el documento, ennoblecido por la sangre de un mártir, que fué su fe de bautismo (3).

Colocándonos en un punto de vista ménos sentimental, veremos que, por la fuerza de las cosas, i por su naturaleza misma, el partido balmacedista tuvo que dejar a un lado las doctrinas del fundador.

---

(3) Es justicia decir que, posteriormente, en 1905, un grupo parlamentario de liberales democráticos (balmacedistas) presentó un proyecto de reforma constitucional tendente a fortalecer la accion del Presidente de la República, ya casi totalmente invadida por el desborde del Congreso. Dados los males ocasionados por este proceder, el proyecto de los balmacedistas encontró la mas favorable acojida en la opinion pública. Asimismo los notables artículos sobre atribuciones del Gobierno i del Congreso, que, como preparacion del proyecto de reforma, habia publicado el distinguido hombre público balmacedista don Manuel Salas Lavaqui. Este fué un honroso desmentido de la conducta anterior de los balmacedistas, un saludo hecho a la memoria del fundador. Pero, por las razones fundamentales consignadas en el texto de este estudio, se comprenderá que, por su naturaleza misma, no es el partido liberal democrático el llamado a fortalecer las atribuciones presidenciales. Tiene eso en su programa; esa fué la herencia política que le legó Balmaceda, pero como es un partido de jente que vive de su situacion política, tendrá siempre que buscar su fuerza en la mayor influencia de su representacion parlamentaria.

La influencia política para los conservadores i los radicales es un medio de hacer imperar ideas; para los liberales doctrinarios es una base de gobierno. Partidos son éstos de tradicion, representantes de corrientes determinadas, formados con elementos independientes o de vida propia.

El partido balmacedista lo formaron—si no en su núcleo, en su elemento jeneral—todos los funcionarios destituidos por la revolucion de 1891. Si buscó influencia política, cuando se vió hecho partido, fué para reponer en sus puestos a sus soldados, viejos empleados públicos que se morian de hambre. No nació este partido, como desean hacerlo creer sus oradores, al soplo doctrinario del testamento político de un grande hombre; nació para devolver al usufructo del presupuesto a todo el personal de una administracion derribada.

Un distinguido hombre público, compañero de infortunio de Balmaceda i jefe por lo mismo del partido, me contaba, una vez, este hecho revelador: "Retirado en mi hacienda—me dijo—a la raiz del triunfo de la revolucion, tuve que volverme a Santiago, pues en el campo no me podia negar a recibir a correlijionarios—gobernadores, prefectos, jueces, militares del réjimen caído—que, sin tener un centavo, llegaban con sus familias a pedirme alojamiento i comida.... Yo era balmacedista, antiguo Ministro, jefe por lo tanto

del bando caído; no me podia sustraer a protejer a los mios.... Pero, qué diablos!... no tenia yo recursos para sostener a todo el personal de la adminitracion pública..."

Por esta causa nació, a principios de 1893, el partido balmacedista; i por la desgracia, por la persecucion de los vencedores. Existia la urjente necesidad de devolver a sus puestos a toda una jerarquía de empleados, que formaban un vasto grupo de la sociedad chilena. Este fué el programa del nuevo partido: "volver al presupuesto". Programa imperioso, como que nacia de una necesidad vital. Por esto, la doctrina política, la herencia del Presidente mártir, fué dejada a un lado.

Se necesitaba estar en la mayoría, estar en el Gobierno, para reponer a los caídos. Si para ello era necesario pactar con los conservadores, se pactaba; si era preciso tener congresales con influencia poderosa, se tenian, a despecho de la doctrina del fundador.

"Jenio i figura hasta la sepultura", dice el refran. Cierto es. Con estos caracteres de su nacimiento se ha quedado hasta hoi el partido balmacedista. Es el causante de la anarquía del liberalismo chileno. Careciendo en absoluto de un sentimiento doctrinario, no le repugna la alianza con los conservadores, si ella le asegura su esta-

día en el Gobierno. (4) Desde ahí otorga a sus miembros todos los empleos de la República, afianzándose, con eso, una influencia que ningun otro partido chileno ha alcanzado jamas.

Sucedióle a don José Manuel Balmaceda lo que a ciertos fundadores de sectas relijiosas en la antigüedad: llevando a la cabeza el emblema del fundador, la secta se lanza por una senda completamente opuesta a la que él señalara. Hubo uno que fundó una relijion de igualdad i dulzura: sus herederos llevaron su nombre a un partido de guerra i de autocracia. Así, Balmaceda, apóstol i mártir de la dignidad presidencial, dió su nombre a un partido ultra-parlamentario. No son raros estos anacronismos en la historia política de los pueblos.

Este partido no debia llevar el nombre de Balmaceda. Tampoco debia llevar el de "liberalismo democrático", que sin razon se atribuye.

Hace treinta años, cuando aun se mantenía en Chile la fuerza oligárquica, cuando sociedad i gobierno eran el privilejio de cierto grupo de familias antiguas, los elementos nuevos, la democracia intelectual, para oponerse a la aristocracia polí-

---

(4) «Dentro del liberalismo, los balmacedistas son aquellos que prefieren a las doctrinas los pactos utilitarios». *Julio Zegers.*—Estudio sobre don Enrique S. Sanfuentes—1906.

tica, comenzó a reunirse bajo la designacion vaga de "liberalismo democrático". No existía entónces, al ménos en su forma definitiva, el partido radical; conservadores i liberales doctrinarios (pelucones i pipiolos), se compartian la vida política miéntras el gobierno, jeneralmente, estaba en manos del antiguo partido montt-varista, agrupacion de gobierno. Imperaban los elementos históricos de la nacion; i parecian no estar dispuestos a darle entrada a los elementos nuevos, a cierta burguesía intelijente i ambiciosa que, por el desarrollo de la cultura pública, se habia formado. Esta democracia se reunió en nn vasto partido que no tenia límites precisos, ni ideas determinadas, aunque en las convenciones de 1876 se daba lectura a un estenso programa. Era el "liberalismo democrático", mas que un partido, como su nombre lo indica, un movimiento social, algo que señalaba la aparicion de un nuevo factor en la vida pública de Chile. Desde entónces, el liberalismo democrático, que no era otra cosa que la elevacion, por medio de la cultura, de las clases sociales inferiores, se ha difundido por todos los partidos políticos del pais. Ya Chile, por completo, ha dejado de ser una oligarquía; el antiguo liberalismo se asimila los elementos nuevos; la jujuventud forma en el partido radical, que es demócrata i científico; los conservadores mismos, al aceptar las doctrinas sociales de Le Play i de Malthus,

entran en el movimiento democrático universal. No hai, pues, por qué decir ahora "liberalismo democrático", ni "partido demócrata". En una República como la nuestra, todos los partidos son demócratas. A los "balmacedistas", si mal les cuadra este nombre, puesto que no siguen la ruta que les trazó Balmaceda, peor les queda el de "liberales democráticos", puesto que esta es una designacion vaga i jeneral. Pero hai que bautizarse de algun modo, hai que disimular bajo algun nombre el deplorable fraccionamiento del liberalismo chileno que este partido representa.

Vimos ya la razon novelesca por la cual el nombre de don José Manuel Balmaceda pasó a ser conocido i famoso en toda la América, en todo el mundo casi. Vimos tambien el caso paradojal de ser Balmaceda el apóstol de una doctrina política de la cual el peor enemigo es el partido que lleva su nombre: la influencia presidencial sostenida por Balmaceda, despedazada, posteriormente, por el partido balmacedista.

No son estos los únicos caracteres interesantes que ofrece la personalidad del señor Balmaceda, esa personalidad gloriosa un dia, trájica otro, discutida siempre.

Porque este hombre—aunque ya van corridos diez i seis años de su muerte—sigue siendo tan discutido como lo fué en los dias memorables de 1885 —cuando, Ministro del Interior, empujaba las re-

formas liberales con el mas hermoso convencimiento de que se ha dado ejemplo en Chile,—como lo fué en las horas siniéstras de la dictadura de 1891.

Para los conservadores, Balmaceda es el ambicioso atrevido, sin escrúpulos patrióticos, que, por empujar el carro de su fortuna política, lleva hasta el último estremo las reformas que anarquizan la conciencia nacional. No hai en él espíritu conciliador; luego, no hai patriotismo. Para los conservadores el dictador de 1891 tenia antecedentes.

Para los los liberales, Balmaceda es el paladin perfecto, el rei de la elocuencia doctrinaria, el reformador de carácter firme, el político avisado, infalible casi. A éstos el decreto del 15 de Octubre de 1890 los dejó asombrados.

En 1891, tanto para conservadores como para liberales, para todo el pais—la sublevacion del Congreso arrastró una fuerza enorme de opinion; sólo quedaron con el Presidente los funcionarios i los militares—Balmaceda es el dictador odioso, el político torpe, el tirano que firma sin vacilar todo un despacho de condenaciones a muerte, de penas torturantes, de violacion de hogares.

En este triple sentido la personalidad del señor Balmaceda sigue siendo discutida.

¿Cual es, entre tanto, la verdad? ¿Qué fué ese hombre: un aventurero político, un leader liberal perfecto, o el demonio sanguinario de los episodios de 1891?

¿Puede contestarse, puede decirse la verdad? Creemos que sí, aunque sólo van corridos diez i seis años de su muerte. Estos años serian una distancia demasiado corta para permitirle al observador dar un golpe de vista sobre el vasto cuadro de la historia política de Chile que se cerró con los acontecimientos de 1891; pero han bastado ellos para calmar las pasiones hasta el punto de permitirle a un ciudadano chileno—a uno de la jeneracion de 1891—dar un juicio sobre Balmaceda, en el cual sólo entre la reflexion tranquila.

Balmaceda no fué lo que los conservadores creen: un ambicioso que, para encumbrarse, atizaba el fuego de las pasiones doctrinarias. Fué—como lo creyeron los liberales hasta 1891—el tipo del político liberal convencido, estudioso, enamorado del progreso material e intelectual, una de las mas brillantes capacidades de su época. Hai en la historia de su vida pájinas que deben leer los jóvenes que sienten en el alma el noble ardor de entrar a la política para servir a la patria. Pero —como hombre que era—tuvo ambiciones fatales, cometió grandes errores, despues de haber sido mui intelijente; fué debil, despues de haber sido mui enérjico. Uno de esos errores políticos le causó al pais una revolucion tremenda; sus debilidades lo perdieron a él i a su doctrina.

En cuanto a su carácter moral, a su alma, la verdad se ha establecido. Se disiparon por com-

pleto las sangrientas leyendas de 1891. Se sabe perfectamente que Balmaceda, durante los ocho meses de la revolucion, solo fué débil i mas que débil víctima de una camarilla de hombres violentos i soldadotes crueles. Si firmó alguno de esos tantos decretos terroristas que le llevaron sus edecanes, lo hizo poniéndose la mano sobre la vista, sobre sus grandes ojos pardos, que siempre brillaron con clemencia i con destellos de profundo amor humano, cuando, en 1869, en los debates del Club de la Reforma, pidió con toda su elocuencia la supresion de la pena de muerte. ¡Ironía del destino! Ese hombre que entraba a la vida predicando con toda su alma amor i clemencia, debia salir de ella víctima del odio, despues de haber puesto su firma al pie de muchas condenaciones a muerte...

Balmaceda era un intelectual, tenia algo de poeta, su espíritu era bueno i sociable; toda su obra literaria i política lo está diciendo. Su muerte fué un acto admirable de jenerosidad i heroísmo. Está perfectamente comprobado que, durante la revolucion, en los consejos de la Moneda, la voz del Presidente se levantó cada vez que algunos militares de sangrienta memoria, o ministros de acerado carácter, proponian la norma del rigor. Pero, dado el estado de guerra en que el pais se encontraba, los militares i los ministros hacian triunfar su criterio implacable.

Esto fué don José Manuel Balmaceda: un hombre de talento, bueno i desgraciado; un político que se dejó influenciar por las pasiones comunes del ser humano; un patriota que amó a Chile i le fué útil, muchas veces, ántes de serle funesto; un liberal convencido que le prestó a su causa grandes servicios. No basta decirlo así, como opinion personal i no justificada. Haremos de la vida de Balmaceda un estudio que, aunque sumario, será suficiente para comprobar que este juicio no es erróneo.

II

José Manuel Balmaceda i Fernández nació en Santiago el año 1838, de una familia cuyo nombre se encuentra, desde el principio de nuestra historia colonial, en el capítulo de los "copetones". (5)

La familia Balmaceda, como todas las de fortuna, antiguo i elevado linaje, al establecerse la República en Chile, formó en el partido conservador, llamado entónces "pelucon", partido que aspiraba a conservarle a la República las formas relijiosas i aristócratas de la monarquía. Como este partido llegó a su apojeo i se manifestó en el Gobierno, con su mayor vigor, bajo la presidencia de don Manuel Montt i el ministerio de don Antonio

(5) Que usaban «copete» en la peluca por pertenecer a la Real Audiencia.

Varas, los antiguos "pelucones" pasaron a ser los "montt-varistas", partidarios del progreso material, a la vez que del conservantismo en ideas, i del gobierno fuerte.

Consecuentes con sus principios i fieles a las costumbres de su casta social, los padres del señor Balmaceda pusieron al niño José Manuel en el Seminario Conciliar, de donde salió convertido en un pichon de arzobispo.

Era un mozo lleno de talento i de vivacidad. Sus estudios habian sido brillantes i su ardor relijioso entusiasmaba a cuantos le oían. No se puso en duda — entre los altos prelados de Santiago i las nobles señoras — que José Manuel, conducido por mano milagrosa, llegaria al solio de los príncipes de la Iglesia. Tenia un ardor místico profundo, una facultad oratoria deslumbrante i cautivadora. En sus primeros escritos, un futuro redactor de pastorales se deja ver. El clero i los magnates conservadores cifraron en él bellas esperanzas. Miéntras se pronuncia definitivamente su vocacion eclesiástica, lo halagan, lo conducen, le dan misiones honoríficas. En 1864 vemos que el ex-Presidente de la República, don Manuel Montt, delegado de Chile al Congreso Americano de Lima, lo lleva de secretario. Ahí comenzó el señor Balmaceda su carrera diplomática, la cual iba a ser mui distinguida i feliz.

En todo ese primer período de su juventud, una

aureola mística envuelve su figura. Es como aquel seminarista de Toledo, ese Gabriel Luna, que evoca Blasco Ibáñez en su admirable novela "La Catedral": fervoroso, criado en el ambiente ceballeresco i cristiano de la nobleza i el Seminario. Se lanza al mundo resuelto a dedicarle su existencia a la gloria de la Iglesia,

Pero el mundo, con su espectáculo de pasiones, con sus poderosas corrientes de aire nuevo, produjo un trastorno radical, tanto en el personaje de Blasco Ibáñez, como en el seminarista Balmaceda. La sensibilidad de este jóven se impresionó vivamente respirando esa atmósfera que Francisco Bilbao acababa de incendiar con los chispazos de su filosofía laica, i cuyas vibraciones parecian prolongarse en la serena i convincente palabra de Manuel A. Matta.

El seminarista, desde las gradas de la Catedral, asistia al meeting que llenaba la plaza pública, en el centro del cual los oradores populares, pronunciando los nombres de Juan Jacobo Rousseau i de Lamennais, hablaban de doctrinas sociales llenas de belleza, atacaban a los gobiernos fuertes que impedian que en la República de Chile floreciera plenamente la semilla democrática. El pueblo, el progreso, la libertad intelectual, la ciencia, la dignidad humana, parecian ser los ideales de esos maestros, cuyas pájinas leían los caudillos de la multitud.

Figurémonos la honda impresion que en ese ce-

rebro fino, en ese corazon jeneroso, anhelante de ponerse al servicio de una causa grande, tales revelaciones produjeron. Habia una existencia pública que se le ocultaba, un mundo de ideas que en el Seminario no se enseñaban. Se lanza a las librerías i pide las obras de esos autores cuyos nombres habia oído pronunciar en los meetings populares a que asistia desde léjos. La filosofía del siglo XVIII, el realismo del siglo XIX, la ciencia, las cuestiones sociales, todo se le aparece en el jenio revelador de los maestros que no entran al Seminario. Se queda sorprendido. En su imajinacion se produce un deshielo prodijioso. Las ideas que se tenian en su mundo social e intelectual, sobre la vida i los hombres, no eran las únicas. Se persuadió que las cosas habian cambiado para el catolicismo no estando ya tales como en tiempo del obispo Elipando. Las creencias se trastornan en su cerebro, la base de su patrimonio cristiano se derrumba. Sufre. Nos ofrece el tipo interesante i doloroso, tan comun en esa época en que las sociedades latinas pasaron del absolutismo cristiano i de la monarquía, a la ciencia i a la libertad.

Su viaje al Perú con don Manuel Montt fué decisivo en el trastorno de su conciencia. Los viajes sacuden del polvo de las tradiciones lugareñas, iluminan con la luz de nuevos i grandes horizontes. A su vuelta, el seminarista Balmaceda produce entre los suyos una sorpresa desagradable. Habla

con entusiasmo de la libertad política i de la libertad de conciencia; sabe que el espíritu liberal impera en las naciones europeas, cuyo adelanto debe imitarse; Voltaire i Rousseau son sus autores predilectos; no se asusta del liberalismo, ni cree que por él se ganen castigos sobrenaturales. Los prelados i las señoras devotas se miran con espanto: "¡es una gran desgracia!"

El cambio de ideas no apagó en el jóven Balmaceda ni el ardor místico ni la facultad oratoria. Eso era en él un producto de su alma bien dotada, algo con lo cual habia nacido. Ya, sinceramente, ha dejado de creer en el ideal de sus padres i de su primera enseñanza.

Pero no por eso deja de creer en algo, deja de tener una doctrina a la cual dedicarse con el fuego abrasador de su temperamento. Esa doctrina es la reforma política tendente al perfecto establecimiento de la democracia. A ella se dedica, de ella quiere hacerse el apóstol, con ese ardor de convencimiento que, al quedarse en sus antiguas ideas, habríalo conducido al púlpito de la Catedral.

Dos años despues de su partida al Perú, en calidad de "niño regalon" del partido ultramontano, lo vemos aparecer, convertido en pensador liberal, en las columnas de los diarios avanzados i en la tribuna del Club de la Reforma.

"Tránsfuga!... Apóstata!..." le gritan sus maestros del Seminario i los corifeos del monttvarismo.

La transformacion de sus ideas lo ha llevado a otro campo político. Domingo Arteaga Alemparte, que lo recibe en la redaccion de *La Libertad* al verlo acusado, esplica su conducta: "La fe— dice—allana los montes, segun afirman las almas piadosas; pero tambien levanta montañas que ocultan al pensador la mitad del horizonte".

Ya vió Balmaceda esa otra mitad de horizonte. Arteaga continúa en su admirable lenguaje: "Es la misma vieja historia del poderoso Sicambro; es la eterna historia de la marcha del espíritu humano hácia lo nuevo.. La lójica del progreso intelectual es la inconsecuencia; el hombre va sembrando de apostasías el camino de su ilustracion". ("Los Constituyentes chilenos"—1870).

El ardor i la actividad del renegado del Seminario encuentran ancho campo en el Club de la Reforma, especie de "pepiniére", en la cual la mas brillante juventud de nuestra historia política preparaba la reforma liberal. (6) Desde 1866,

---

(6) Dicho Club se instaló en Santiago el 4 de Setiembre de 1868. Entre sus iniciadores se contaron Vicente Reyes, Jerónimo Urmeneta, Domingo i Justo Arteaga Alemparte, Luis Rodríguez Velasco, Ambrosio Montt, Jorje Huneeus, Ignacio Zenteno, etc., etc., lo mas distinguido de nuestra juventud tanto intelectual como socialmente.

En sus estatutos se leían declaraciones de esta naturaleza: «El Club de la Reforma tiene por objeto impulsar el progreso político del pais, propagando las ideas que

su palabra impera en las conferencias i su pluma llena las columnas de los diarios. "Cada discurso o cada artículo suyo—dice un cronista de aquel tiempo—es un nuevo homenaje de elocuencia que se le rinde a la libertad".

Sin embargo, por juicios autorizados, podemos

---

deben servir de fundamento a la reforma liberal de nuestras instituciones, i corrijiendo los malos hábitos que vician el sistema democrático».

Luego en su «Programa Político» se consignaban estas ideas: «Responsabilidad efectiva de las autoridades i funcionarios públicos; prescindencia del Gobierno i sus ajentes en las elecciones populares; reforma electoral; tolerancia relijiosa garantida constitucionalmente; reforma de la lei de imprenta para asegurar la mas amplia discusion de los intereses públicos; reconocimiento espreso del derecho de asociacion, reunion, i peticion; libertad de industria; restriccion de las facultades presidenciales, supriméndose la reeleccion; reglamento de las facultades estraordinarias (estado de sitio); garantías legales respecto de la prision preventiva; constitucion independiente del poder municipal; inamobilidad de los jueces; reforma de la lejislacion penal, inspirándose en el adelanto social; etc., etc.»

Tales fueron las principales tareas que se propuso esa brillante juventud encabezada por Balmaceda. Era, como se ve, la reforma completa de las instituciones i de los hábitos administrativos del pais. Era la declaracion de guerra al Gobierno que practicaba todo lo que condena ese programa. Fué una de las mas hermosas ráfagas de progreso que han entrado en nuestro pais, sacudiéndolo i transformándolo.

decir que, como orador, aunque mui estudioso i bien preparado, tenia defectos. La exaltacion de su alma lo arrastraba a frases sonoras i rotundas, a la grandilocuencia, a la pompa declamatoria. En esos momentos recojia grandes aplausos de la multitud, pero no del elemento culto que habia en su auditorio. Para este elemento, que es aquel cuya opinion debe oirse, Balmaceda, como orador, valia mas en la Cámara que en el meeting. En el Congreso—aunque no siempre—se contenia, librándose de llegar a la declamacion pueril. Entónces era un gran orador, enérjico, tranquilo, con voz clara, persuasiva, rica de entonaciones; su apostura era elegante, distinguida, i sus nervios le iluminaban la palidez del rostro, dejándolo, otras veces, hablar con un tono de dulce gravedad, que parecia ser el reflejo de su carácter tan afable i moderado, aun en medio de la vehemencia i el convencimiento.

Lo que mas llama la atencion en esa primera jornada de su carrera política, es su actividad febril. Dueño de una considerable fortuna personal, podia dedicarse libremente a la vida pública. En aquellos años de gran movimiento doctrinario, cuando sobre el conservantismo disimulado de la administracion Pérez, se estaba preparando la candidatura de Errázuriz — un liberal teñido— Balmaceda toma parte en todo: redacta periódicos, habla en los meetings, da conferencias—anti-

cipando el tema de las relaciones entra la Iglesia i el Estado—es presidente del Club de la Reforma, es candidato a la diputacion del departamento de Carelmapu para la lejislatura de 1870. Pareceria que nada mas que por darle campo a su espíritu de accion, hubiese Balmaceda cambiado de terreno político. Porque los montt-varistas, despues de seis años da oposicion intermitente, al final del gobierno de Pérez se sentian desorientados i sin brios. El liberalismo naciente les quitaba toda accion política. Con ellos—ya que no era posible galvanizarlos—Balmaceda no habria sabido qué hacer. En cambio, el liberalismo, en su barca victoriosa, desde luego le asignó un lugar sobre el puente de mando.

Hasta ese momento, en la vida de don José Manuel Balmaceda solo encontramos bellas cualidades, felices disposiciones: todo en él es intelijente, bien estudiado, noblemente convecido. Si su gloria no se cumplió para la Iglesia, como se habia presajiado, se estaba cumpliendo para el liberalismo. Refiriéndose a él, dice, en 1870, un escritor ilustre: "Es una de las encarnaciones mas simpáticas i elevadas del pensamiento de progreso político que en estos tres últimos años ha dado oríjen a los Clubs de la Reforma".

El liberalismo, que nacia en Chile a consecuencia de la mayor cultura del pais, ese gran partido destinado a civilizar nuestra Constitucion con

reformas sabias i liberales, así como a purificar nuestros hábitos políticos, ese que tuvo en Federico Errázuriz i Domingo Santa María dos patrones ilustres, habia encontrado en José Manuel Balmaceda un secretario, un leader permanente, lleno de fe en los nuevos principios, de gran talento, de actividad invencible.

Si, aparte de las pequeñeces inherentes a todo hijo de hombre, algun defecto se le descubre a Balmaceda en aquella época de su vida, es uno que yo no llamo defecto, sino, al contrario, noble cualidad, nervio—egoísta si se quiere — pero que conduce a los hombres al cumplimiento de grandes actos: la ambicion. Balmaceda era ambicioso, tenia sed de gloria. Esto mas tarde pudo ofuscarle i perderle. Pero, entre tanto, le hizo tener fuerzas hercúleas para levantar en sus brazos al liberalismo naciente, le hizo llenar con brillo pájinas ejemplares en una vida de hombre público.

Desde 1873 se le puede considerar el jefe del partido liberal chileno. Habia en dicho partido personalidades de mayor importancia, de mayor influencia. Pero era él el jefe directo, el hombre activo que estaba presente, que lo atendia todo.

Sigámoslo en su carrera de hombre público. Tendremos que hacerlo rápidamente, pues dicha carrera es, mas que rápida, vertijinosa. De comision en comision, de puesto en puesto, va llegan-

do, rápidamente, seguramente, a las gradas de la Presidencia de la República. Ahí el horizonte de su vida comienza a oscurecerse: nubes de tormenta se agrupan sobre su cabeza hasta entónces aureolizada por el prestijio, como si la Presidencia hubiese sido esa cima desde la cual, segun la prescripcion bíblica, los hombres comienzan a descender al abismo.

Desde 1873 a 1875, en la prensa, en el Congreso, en el cenáculo del partido, toma una parte importantísima en la preparacion de las reformas que debian realizarse durante la administracion Errázuriz. En 1878, estando por romperse las relaciones con el Perú, miéntras la Arjentina, animada por la Cancillería del Rimac, no queria soltar la "cuestion de límites", Balmaceda recibe el encargo de ir a Buenos Aires a obtener un aplazamiento de ese peligroso debate internacional. La guerra del Pacífico exijía que el pais estuviese libre por el oriente i por el sur. La mision Balmaceda en Buenos Aires fué de las mas felices: no sólo obtuvo una tregua indefinida en la cuestion de límites, sino que anuló la accion de los diplomáticos peruanos en el Rio de la Plata. Al libro de su vida política, Balmaceda, en Buenos Aires, agregó una pájina de gloria diplomática. Esto hizo que en 1881, el Presidente don Domingo Santa María lo llamara a la cartera de Relaciones Esteriores. Era un puesto de honor i un puesto de enorme respon-

sabilidad. Terminada la guerra del Perú con la ocupacion de Lima, era preciso liquidarla, fijar la línea de nuestras conquistas, el monto de nuestra indemnizacion, las condiciones futuras del pais vencido. Era necesario establecer el verdadero triunfo, despues de las batallas que sólo representan la accion material. Más que el ejército prusiano, fué Bismark quien aniquiló a la Francia en las conferencias de Versalles en 1871. Esta tarea se le confió a don José Manuel Balmaceda; tarea endiablada, pues los peruanos, vencidos, habíanse ganado la jenerosa simpatía del mundo. Se miraba de reojo el jiro de potencia que tomaba Chile, "una pequeña nacion de Sud-América". Noble amor al vencido o miedo mezquino al vencedor, el caso es que este ánimo de las naciones estranjeras se manifestó de hecho en la actitud francamente interventora de los Estados Unidos.

Los Estados Unidos, dando una nueva interpretacion a la doctrina de Monroe—fuente inagotable de pretestos para introducirse en Sud-América—parecian, en bien del Perú, querer malograrnos el fruto de nuestra difícil victoria. Los plenipotenciarios Blaine i Trescott, en Viña del Mar, hablaban señalando la escuadra que el Gobierno de Washington mantenia en el Pacífico. Pero Balmaceda—nuestro Ministro de Relaciones Esteriores—no se arredró por eso. Se bate con esos diplomáticos, demostrando enerjía, conocimiento de los

precedentes que conducen al vago derecho internacional; se defiende de la tardía i mal intencionada intervencion de que eran portadores los dichos enviados. El i don Luis Aldunate, que le sucedió en la cartera de Relaciones, prepararon el tratado de Ancon, fijando las condiciones de nuestra victoria, a despecho de la influencia americana a que el Perú confiara la defensa que su ejército no supo hacer. Lo único que esa influencia obtuvo, fué que las provincias de Tacna i Arica no se incorporaran, desde luego, al territorio chileno.

Esa es una de las épocas mas hermosas e interesantes de nuestra historia diplomática. Balmaceda i Aldunate supieron burlar la presion norteamericana, no quedando de ella, en el tratado de Ancon, otro rastro que la no definitiva anexion de Tacna i Arica. Fué ese un nuevo triunfo para don José Manuel Balmaceda, un nuevo servicio prestado a la patria chilena. Su actuacion como diplomático en Buenos Aires en 1878, i en Viña del Mar, (7) donde tuvieron lugar las negociaciones a la postre de la guerra del Pacífico, merece un estudio especial.

El fué tambien quien desbarató ese famoso Congreso Internacional, cuya reunion en Panamá los peruanos quisieron provocar, en último recurso.

(7) Lugar de baños, vecino a Valparaiso.

Todo esto hizo que la personalidad de Balmaceda se impusiera, cada dia más, no solamente a la conciencia del liberalismo, sino tambien a la gratitud del pais entero.

Recobrada la paz en 1882, el partido liberal que estaba en el Gobierno con don Domingo Santa María, prosigue su tarea de reformas iniciada bajo la administracion Errázuriz. Balmaceda reaparece en el terreno de las luchas doctrinarias. Se ha reforzado considerablemente su personalidad de batallador político; son más firmes ahora las condiciones de su talento; con su prestijio, su palabra toma una fuerza invencible. Santa María reconoce en él al más seguro paladin de las reformas proyectadas, reformas contra las cuales el partido conservador se alzaba en masa, con clamoreo amenazante.

En consecuencia, lo llama al Ministerio del Interior, para que prepare, en la opinion i en el Congreso, el despacho de las leyes de matrimonio civil i cementerio laico. Balmaceda se puso a la altura de tamaño encargo; en los terribles debates de 1884, su oratoria raya en lo admirable. Las reformas avanzadas del liberalismo, el atajo enérjico al deseo de espansion que manifestó el conservantismo despues de la guerra, todo tuvo una suerte triunfal, gracias al talento de Balmaceda, gracias al prestijio de su personalidad que pudo mantener la cohesion del partido liberal. Es en aquella época

la más alta figura política i social de Chile. Como Bonaparte, segun la palabra de Sieyes, "es el hombre que lo sabe todo, que lo puede todo". Su talento, en tantos años de ejercicio feliz, adquiere las proporciones del jenio; es el hombre que nunca se equivoca, el tipo perfecto de la distincion i la probidad. Sus servicios prestados a la causa del liberalismo, su ardor i convencimiento doctrinarios, lo convierten en el jefe absoluto de ese partido, que, estando entónces ensu mayor apojeo, dominaba al pais. Cuenta, por otra parte Balmaceda, con el cariño i la confianza de don Domingo Santa María. No puede ser sino él el candidato a la Presidencia de la República para el período que comienza en 1886. Efectivamente lo es; candidato oficial, a la vez que candidato del pueblo.

Desde ese momento comienza una nueva faz de su vida, una faz desgraciada. La Presidencia fué para Balmaceda, como ya dije, "la cima desde la cual se comienza a bajar al abismo". Todo cambia para él desde ese momento. Por pri mera vez encuentra resistencias que no puede allanar; su talento mismo parece ensombrecerse en el trono presidencial; su enerjía, ántes tan vigorosa, se pone vacilante; comete los primeros errores de su vida. Con su llegada a la primera majistratura malos dias comienzan a prepararse para la República de Chile. I a él, al Presidente, los acontecimientos, encadenándose con fatalidad,

lo llevarán á un fin trájico. Así es el destino de los hombres. Veamos esta segunda i última faz de su existencia.

III

La candidatura de Balmaceda se manifestó por un acto de mal agüero. Fué el golpe de Estado del 9 de Enero de 1886.

Algunos radicales habíanse separado de la mayoría liberal, que formó la base política del Gobierno de Santa María. Se separaron para prestar su adhesion a otro candidato a la Presidencia, a don José Francisco Vergara, distinguido ciudadano que volvia cubierto de gloria de la guerra del Perú. Estos segregados, uniéndose a los conservadores que, naturalmente, en masa, se oponian a Balmaceda, formaron en la Cámara de Diputados una minoría resistente.

Llegó el momento de proceder a la votacion de la lei de contribuciones. El Ministerio, cuyo jefe era don José Eujenio Vergara, llevaba a Balmaceda en derechura a la presidencia de la República. Los conservadores quieren resistirlo a toda costa, así como algunos radicales amigos del señor Vergara. Era preciso derribar el Ministerio. La minoría—aprovechando las armas que el Reglamento de la Cámara le ofrece—se opone al Ministerio, es decir, a la candidatura de Balmaceda, obstruyendo el

despacho de la lei de contribuciones. La mayoría se irrita; era grande, orgullosa, acostumbrada a dominar durante toda una administracion. El Gobierno tambien se irrita: hacer Presidente a Balmaceda era no sólo el ideal de la mayoría parlamentaria, sino tambien del Gobierno.

Un jóven político, que despues ha tenido gran actuacion, don Pedro Montt, hombre de carácter, era presidente de la Cámara de Diputados. A su turno, valiéndose de sus facultades reglamentarias, de acuerdo con el Ministerio i la mayoría, en la sesion del 9 de Enero, habiéndose ya cumplido el plazo, dió por despachada la lei de contribuciones. Los diputados de la minoría, al verse atropellados, sacaron sus revólvers: el Gobierno habia hecho poner tropas de línea en los sótanos i pasillos del Congreso. De ese modo quedó sellada i garantida la candidatura de don José Manuel Balmaceda.

Era Balmaceda, como hemos visto, un digno candidato del Gobierno i de la mayoría liberal. Es, sin duda, poco patriótico perturbar la marcha de la administracion pública, obstruyendo el despacho de leyes indispensables. Talvez la razon, el 9 de Enero, estuvo de parte del Gobierno i de la mayoría. Pero, sea como sea, ese fué un golpe de Estado. Se acompañó de un movimiento algo siniestro, dejó una huella penosa en el corazon del pais, puso una primera nube sobre el cielo,

hasta entónces limpio, de la vida política de Balmaceda.

Este fué electo Presidente de la República el 15 de Junio de 1886. Candidato del Gobierno i del partido imperante, hombre de gran popularidad, Balmaceda tuvo una eleccion fácil; fué un triunfo que se obtuvo casi sin batallar. Todavía imperaba en aquel tiempo la intervencion electoral del Gobierno.

El 19 de Setiembre de ese mismo año, se hizo cargo del alto puesto al cual llegaba en virtud de su gran intelijencia, de sus nobles trabajos en pro del liberalismo, como coronamiento de una hermosa carrera política. No obstante, ese dia de primavera fué nublado; i, en la alegría de las fiestas patrias, en el regocijo del liberalismo que elevaba a la Presidencia a su jefe de veinte años, los habitantes de Santiago sintieron no sé qué soplo de tristeza. ¿Sería, acaso el misterioso presajio de las lágrimas i de la sangre con que se pondria fin a la Presidencia que en ese momento se inauguraba?

Los tres primeros años de la administracion Balmaceda fueron felices. Rehecha, por su influencia personal, la unidad del liberalismo, tuvo una grande i sólida mayoría parlamentaria, que le permitió gobernar tranquilamente. En el órden de la liberalizacion del pais pudo tomar medidas fuertes, sin que la ajitacion de los conservadores lo-

grara perturbar su Gobierno. Una vez mas, i ahora en condiciones del todo eficaces, pudo sentirse su intelijente i febril actividad. Quiso imitar a los Faraones del antiguo Ejipto; las obras más colosales le parecian pequeñas: el puente del Malleco, el dique de Talcahuano, la canalizacion del Mapocho, el puerto de Valparaiso, el ferrocarril lonjitudinal, etc., etc. Quiso aprovechar en obras públicas toda la enorme riqueza conquistada en el Perú; en obras públicas i en obras de liberacion i de progreso intelectual: favoreció cuanto pudo la inmigracion i la colonizacion de los territorios del sur; triplicó en todo el pais el número de escuelas, rindiéndole culto a la máxima de Sarmiento: "poblar i educar"; hizo venir maestros alemanes que reformaron el sistema de la enseñanza.

Hizo bien Balmaceda. Dijeron sus enemigos que lo habia hecho por egoísmo, por orgullo personal, para cubrirse de gloria. Santo egoísmo; benéfico orgullo!

El pais fué transformado, i la administracion Balmaceda, — aunque luctuosos sus dos últimos años, — quedará en la historia de Chile como un magnífico monumento elevado al progreso moral i material.

Los grandes gastos que se hicieron en obras públicas alarmaron, se dice, a muchos hombres "patriotas i sensatos." "Este Balmaceda es un loco que, por adornar su nombre, va a dejar al pais en

completa bancarrota". Era la frase corriente, la eterna frase con que la envidia i la rutina pugnan en Chile por sujetar el progreso. Pero se cubren de prestijio los hombres progresistas; la gloria es su premio, mal que pese a la envidia. Mucho pudo gastar Balmaceda, sin que eso fuese motivo de alarma. Por otro lado, su probidad nunca desmentida libraba al pais de los gastos infecundos i vergonzosos, de la inconsciencia i el espíritu de rapiña, de la empleomanía, del atrevimiento de los negociantes estranjeros, de todo eso que, por desgracia, ha ido creciendo en razon directa de la fortuna fiscal. Balmaceda sintió que, con el salitre, se venia sobre el pais una ola de corrupcion. Quiso contenerla. Fué desgraciado. Honor a él.

Ha llegado a la mayor altura a que puede llegar un hombre público: es el ídolo de un partido, es el transformador de un pais, es el jefe de un pueblo. Respira permanentemente un aire de pompa, de poder omnímodo, envenenado por el incienso de la adulacion. Tiene la conciencia de su inmensa superioridad. Eso lo enferma, lo ensombrece, desarrolla el poder fantástico de su imajinacion. Su actitud, como la de la estatua de Nerva en la galería del Vaticano, toma un aspecto olímpico; su rostro pálido, bajo su rubia melena de poeta, no es ya el de un paladin liberal, es el de un César. Su fina intelijencia se cambia en

dogmatismo; todo lo que dice parécele infalible. Su carácter conciliador, con el cual habia mantenido la unidad del liberalismo, se pone intransijente; su elocuencia persuasiva tórnase altanera. Parece no comprender bien la nueva forma adquirida por la vida chilena despues de la guerra del Pacífico. Su rigor moral se cambia en ascetismo enfermizo: el lujo de la sociedad le parece el producto del robo; la familiaridad en los hombres públicos le parece desenfado. Siente deseos de arrojarlos a todos, violentamente, como a los mercaderes del templo. Balmaceda está enfermo de ese mal misterioso i terrible de que los hombres se contajian en la altura. Tantos hombres heroicos i jeniales que la antigua Roma vió ponerse dementes en las gradas del Capitolio; tantos reyes populares i sensatos que se volvieron locos con el incienso de la adulacion servil! "Es el cesarismo, el terrible cesarismo,—dijo Marco Aurelio,—gusano que se alimenta de sesos imperiales".

Los sucesos políticos de 1890 comprueban esta estraña i fatal transformacion del carácter de Balmaceda, Presidente de la República.

Habia llegado el cuarto año de su Gobierno. Como siempre, la cuestion presidencial comenzó a preocupar al pais. ¿Quién iba a ser el sucesor de Balmaceda? Se daban varios nombres; algunos partidos tenian candidatos; el Gobierno tenia el suyo, impuesto por Balmaceda. Era éste el Mi-

nistro del Interior, don Enrique S. Sanfuentes, hombre jóven, de antecedentes ilustres, hacendista distinguido, colaborador brillante de la administracion, amigo personal del Presidente.

Balmaceda, prematuramente, con poca sagacidad, con una vehemencia rara en su carácter, trató de imponer a su candidato. Los partidos se alarmaron; ellos, a su turno, tenian candidatos: los monttinos o nacionales (antiguos montt-varistas) acariciaban la idea de elevar a la presidencia al distinguido ciudadano don Agustin R. Edwards; el mismo Balmaceda, en un momento dado, pareció inclinarse a esta candidatura; despues la abandonó; los nacionales, colaboradores de toda su administracion, juzgaron esto una infidelidad imperdonable. Por su lado los liberales hablaban de la candidatura de don Augusto Matte, jóven político de verdadera talla, ministro de hacienda en las difíciles circunstancias de la guerra con el Perú, hombre de mucha situacion i de brillante capacidad intelectual, miembro de una familia acaudalada. Balmaceda de este candidato no quiso ni oir hablar; Matte era banquero, i los banqueros eran los protagonistas de su pesadilla enfermiza.

Los tres candidatos eran buenos. No le habria sido difícil a Balmaceda, por medio de una maniobra hábil, sacar avante al suyo, contando con su prestijio i con sus facultades de Pre-

sidente. Cualquiera de los otros dos que hubiese triunfado, no podia ser para Balmaceda, sensato i patriota, motivo de alarma i resistencia. Pero Balmaceda ya no era sensato; estaba enfermo, irascible, no se le podia contradecir. Lo animaban pasiones orgullosas. Los malos consejos, que ántes le entraban por un oído i le salian por el otro, ahora se le quedaban en el cerebro. Estuvo tan violento, tan falto de sagacidad política, tan dominado por el triunfo de su sola voluntad, que, en 1890, al aproximarse en el Congreso el voto que autoriza el cobro de las contribuciones, encontró destrozada la magnífica mayoría liberal que le habia servido durante su administracion, destrozada por su propia mano. Esta fué su gran falta política, lo que le costó a él la vida i al pais una revolucion.

Monttinos i liberales se separan del Gobierno. Juntándose con los conservadores, enemigos históricos de Balmaceda, forman una mayoría poderosa que se opone a la marcha de la candidatura de Sanfuentes, el ahijado político de Balmaceda.

"Que baje Sanfuentes del Ministerio!—grita la mayoría. "No bajará! — responde el Presidente "No se autoriza el cobro de las contribuciones, no habrá Gobierno! — replica la mayoría.

Estos son los términos de la batalla política que, a fines de 1890, se armó por las intransijencias i veleidades de Balmaceda. Fué una lucha

ardiente, sostenida bajo un cielo cargado de pasiones i de odios. Quedó demostrado hasta qué punto puede la influencia maléfica de un Presidente envenenar la atmósfera de un pais. Se formaron camarillas; las pasiones personales hicieron su obra. Balmaceda, el jefe indiscutido del liberalismo durante mas de veinte años, se atrajo los insultos del liberalismo; la unidad de la mayoría del gobierno, que su prestijio habia mantenido, se deshizo hasta dejarlo, a Balmaceda, en la Cámara, sin mas amigos que sus Ministros. Radicales, liberales i conservadores, andaban unidos. Viéronse cosas nunca vistas; i ese fecundo i apacible ambiente político en el cual, durante tres años, Balmaceda brillara como el modelo de los Presidentes de Chile, se convirtió en un pandemonium. I todo por un capricho!

No obstante, a fines de año, el terrible conflicto entre el Ejecutivo i el Congreso parece solucionarse. Sanfuentes, haciendo gala de un carácter que le honra, ya que era el causante del desacuerdo, deja el Ministerio, vuelve a las faenas agrícolas en su hacienda de los Quillayes. No era hombre capaz, por ambicion personal, de arrojar al pais en una revuelta armada. En vista de esto, el Congreso promete votar la lei de contribuciones.

El Presidente de la República, como era natural, pide que se le dé a la lei efecto retroactivo.

Durante varios meses, no estando autorizado el cobro de las contribuciones, se habian hecho en toda la costa enormes contrabandos. Balmaceda, —que en esta materia nunca dejó de ser acrisolado i patriota—hará reintegrar en arcas fiscales esos derechos no pagados. Cifran sumas colosales, millones de pesos. Hai casas fuertes del pais que van a perder el fruto de su contrabando. Nace una cuestion de interes; el espíritu mercantil entra como un chiflon al recinto del Congreso. Al odio orijinado por la intemperancia de Balmaceda, el interes viene a juntarse: terrible alianza!

Es triste comprobarlo, pero es preciso: el cuantioso botin del Perú ha corrompido a Chile. La influencia de los mercaderes se impuso en el Congreso hasta impedir que se diera carácter retroactivo a la lei de contribuciones que se votaba atrasada. Esto le dió el último toque a la furia del Presidente.

El 15 de Octubre de 1890 Balmaceda firma un decreto dictatorial clausurando el Congreso. La revolucion comenzó.

Tuvo ésta una razon constitucional poderosa. Por eso arrastró con la opinion unánime del pais; por eso triunfó.

Desde hacia un año, el carácter descompuesto de Balmaceda venia atropellando la autoridad del Congreso, los fueros de los partidos, i terminaba, con el decreto de 15 de Octubre, ensartando

nuestra Carta política en la punta de su baston de dictador. ¡Quién lo hubiese creído!.... de ese liberal modelo, de ese hombre patriota i respetuoso. Estaba enfermo; habia perdido la relacion de las cosas; un círculo funesto comenzó a llenar su aislamiento, i fué arrastrándolo, arrastrándolo...

Pero la revolucion constitucional de 1891, en su noble alzamiento por defender la integridad política del pais, tuvo una gran porcion de odio, i tuvo una influencia de mercaderes.

Esto, que fué lo que la precipitó,—sin esto se habria podido evitar—le pone ante los ojos de la historia, una mancha, un pecado orijinal.

I esto ha servido, despues, para vindicar, en parte, a Balmaceda. Vindicacion moderada debe ser, pues fué grande la culpa del Presidente.

La actitud de Balmaceda, durante los ocho meses que duró la guerra civil, es reveladora. Se comprende por ella, claramente, que el sentimiento de la responsabilidad lo abrumó, quitándole a sus facultades la lucidez de otro tiempo, cuando, jefe del liberalismo, lo conducia impávido i triunfante por el fragor de las batallas doctrinarias. Ese hombre de cabeza privilejiada, ese trabajador incansable, ese temperamento enérjico de 1876 i 1885, ese que parecia haber nacido para salir avante de los conflictos, es, en 1891, un personaje perplejo, débil, cansado. El hombre a quien

llamó en la víspera del conflicto, don Claudio Vicuña, no supo salvarlo. En su fondo de patriotismo i humanidad, a cada momento quiere volver atras, bajar del poder, deshacer esa revolucion que lo atormenta. Pero la camarilla, la mala jente que surje en tales casos, se lo impide i lo obliga a continuar de dictador. Es como el Czar de Rusia, que ama a su pueblo, que proviene de él, i que obligado por la Corte, lo hace fusilar en las calles.

Fueron mui tristes en la Moneda esos últimos meses de la administracion Balmaceda. Ese hombre sano i jovial que trabajaba por la Patria con talento i alegría, se convierte en una sombra pálida, de rostro taciturno, que preside, casi inconsciente, un consejo de militares i de esbirros.

Se hicieron cosas que sólo con pena pueden recordarse. Se formó un Congreso i se designó un candidato a la Presidencia, un sucesor de Balmaceda! El pais estaba dividido por tremenda guerra civil. En las provincias del norte otro Gobierno estaba constituido i contaba con la escuadra nacional. I en tales condiciones hubo hombres que aceptaron de ser diputados, i hubo un candidato... Qué demencias produce la ambicion personal, qué cosas de sainete!

Su actitud contribuye a la derrota. Cuando se prosigue una causa que se sabe fatal, que se aborrece, junto con perder el carácter, se pierde la

enerjía, la enerjía sin la cual todo triunfo es imposible. Balmaceda, cuya facultad saliente habia sido el carácter enérjico i resuelto, fué, durante la guerra civil, un ente, una veleta que jiraba segun las opuestas corrientes que pasaban junto a él. Despues de la derrota que sufrió su ejército en las márjenes del Aconcagua (batalla de Concon, 21 de Agosto de 1891), el Presidente-dictador se lanza en un tren, resuelto a ponerse a la cabeza del nuevo ejército que defenderá a Valparaiso. Esa es una actitud de hombre; en eso se reconoce al Balmaceda de los buenos tiempos. Pero en Llai-Llai, a medio camino, vacila, su enerjía desfallece, se vuelve a Santiago. Es que Balmaceda aborreció la revolucion, la sostuvo en contra de su voluntad, fué un patriota que la desgracia condujo al despotismo.

Vencido por las tropas constitucionales el tercer ejército de Balmaceda (el primero habia sido deshecho en Tarapacá i el segundo en el vecino valle de Aconcagua), tomado el puerto de Valparaiso, Santiago quedó indefenso, es decir, la Moneda, el centro de esa dictadura odiosa que se disimuló malamente con una representacion parlamentaria, que tuvo mucho de cómico. Decimos así, porque la ciudad toda entera era partidaria de la revolucion i se alzó al tener la primera noticia de la toma de Valparaiso. Las tropas de Balmaceda que quedaban en Santiago, el cuerpo de policía, todo,

se desbandó. La Moneda quedó desierta. Eso dió lugar a un desórden del populacho que se tradujo en un vergonzoso saqueo de las casas de los amigos de Balmaceda (29 de Agosto de 1891). El saqueo,—pájina negra de la historia de Santiago,—ha sido imputado a la responsabilidad de los revolucionarios. Esto no es justo. Se produjo durante la breve suspension de autoridad habida entre la salida de Balmaceda i la llegada de los constitucionales a la Moneda. El populacho excitado es feroz, i, al verse libre, su ferocidad se hace efectiva.

El Presidente derrotado fué a pedir asilo a la Legacion de la República Arjentina, ubicada entónces en la calle de Teatinos, a un paso del palacio del Gobierno (La Moneda). Lo recibió el Ministro de ese pais, don José de Uriburu, antiguo amigo de Balmaceda, pero hombre timorato, que, en esos dias de cólera i peligro, lo pasó mui aflijido con la presa que escondia, como si la bandera arjentina no hubiese bastado para defenderla,

Balmaceda, desde su llegada a ese refujio, se manifestó noblemente atormentado. En esas largas horas de soledad meditó profundamente, repasó la última época de su vida de gobernante, se hizo un riguroso exámen de conciencia. Su talento recobró su lucidez, i renacieron las bellas cualidades de su alma. Separado de su círculo corruptor, subido a la altura serena i dominadora del sufri-

miento, Balmaceda, estamos seguro de ello, condenó su actitud de 1890 i condenó su insistencia que fué causa de la revolucion. Mucho debió sufrir ese hombre de talento, ese gran patriota, al contemplar lo que habia hecho en un momento de ceguedad. A esto se juntó el cuadro desgarrador que le ofrecian sus partidarios perseguidos con ahinco i crueldad, los miembros del ejército que le fué fiel arrojados de las filas i despojados hasta de sus títulos gloriosos de la campaña del Perú. De toda esa ruina, de toda esa miseria, él se echó la culpa; él no la tenia sino en parte. Ademas estaba cansado, profundamente aburrido de esa existencia de despotismo, de odio, de sangre; él, cuya privilejiada naturaleza habia nacido para realizar una obra de vida, de progreso, de amor.

La realizó, esa fué su obra, hasta que un infausto i misterioso destino lo arrastró a donde nunca habria ido en su sano juicio o por su voluntad. Fué la desgracia.

En su escondite de la Legacion arjentina pedia los diarios, las proclamas incendiarias, los libelos que se publicaban contra él i su partido en esos dias anormales, cuyo espíritu, por suerte, no seria duradero. Le llegaba el bramido de la turba que pasaba por la calle pidiendo su cabeza. Eso contribuyó a ensombrecerle exajeradamente el cuadro en el centro del cual se veía como en un encierro sin salida alguna. Estaba separado de su familia,

de la cual sólo le llegaban tristes noticias; no podia contar con ese amor que fortalece i consuela. A la trájica sensacion de la miseria i de la ruina, vino a agregarse el hielo desesperante del egoísmo que lo envolvia. Balmaceda tuvo la evidencia de que todo habia concluido para él. La idea de la muerte se le presentó como una promesa de reposo, i talvez como un alivio para el sufrimiento de sus partidarios, como un calmante para la ajitacion del pais.

Despues de un largo estravío, vuelto Balmaceda a sus verdaderas facultades, que eran nobles, jenerosas, valientes, resolvió morir. Pero ántes quizo redactar su testamento político, quiso indicarle a los suyos una ruta que los devolviese al prestijio i a la influencia, sacándolos de la oscura noche de la dictadura i la derrota. Ya han vuelto los suyos al prestijio i a la influencia, pero por una senda tan distinta!

Antes de morir escribió Balmaceda pájinas admirables; en ellas, ademas del gran talento político recobrado, ademas del liberalismo puro, se siente ese algo majestuoso i noble que la imajinacion produce cuando el corazon está resuelto a algo supremo.

El 29 de Agosto de 1891 habia llegado prófugo a la Legacion arjentina; el 19 de Setiembre, el mismo dia en que debió haber entregado el mando, despues de una administracion gloriosa, entre los

vítores de un pueblo agradecido, se le encontró muerto sobre su lecho de asilado, con el revólver liberador en una mano i en la otra su testamento político, su vindicacion posible, su adios a los suyos i a la patria chilena que tanto amó i por la cual tanto hizo.

A ese fin trájico lo condujo la desgracia; no era ese el fin merecido por una vida como la suya.

Esta fué, brevemente trazada, la existencia de ese hombre ilustre i desgraciado. Fué activa, interesante—fecunda en laureles, pero más en lágrimas—llena de altos ejemplos i de obcecaciones tristes. Fué una vida rara que se presta a observaciones melancólicas, que recuerda a cada momento la sombría idea de Tácito sobre la frajilidad de las intenciones humanas. Porque Balmaceda sólo una vez pudo realizar su ideal, el proyecto nacido de su alma. Esto fué en 1885, cuando, jefe del liberalismo, lo condujo a triunfos definitivos i memorables. Todo el resto de su vida el destino se opuso brutalmente a los vuelos de su corazon. Veamos: sale a la vida convertido en una promesa para la iglesia católica; el destino lo hace caudillo de los partidos laicos: es un apóstol de la libertad; el destino lo lleva al ejercicio del despotismo: era amigo de la paz, del trabajo, del amor; el destino lo rodea de guerras, de perturbaciones, de odios....

"He aquí un hombre que hizo lo contrario de lo

que quiso hacer"—dice de Maistre hablando de Luis XVI durante la Revolucion Francesa. Igual cosa puede decirse de Balmaceda.

Hasta su popularidad, que es enorme, tiene no sé qué tinte de tristeza. No es popular por su accion de orador, de literato, de gobernante progresista: cosas son éstas que, en gran parte, se escapan a las multitudes todavía incultas de los paises sud-americanos. Es popular por su accion de dictador i por su muerte. Las imájenes lo representan alzado sobre las leyes, destacándose sobre un horizonte de batallas, o tendido en un lecho ensangrentado, con el arma suicida en la mano. Para sus propios partidarios, su popularidad nació junto con la derrota, con la persecucion, con la miseria. En los hogares clandestinos de los fujitivos de Concon i de Placilla (1891), entre cadáveres o figuras demacradas por el hambre i el pánico, su pálido rostro de mártir era evocado en medio de lágrimas i protestas. Aun hoi éste es el tinte de su popularidad, siendo que, borrada la trajedia de 1891, debia ser una popularidad brillante, ligada al triunfo del liberalismo i al progreso del pais.

CARTAS

A DON

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE

SOBRE LA RELIJION QUE PROFESA

CARTA I

Mi distinguido señor:

Ud. ha escrito muchas cartas en su vida i destinadas, todas ellas, a propagar las doctrinas de Augusto Comte. Se ha dirijido Ud. a una gran variedad de hombres, pero cuidando que sean influyentes por su situacion o su talento: el Emperador de Alemania, Max Nordau, el cardenal Ireland, Braunetière, Emilio Zola i otros.

Así, ahora, me atrevo yo a dirijirme a Ud. considerándolo de gran talento i de no escasa influencia, ya que las ideas de su maestro tienen convencidos en todos los países.

Déjeme, primeramente, decirle cuanto sé de Ud.

Sé que Ud. vino al mundo en Valparaiso en 1852, en una familia antigua i honorable. Es Ud. Lagarrigue i Alessandri; hai en Ud., por la línea materna, raza italiana, raza cuyo carácter es fino i perseverante tanto en sus odios como en sus amores. En el Instituto Nacional, donde Ud. hizo su primera educacion, se revelaron i su intelijencia i su sensibilidad. Desde luego se notó en Ud. cierta delicadeza enfermiza i un carácter orgulloso i noble.

Pronto se recibió Ud. de abogado. Pero nada significa en su vida la temprana adquisicion de ese título. Estaba Ud. destinado, por temperamento, a otro órden de actividad. Nació Ud. con alma de apóstol; por lo tanto, los estudios filosóficos i sociales iban a arrastrarlo.

Esto se comprobó en 1875. Ese año, en *La Revista Chilena* dió Ud. a luz sus primeros escritos, los cuales, tres años despues, pudieron recopilarse en un volumen titulado *Bocetos Filosóficos*. En seguida publicaba Ud. *Las Leyes de la Historia*. Trabajos son esos en los cuales hai sentimiento filosófico, facultad jeneralizadora, erudicion. Pero en ellos sólo aparece vagamente la tendencia por la cual ha llegado Ud. a hacerse notable, dedicándole su vida con sin igual constancia.

Su verdadera profesion de fe sólo se produjo en 1882, recien llegado de su viaje a Francia. Entónces escribió Ud. *La Relijion de la Humanidad*. Ese

libro vino a demostrar que Ud., en Europa, se habia entregado al estudio de la obra de Comte i que esa obra lo sedujo, lo encantó, como una revelacion del secreto de la felicidad humana.

Desde entónces ha dedicado Ud. su vida a la propaganda de las ideas de ese maestro.

Se hizo amigo, socio, de cuanto adepto tiene en el mundo la filosofía de Comte. Tiene muchos. No es Ud. el único convencido por ese jenio admirable. Pero sí es Ud. uno de sus mas activos e intelijentes propagadores. Ha adoptado el ritual i el calendario, aceptando con igual ardor las grandes ideas del maestro i sus imajinaciones candorosas. Es Ud. uno de esos temperamentos que no admiten término medio. No hai en su alma una sola fibra de ironía. Es Ud.—ello se puede afirmar porque lo ha demostrado.—de la misma madera que los apóstoles i los mártires. Lo cual da a su figura un singular interes.

Desde 1882, como dije, su espíritu se concentra i se fija en la filosofía de Comte. Así publica Ud. el *Centenario de Diderot*, brillante disertacion sobre las ideas de ese hombre que,—enemigo del espíritu crítico,—fué un precursor de Comte. Luego aboga por la separacion del gobierno temporal i del gobierno espiritual de la humanidad. En mejores términos, se hizo Ud. partidario de la separacion de la Iglesia i del Estado. Dicha separacion es uno de los fundamentos de la obra de Comte.

Ya está en camino de ligarse para siempre al pensamiento que dejó ese hombre ilustre. Entrará Ud. a la rejion soñadora i mística, en la cual, por anacronismo, flotó siempre aquel espíritu positivista. Su trabajo titulado *El tránsito a la Relijion de la Humanidad* anuncia que la nueva fe creada por Comte se hará universal. Es esa obra suya algo como el ensueño de una sociedad nueva. Su tendencia al misticismo se va acentuando en Ud. cada dia más. En 1886 publica una *Circular Relijiosa.* Desde entónces, hasta hoi, sin desmayo, ha continuado Ud. tratando de conducir el rebaño de los hombres hacia el cercado de Augusto Comte. Por esto, i en cada acontecimiento de importancia social,—guerras o congresos internacionales,—ha lanzado Ud. sus epístolas, como ya dije, al Emperador de Alemania, a Emilio Faguet,—el notable contradictor de Comte,—a Monseñor Ireland, a Max Nordau, a Emilio Zola, a Brunetière, etc., etc. Cada una de esas cartas ha sido un llamado al altruismo, al órden, al amor, que, segun el maestro, son el principio, la base i el fin del progreso humano. Algunas de ellas fueron notables; me hago un honor en decírselo, ya que he de declararle que otros cayeron en la muda induljencia que el candor produce.

Así se constituyó Ud. en el más autorizado representante, en Chile, de la filosofía de Augusto Comte.

Hasta el año 1902, sólo me fué dado conocerlo a Ud. de vista i de nombre. Tampoco sabia gran cosa del gran filósofo de quien es Ud. un reflejo. Habia aceptado sobre Ud. la idea convencional: "Es un maniático,—me decia,—un poseído por la idea fija de una relijion estravagante.... nadie le hace caso...." Vea con qué franqueza le hablo.

Una que otra de sus cartas,—impresas en folletos,—me habia llegado. Encontraba hermosas sus declaraciones, algo místicas, llenas de amor i fraternidad. Me parecia ver en ellas el producto interesante de un cerebro soñador i aislado. Pero las dejaba caer como pájinas de literatura blanda, inútil para nosotros, los que vivimos luchando en un tiempo escéptico, individualista, práctico.

Su empeño por ceñirse al calendario imajinado por Comte,—aquello de llamar *César* al mes de Abril i *Federico el Grande* al mes de Noviembre,—me divertia. "Este hombre,—pensaba,—es un orijinal, un descendiente de Diójenes."

Un dia del invierno de 1902,—seguramente Ud. no lo recuerda,—tuve la fortuna de conocerlo personalmente. Fué en casa del inolvidable Cárlos Robinet, esa modesta casa de la calle de las Claras, la cual, por los hombres que a ella llegaban, solia ser un palacio de intelijencia.

Al poco se tocó el tema inevitable cuando se está con Ud.: la filosofía de Augusto Comte.

Nunca olvidaré ni las palabras ni el jesto con

que Ud. recibió mi escepticismo de la doctrina positivista, así como mi ignorante irreverencia del filósofo que la fundó. Fué la indignacion de la fe del carbonero. Me pareció Ud. imponente en su amor al maestro i en su adhesion a la doctrina. Muchas veces he revelado mi incredulidad a sacerdotes fervorosos. Nunca noté en ellos ni la exaltacion ni el encanto místico con que Ud. trata de imponer su fe en la *Relijion de la Humanidad.*

A pesar de mi ignorancia en tales materias, habia leído algo sobre el carácter de Comte i visto un magnífico retrato suyo, pintado al óleo, en una sala o capilla de un club de Rio Janeiro, la ciudad exaltada e intelectual en que el positivismo ha echado más raíces. En ese momento, entre Ud. i el maestro encontré algun parecido. Me pareció sorprender en su rostro fino, pálido, cuyo jesto es altivo, en sus grandes ojos rutilantes de artista del Renacimiento, las mismas espresiones de amor i candorosidad, que,—segun las majistrales palabras de Faguet,—hicieron a Comte "idear una civilizacion de pura ciencia i de puro amor, i creer que tal cosa podia implantarse entre los hombres."

Se habló, esa tarde, en casa de Robinet,—quizas lo recuerda Ud.,—por estar ello relacionado con no sé qué hecho de actualidad, del rol i situacion de la mujer en la sociedad contemporánea. Ud., con vehemencia dogmática,—otro rasgo de pare-

cido con el maestro,—terció en el debate dándonos a conocer el juicio de Comte sobre el particular. "He hecho mias todas sus ideas,—dijo Ud.—Soi el discípulo, el reflejo, el eco.... Segun el maestro,—agregó,—los ingleses, por un error de Stuart Mill, han terjiversado la cuestion feminista. Segun ellos, para redimir a la mujer hai que dotarla de profesiones que la hagan rival del hombre. Error funesto! La redencion consiste en guardarle cuidadosamente su carácter dentro de la familia i del hogar; esto es, darle al padre o al esposo un salario que le permita evitar el trabajo de la mujer. La mujer empleada fuera de la casa, es una fatalidad social. La familia se resiente de ello...."

Tales ideas me impresionaron. Son sensatas, respiran un profundo sentimiento de naturaleza, de amor i de familia. Eso pensó Comte, "el soñador candoroso.." Su discípulo lo estaba diciendo. Me quedé pensativo.

¿Se apercibió Ud. de lo que en ese instante pasó por mí? El hecho es que al poco rato me llevó Ud. a un ángulo de la sala para hablarme a solas de su relijion i su maestro. "Heme aquí,—pense,—víctima del proselitismo de un apóstol moderno. Qué hacerle!..."

Me habló Ud. largo rato, de un modo afectuoso, insinuante, como el seductor encantado de la fábula medioeval. Trató de llevarme hácia la relijion del positivismo en su noble ardor de propa-

gandista. ¿"Nunca ha leído un libro de Augusto Comte?"—me preguntó.

Como le manifestara que sabia que la obra de ese filósofo encerraba contradicciones i que era, toda ella, un genial conjunto de utopías, me respondió Ud. exaltado: "Falso, mil veces falso!... En un tiempo se discutió sobre si habia o no, en la obra total de Comte, solucion de continuidad. No la hai. Ya se ha uniformado la opinion, i han debido ceder hasta sus más tenaces contradictores. Ningun espíritu humano ha producido una obra más unida i armoniosa que la suya..."

En cuanto a ser dicha obra un conjunto de utopías, como yo dije, nunca olvidaré la sonrisa piadosa i lastimera que vi sobre su rostro. Qué convencimiento tan profundo, tan envidiable!...

"Mi pobre amigo!—me replicó;—no sabe acaso que ese hombre, a cuyo entierro en 1857 asistieron dieciseis personas, creó una lójica positivista en la cual se basa toda la política contemporánea: "hacerlo todo segun lo indican las necesidades sociales; no hacer nada que no tenga base positiva".

"¿Quién sino Comte,—continuó Ud.,—dió esa doctrina que se aviene cual ninguna otra al espíritu democrático?... Ud. la siente, Ud. la ve; mañana Ud. mismo la pondrá en práctica i no sabe a quién se la debe, no ha leído a Augusto Comte, el jenio de los jenios, el que deben seguir

todas las almas, como las nuestras, nacidas i educadas en el catolicismo, en esta relijion altamente social, admirablemente dotada para organizar i fortalecer el sentimiento de la vida!... Comte es el continuador de la vieja organizacion católica, no ya sostenida por un dogma ilusorio, pero sí por una fe positivista, pór algo irrefutable, hecho de ciencia, de arte, de elementos sacados de la naturaleza misma..."

Para disimular el vivo interes que sus palabras me causaron i mantenerme en cierto escepticismo traje a colacion la reforma del calendario i los diversos aditamentos litúrjicos del culto creado por Comte. Por el momento, eso me pareció lo más débil en la tesis que Ud. sostenia. Acabé por referirme a los famosos cuadros sistemáticos del alma. En todo eso, convengamos, le llevé alguna ventaja.

No obstante,—me es grato declararlo,—sus palabras me impresionaron, señor Lagarrigue. Tiene Ud. un ardor de convencimiento que se contajia. Para continuar su obra de seduccion, me envió Ud., al dia siguiente, un ejemplar de su libro sobre la relijion de la humanidad i una coleccion de sus cartas. Desde entónces ha seguido Ud. escribiéndome una que otra vez, por causa de la aparicion de algun artículo mio, i enviándome sus producciones, lo cual ha sido para mí de mucho agrado i honor.

Leí sus opúsculos por simple curiosidad. Sin embargo, no pude quedarme en eso. Encontré en ellos no poca plasticidad filosófica i como la revelacion de una belleza nueva. Busqué las obras del maestro; quise beber yo tambien en la fuente orijinaria de la doctrina. I me sentí embriagado, poseído, por el jenio prodijioso de Augusto Comte. Su obra tiene lineamientos colosales, armoniosos, como los de un templo griego. Hai, señor Lagarrigue,—¿quién lo sabrá mejor que Ud.?—en los once volúmenes de ese hombre (seis de filosofía, cuatro de política i uno de deducciones), una renovacion completa del edificio idealójico i moral levantado por la historia. Es algo como una segunda creacion, en la cual no se puede dejar de creer, porque es tan completa, tan segura, tan bella! Las ideas jenerales de Comte sobre los problemas contemporáneos son de una maravillosa exactitud. Existen los defectos i peligros que indica; hai espíritu práctico en las soluciones que propone. Uno se entrega en cuerpo i alma a pensar como él. Así,—captándonos por medio de un análisis brillante,—el maestro nos arrastra insensiblemente a la aceptacion de su reforma, al "positivismo". Así nos deslumbra i nos impide ver que su obra es un puro sofisma.

Esto me aconteció, mi querido señor. En un momento dado, incansable lector de ese poeta científico, de ese propagandista de un ensueño, me

encontré partidario ferviente de su doctrina. Entónces, señor Lagarrigue, fuí uno de los suyos. Dejé de considerar locos a todos esos que, como Ud., andan por el mundo predicando la nueva relijion. Tal es el poder persuasivo del jenio de ese escritor.

Tuve que sacudirme de ese sonambulismo filosófico, volver a la realidad del mundo i de la historia, reincorporarme en la tradicion de nuestra raza, repasar los comentarios de Emilio Faguet i de Litré, para volver a colocar en su verdadero valor la obra que Ud. me aconsejara. Con ménos enerjía me habria quedado, como Ud., víctima de ella. Hai en esto algo májico; porque, en realidad, Comte es un iluso, un arbitrario, cuyo esfuerzo,—al cual mucho útil se le debe—nunca pasará de ser un penetrante vapor de ensueño que marea cerebros débiles i corazones buenos.

En fin, señor, que tuve que trabajar para desprender mi espíritu del suyo. El maestro nos unió por un momento.

Cuando se hubo disipado el artificio, volvió Ud. a presentárseme como un visionario, como un loco admirable, como el Sancho Panza del Caballero Andante de la filosofía moderna.

Le confesaré tambien, señor Lagarrigue, que para ayudarme a salir de su influencia, leí en una vieja coleccion de *El Imparcial* de Madrid aquellas cartas que le dirijió don Juan Valera. No lo

digo por halagarlo a Ud., que fué la víctima de ellas, pero las encontré, como todo lo de ese hombre, más irónicas que justas.

No quiero, por ahora, fatigarlo más. Mañana continuaremos esta charla sobre Augusto Comte.



CARTA II

Ahora discurramos juntos sobre el filósofo eminente. Veamos primero sus ideas jenerales, sus estudios de los fenómenos pasados i presentes del mundo. Recorramos su obra desde 1820 a 1857, desde la *Política Positiva* hasta la *Filosofía Positivista.*

Desde luego, señor, se me impuso, en la lectura de Comte, ese concepto de catolicismo tan justo i elevado. El catolicismo ha sido, para él, si no la verdad como concepcion jeneral del mundo, la verdad absoluta como concepcion del gobierno de los hombres. Nos muestra lo que hizo el clero en la edad media. ¡Qué hubiese sido de la Europa sin la Iglesia? Habría vuelto la barbarie primitiva... Guiándose por un concepto comun pero falso, se cree que aquel tiempo sólo fué de oscuridad i retroceso. Talvez lo fué en el sentido literario i artístico. En el sentido político, fué la época en

que el mundo estuvo mejor organizado. Las leyes romanas evolucionaron hácia la solidaridad social; operóse, en cierto modo, el resurjimiento del patriarcado. Se mantuvo el ideal moral; la supresion de la poligamia realzó la dignidad de la mujer. Imperaba el recuerdo de Cristo. I fué tal la unidad moral, que se vió a todo el occidente marchando armado, como un solo hombre, contra el Oriente impío. Esa admirable organizacion fué la obra de la Iglesia.

El secreto de ese grandioso éxito del catolicismo, Comte se lo esplica por el ejercicio separado de los poderes espirituales i temporales. Esta separacion,—que la Iglesia mantuvo estrictamente durante la edad media,— es para el maestro i sus discípulos la base del buen gobierno humano. Deben existir diversas castas directivas; así lo requiere el órden: una dedicada a la accion práctica, al gobierno de los intereses materiales; la otra dirijirá el órden intelectual, la vida de la conciencia. Para la primera, militares i comerciantes. Para la segunda, sacerdotes i pensadores. Así, durante la edad media, constituidos separadamente, pudieron ejercer su saludable accion la feudalidad i el clero. Juntar estos dos poderes es anularlos: los hombres de accion se entregan a filosofar i los intelectuales se dan a los negocios.

La relajacion del catolicismo comenzó desde que la Iglesia quiso asimilarse el gobierno temporal.

Segun Comte, hai otra causa más interesante i más real que tambien contribuyó a la ruina del catolicismo. Esta es su carácter inmutable, su carencia de facultades evolutivas. Para derribarse del «primer hombre» el catolicismo se ligó a la Biblia. Así, considerando la ciencia bíblica como verdad eterna, rechazando todo lo que proviene de una ciencia nueva, el catolicismo se hizo inmóvil. Entre tanto, con el trascurso de los siglos, nacian otros principios de moral que,—si bien no tan altos como el cristiano,— se imponian a la humanidad. El catolicismo no aceptaba los nuevos principios, «no se incorporaba al movimiento intelectual,—estas son las palabras del maestro,—había hecho declaracion de inmutabilidad». Si no la hubiese hecho, si se hubiese asimilado las nuevas creaciones del espíritu, el catolicismo hubiera marchado siempre a la cabeza de la civilizacion. Absorbiendo todas las ciencias, ninguna lo habría sobrepasado. No fué así. En su porfiada estabilidad, el catolicismo fué sobrepasado. Ganóse fama de «estacionario i retrógado». Fué perdiendo la influencia moral, la cual pertenece siempre a la intelectualidad superior. La ciencia, inspirando más confianza por sus incesantes descubrimientos i creaciones, se atrajo a la humanidad.

Así dice Augusto Comte del catolicismo. Comprendo en esta parte su admiracion por él. No puede darse un análisis mas claro i exacto de la grandeza i decadencia de una relijion.

Es cierto que Lamennais tuvo, ántes que Comte, esta misma idea sobre la causa de la decadencia del cristianismo. Aquel ilustre abate trabajó por que el catolicismo reconociera las fuerzas modernas, se incorporara al movimiento intelectual, i aceptase la democracia (1). De ese modo quiso hacer que la relijion que adoraba continuara guiando a la humanidad. Lamennais soñó un cristianismo evolutivo. Ese fué su intento; a eso debe su nombre el haberse conservado. Pero Roma lo maldijo.

Luego habla Comte del protestantismo. Esta relijion le parece desquiciadora. Su temperamento ordenado i creador la encuentra antipática. El protestantismo comenzó por ser una secta ultra-católica; si le hizo la guerra al catolicismo, fué por creer que éste se apartaba de la tradicion bíblica; fueron los protestantes los más celosos defensores del principio de inmutabilidad. Pero, habiéndose subdividido en escuelas, se pusieron en la inversa de su intencion primitiva. Aceptaron las modificaciones, los cambios, la evolucion, en una palabra. I no eran,—como lo observa Comte,—bastante fuertes para contener las ciencias dentro de una disciplina relijiosa. Las ciencias absorbieron al protestantismo. El libre examen se apoderó de él. Modificando la fé por reflexiones personales, los protestantes llegaron al deismo, a esa forma de relijion

(1) Ultimamente el notable novelista católico italiano Antonio Fogazzaro, en su obra titulada «El Santo» ha renovado ese intento de reforma. Pero tambien Roma lo ha prescrito.

puramente sentimental, ilimitada, sin disciplina, vaga, suceptible de desvanecerse. Con lo cual el protestantismo perdió ese carácter disciplinario que fué la gran fuerza católica. Para el maestro, la relijion protestante es débil, jeneradora de anarquía moral, algo, en fin, que ha entrado en el círculo indefinido del filosofismo.

Discurriendo sobre los diversos dogmas en que ha querido manifestarse la moralidad de los hombres, Comte analiza tambien el estoicismo. I lo que dice es la verdad. Más que una secta, más que una relijion, el estoicismo,—admirable ante los ojos de una moral simple,— es un refinamiento, una de las peores formas en que el individualismo ha podido manifestarse. Dicho sea esto en el sentido social, del cual Comte está siempre pendiente. El estoicismo fué un orgullo intelectual i moral que indujo a ciertos hombres a sustraerse de la orjía romana. Fué una jimnasia de la voluntad, un diletantismo moral, un amor propio que se apartaba del mal pero no hacia el bien. El estoico le rinde culto al «yo». Por egoísmo i satisfaccion de su dignidad personal, se separa de la multitud envilecida, i. por lo mismo, no propaga su moralidad. Esta, al difundirse, dejaría de ser una distincion. El estoico se atribuye el derecho de despreciar. "Hai,—dice el maestro,— en el fondo del estoicismo un principio de rencor por la humanidad."

El estoicismo enseñó a los cristianos el amor al dolor, el orgullo, i la idea de salvarse por medio del sacrificio. Esto a la larga, aminoró la accion social del cristianismo. La fuerza social de esta relijon sólo se habría conservado en todo su vigor si hubiese quedado intacta la máxima de Jesus: "Amemos a nuestros semejantes como a nosotros mismos". A esta máxima fecunda se sobrepuso este axioma egoísta: "Salvad vuestra alma". El imperio de la salvacion personal,—la observacion la hizo Bossuet ántes que Comte, — entregó el mundo al órden teolójico, pero anuló el carácter social del catolicismo, convirtiéndolo a una moral individual al "yo" de los estoicos. Así, la moral del cristianismo, de humana se hizo ascética, del Evanjelio pasó a la Imitacion. Lo cual,—para el criterio de nuestro filósofo,— fué otra causa de decadencia. Todo lo que tiende al individualismo, siendo egoísta, para él es inmoral.

Prosigue el maestro en su claro i lójico estudio de ideas i creencias. Les llega su turno a los dogmas modernos, a los que se han creado sobre las ruinas de las antiguas relijiones. ¿Quiere usted que los veamos?

El protestantismo introdujo en la relijion las tendencias filosójicas hasta entónces sujetadas. Se lanza el pensamiento humano, libre, brillante, sin disciplina ni autoridad espiritual que lo conduzcan i contengan. Pasa del deismo,—que es la última

i la mas vaga espresion relijiosa,— al naturalismo, i del naturalismo al ateismo. De esto,— de ese filosofismo debido a los protestantes,— nace el "espíritu revolucionario", que es la forma actual de la mentalidad humana.

El espíritu revolucionario,—que es el espíritu de nuestra época,—ante el desquiciamiento de los antiguos principios, ha querido reorganizar al mundo. Para esto, de las herencias filosóficas, ha sacado dogmas nuevos. Del libre pensamiento individual ha hecho el dogma de la libertad; del espíritu anti-jerárquico ha hecho el dogma de la igualdad; del espíritu anti-autoritario ha sacado el principio del sufrajio universal.

¿Quiere señor Lagarrigue que, siguiendo al maestro, repasemos estos dogmas, los cuales mas que una relijion moderna, son un movimiento social?

Comte,—Ud., bien lo sabe,—critica tales dogmas llamándolos "principios de negacion a los cuales ha dado nombres positivos".

Segun nuestro filósofo, buena es la libertad de pensar i de hacer pero a condicion de que, con ella, se llegue a algo. Lo indifino,—que es uno de los carateres de nuestra época,—le causa horror. La libertad,—como Ud., la entiende segun Comte, —no debe ser otra cosa que un espediente provisorio, útil para llegar a fin dado rompiendo las barreras que a ese fin se oponen. Pero una vez conseguido ese objeto la libertad debe cesar, ce-

diéndole su lugar al órden. De otro modo pasa a ser un estado negativo. "Es un absurdo,—dice Comte,—proclamarla principio permanente. Cuando la libertad deja de ser arma de marcha o de investigacion se convierte en un principio destructor. Hacer de ella una Constitucion es abominable, es entronizar la anarquía".

Recordemos ahora la meditacion especial que al maestro le merece la libertad de conciencia. La reconoce i la aplaude como arma destructora de la antigua teolojía. Pero una vez consumada esa obra, la llama "el ajente mas eficaz de la anarquía contemporánea; estado anónimo, pueril, impotente". La libertad de conciencia, nacida de la crítica de los dogmas, no sirve para unir a los hombres. Los hace pensar a todos de diverso modo. Es la discordia elevada al rango de constitucion o principio. Es, al mismo tiempo, una pasion. Es antisocial. Comte la maldice con toda su alma. Lamenta que la democracia la haya consagrado, i que el mundo se encuentre por ella conducido. "Miéntras ella impere tendremos anarquía". Así argumenta el maestro. I esta argumentacion para sus discípulos no tiene réplica.

Pasa en seguida a analizar el principio de la igualdad. Como a la libertad, le reconoce accion benéfica en un momento dado. La igualdad fué preciosa como sentimiento que oponer a las antiguas i funestas jerarquías. Pero nada significa co-

mo principio organizador. Es la espresion de algo que no existe, ni existirá jamas. "La especie humana,—dice Comte,—fué organizada aristocráticamente por la naturaleza misma". Es la verdad. Entre los animales las diferencias de capacidad cerebral no se marcan tanto. Buffon lo dijo: "el carácter de la especie humana es la desigualdad". La igualdad no existe; proclamarla es arbitrario. Nada se puede contra la fisiolojía, ni es posible decretar la abolicion de la historia natural. Solo se conseguirá invertir la desigualdad: "hacer dominar hoi a los dominados de ayer". Nada mas exacto. Este es el socialismo. El dogma de la igualdad es una de las peores formas de anarquía. Débesele dejar a un lado ya que se obtuvo la abolicion de las castas privilejiadas. En esto todos estamos de acuerdo, amigos y enemigos de Comte.

El sufrajio universal, para el maestro, no es otra cosa que el corolario de estos errores triunfantes. "Es el espediente,—dice,—que mejor caracteriza la desorganizacion social contemporánea". Girardin decia que el mayor número era la barbarie, ya que la cultura mas perfecta está en minoría. De lo cual Comte deriva que el sufrajio universal es la barbarie organizada para dar el triunfo de la fuerza. Los mas numerosos son los mas fuertes. Aunque tiene aspecto de sistema i de órden, el sufrajio universal es inercie i produce anarquía. Dicho sufrajio pide decisiones a la mul-

titud. I la multitud no sabe, no puede decidir. No debe dársele a la multitud otra facultad que la de controlar; su naturaleza no admite otra. Pedimos resoluciones a la multitud; las esperamos; no llegan. La muchedumbre no sabe tomarlas. El poder de crear i discutir pertenece a las minorías ilustradas. A la espera de decisiones pedidas a la multitud nos estancamos, somos inmóviles. Esta es,—nadie se atreverá a negarlo,—una de las características del sufrajio universal, defecto alarmante de la democracia. En ella,—en la democracia,—todo es control; hai poca marcha hácia adelante. Se produce por esto lo que el maestro llama "anarquía indolente, estado mui próximo de la anarquía aguda". Comte concluye declarando que tienen que volver los gobiernos fuertes, las minorías ilustradas e iniciadoras. El ejemplo, —para él,—está en la historia: toda democracia ha concluido en despotismo. En esto su continuador es Nietzche, i la humanidad, eternamente, debe componerse de conductores i conducidos.

Estas son, ¿no es verdad mi distinguido señor, las ideas jenerales de Augusto Comte? ¡Qué observaciones mas notables! ¡I cómo están espuestas con ideas i detalles que encantan el espíritu! Usted es el deslumbrado prisionero de ellas. Yo tambien lo fuí.

Hasta ahora no hemos visto en Comte sino al crítico agudo, al literato erudito i cautivador. Pe-

ro Comte no es literato i crítico con el solo objeto de instruirnos i agraciarnos. Ha hecho ese convincente estudio de las cosas humanas para basar sobre él un gran sistema, una relijion nueva de la cual, entre nosotros, Ud. es el vicario.

Si me permite una carta mas, le diré lo que sé del dicho sistema o relijion, esperando que Ud., con su gran autoridad en la materia, enmiende mis errores.



CARTA III

En las "deducciones" que repasamos en la carta anterior, el maestro funda su filosofía de la historia i deriva de ellas su "política positiva".

Levanta un sistema grandioso, uno de los mas completos, fuertes i armónicos, que jamas haya producido un cerebro de hombre.

Ante ese sistema Ud. vive en éxtasis, señor Lagarrigue, i todo su esfuerzo consiste en propagarlo.

Del exámen de las creencias i los dogmas, de la crítica que hizo Comte, resulta la evidencia de que una terrible anarquía se ha apoderado del mundo. Andan sabios, moralistas i filósofos, hombres políticos, inspirados en diversos principios, sin tener un método comun. El trabajo no está ordenado. Los hombres no hacen sino alejarse los unos de los

otros. Trabajamos para dividirnos. La civilizacion, habiendo subdividido las ciencias, tiende a la anarquía. Chocan los antiguos principios con los nuevos. "¡Esto es atroz!"—esclama Comte. I, para esplicárselo mejor, hace un estudio gradual de la evolucion de las ideas, Divide en tres grandes épocas el curso de la mentalidad humana.

Primero es la época teolójica. Dicha época es la concentracion en la creencia de un Dios único (monoteismo) del fetiquismo primitivo i del politeismo de la primera civilizacion.

Viene despues un tiempo metafísico, mas corto i mas vago que la época anterior. Durante ese tiempo se dejó de atribuir los fenómenos a seres determinados para atribuirlos a abstracciones. Entónces las causas se creyeron leyes.

Llegamos a la "época científica." En ella el hombre renuncia a conocer las causas de los fenómenos; se contenta con descubrir sus leyes, con saber como suceden. Esta época no es ni monoteista o teolójica; tampoco es metafísica; es "lójica".

Sucede que de cada una de estas épocas algo ha quedado en el cerebro i el corazon del hombre. En el espíritu teolójico quedaron restos del politeismo pagano: los santos de Iglesia, patrocinando tal o cual mito, representan el tutelaje de los antiguos dioses del Olimpo. El período metafísico está plagado de influencias relijiosas. En nuestra

edad científica quedan preocupaciones de todas las edades anteriores. Así, la humanidad se ha complicado terriblemente. Los cerebros se han anarquizado. Hai incoherencia intelectual. La libertad de pensamiento hace que esto cada dia se agrave.

Estamos, pues, en plena anarquía intelectual Es la característica de nuestra época. "I la anarquía,—observa Comte,—hace declinar la moralidad." En este tiempo de paradojas políticas, literarias, filosófica, se ven monstruosidades que deprimen la moral. Los vínculos de la familia,—base de la sociedad,—se relajan. Existe la lei de divorcio. Invadidos por el espíritu crítico, los antiguos principios desaparecen. De la anarquía intelectual hemos pasado a la anarquía moral. Faltan leyes que conduzcan el pensamiento individual. Ahora se establece, o se supone, que la sociedad no tiene un fin dado. Este es un gran peligro. ¿Qué hacer?

Crear de nuevo esas leyes,—piensa el maestro, —restablecer sobre el mundo un "principio director". De otro modo vamos a la ruina. Dispersos los esfuerzos humanos se consumen sin utilidad. Hai que restablecer la union, el pensamiento comun. Hai que darle a la humanidad un nuevo plan de marcha. "¡Vamos a la unidad"!— como esclamaba de Maistre; "a la unidad moral, a la unidad del pensamiento, a la unidad del esfuerzo",—agrega Comte. Este es el fondo de su pen-

samiento. Para esto construyó su sistema, para que, "restableciéndose la unidad, deje de ser ilusoria la obra de los hombres."

La unida a que Comte se refiere no es una invencion suya. Existió anteriormente sobre el mundo; fué el cristianismo. Ese dogma realizó el milagro de la unidad humana. "Por lo tanto,—esclama Comte,—conservémoslo, restaurémoslo! Será la única salvacion.... Se necesita,—agrega,—una autoridad intelectual invencible a toda anarquía i represiva de toda anarquía." Esa autoridad no puede ser otra que una relijion como la católica.

Pero el catolicismo ha decaído. Otras fuerzas intelectuales lo han sobrepasado. Ya no es posible unir su suerte a una causa de rejeneracion.

Es preciso fundar una nueva fé, un "absoluto", nuevo. Será la única manera de restablecer la unidad intelectual i moral que el espíritu crítico ha deshecho. La imajinacion de los hombres tiende naturalmente a la unidad, al método; siempre ha vivido bajo la disciplina de las relijiones. La anarquía,—al maestro,—le parece transitoria; ocupa los espacios intermediarios, cuando la humanidad pasa de una relijion a otra. Estamos, pues, próximos a una nueva relijion. ¿Cuál puede ser?

El filosofismo, el espíritu crítico, lo han arruinado todo. Una sola cosa ha quedado en pie, i resplandece i continúa inspirando fé: la Ciencia.

Se cree en la física; no se puede dejar de creer. Luego, hai una fé. Tomémosla puesto que es necesaria. Esta "fé científica" tendrá la autoridad intelectual equivalente a las relijiones antiguas Creeremos en ella sin discutirla. El goce del espíritu que procura reemplazará el deleite místico. Por ella, de nuevo, los hombres formarán lejion. En ella,—en esa fé emanada de la física,—irán a estrellarse i la libertad de pensamiento i el espíritu crítico, todas las causas de anarquía. Será un nuevo "principio director" inaugurando una nueva era. Será la "humanidad científica", sin anarquía, altamente moral, firme, capaz de realizar grandes cosas. Así sueña el filósofo.

Puesto que la Ciencia parece indestructible, puesto que en ella los hombres no han dejado de creer, hagamos con ella la nueva relijion. Es la "Relijion Positivista". Comte la crea i se hace de ella el pontífice supremo. Ud. es su vicario en Chile.

Veamos el sistema por medio del cual ha de hacerse efectiva la nueva relijion. Es admirable. A quien se lo digo, señor Lagarrigue!

Primero, el maestro, para sacar de la ciencia una nueva relijion, quiere limpiarla de los residuos dejados en ella por las creencias antiguas. Comienza su labor prodijiosa e ilusoria. Hai que barrer con el espíritu teolójico i metafísico. Es verdad que los filósofos del siglo XVIII arrasaron,

en parte, la teolojía. Pero aun quedan grandes influencias metafísicas, ensueños, equivocaciones, que nos hacen tomar por leyes simples causas. La metafísica es funesta a la ciencia. La metafísica establece la "voluntad de los fluidos i la conciencia de los principios vitales". El "Yo",—la idea de una segunda personalidad dentro del hombre, —es concepcion metafísica. La lei de atraccion, en metafísica, es tomada por causa. Existe la idea de una finalidad: "todo ha sido hecho para un fin determinado; todo es conducido por una voluntad misteriosa". La metafísica es un conjunto de hipótesis. I la hipótesis solo es aceptable miéntras dura la investigacion. Una vez verificado lo que se presume, la hipótesis debe desaparecer. La verificacion, de por sí, mata la hipótesis. Pero la metafísica se obstina en mantener la hipótesis. I es así como sigue ostentando el "principio vital", que nadie nunca definirá, la "finalidad", el "Yo", etc., etc.; serie de entidades gratuitas, alegorías producidas por la imajinacion de las antiguas creencias, i que tienden a persistir. Son conjeturas cómodas. Pero, como son cosas que nunca se comprobarán, hai que condenarlas. Son simples palabras que ponen flojo el espíritu, haciendo, por medio de la hipótesis, que se disculpe la esplicacion real i definitiva del hecho. La metafísica es profundamente perjudicial al espíritu científico. Así lo estima Comte. La intelijencia humana debe

agrupar hechos i buscar leyes, simplemente. El hombre que descubre una lei, busca otra, avanza. Si, metafísico, ha descubierto una causa, se queda contento, es lo que el maestro llama "el éxtasis científico, la parálisis, el fatalismo intelectual".

La metafísica, preñada como está de misterios teolójicos, nos vuelve hacia la idea del misterio sagrado de la creacion. Hai que desprenderse de ella por completo. Buffon lo pedia ya; todos los sabios lo han pedido despues. Comte lo exije.

Emprende en seguida, el maestro, en la creacion de su sistema, otra labor mui interesante: la sistematizacion de las ciencias.

Porque, para hacer de la ciencia un dogma, un principio director algo absoluto, hai que unirla en un solo cuerpo, quitarle ese carácter múltiple que ha tenido hasta ahora. Para sacar de la ciencia una filosofía hai que constituirla en un solo conjunto doctrinario. Para imponerla al espíritu hai que hacerla método. Así constituida, la ciencia seria un elemento conductor, la razon de una fe; los relijiosos positivistas rodearian su altar.

El maestro agrega que la ciencia, tomada como relijion, seria superior a la teolojía, por tener naturaleza evolutiva, por tener la facultad de asimilarse a lo nuevo, que faltó al cristianismo.

Es preciso sistematizar las ciencias. Antes que Comte, Bacon lo propuso, i d'Alembert llegó a ensayarlo. Aun más: se nota en el espíritu humano

un esfuerzo hacia la dicha sistematizacion. Pero corresponde a nuestro filósofo la gloria de haber dado por este camino el paso más grande. El formó esa cadena en la cual las ciencias, unas en pos de otras, se amarran con método i razon. De lo sencillo pasa a lo compuesto. Coloca en primer término la ciencia astronómica, puesto que del sistema astronómico depende la vida del planeta. Sobre la física del cielo coloca la física terrenal. De ésta surjen las reacciones químicas que constituyen la vida fisiolójica del hombre. Deben, pues, lójicamente, colocarse a continuacion de ésta las ciencias psíquicas i morales. Siendo el punto de partida la tierra misma, las ciencias, en la obra de Comte, de este modo quedan eslabonadas: matemáticas, astronomía, física, química, fisiolojía, moral, sociolojía.

Se observa que el filósofo, con criterio positivista, invierte el órden de la antigua clasificacion de las ciencias. Antes, los clasificadores partian del hombre i de él llegaban a la tierra. Comte parte de la tierra para llegar al hombre.

En teolojía todas las ciencias dependen de la ciencia del hombre: para el hombre se ha creado el mundo.

El positivismo de Comte piensa lo contrario: el hombre depende del universo, es un simple átomo, es una resultante del mundo.

Con esto llega, el creador de la fe positivista, al

punto mas escabroso de su unificacion científica, al abismo profundo que ha separado i aun separa las ciencias.

La ciencia, eternamente, se ha dividido en dos ramas: la ciencia de la naturaleza i la ciencia del hombre. El universo tiene su lei; el hombre la suya. La vida del hombre se atribuye condiciones especiales. El mundo solo tiene leyes fatales. El hombre es moral, el hombre piensa, es desinteresado, ama. El animal nó.

¿I por qué?" — esclama Comte, con una lójica positivista verdaderamente cruel. Segun él es ilusorio separar al hombre de la naturaleza, es antirracional. Con tales razones nuestro amor propio está en pugna. Pero, hai que confesárselo, el hombre en el universo es un átomo imperceptible, no puede tener leyes propias ni distintas de las leyes universales. Es ridículo creer que existan dos leyes: una para el universo, otra para esta partícula llamada hombre. Hai que borrar esta separacion ficticia. Al hombre hai que devolverlo al mundo. Esto es indispensable para obtener la unidad de la ciencia. Las superioridades que al hombre se atribuyen están tambien en la naturaleza. Nada mas que el hombre las tiene perfeccionadas hasta el punto que se les crea escepcionales i propias de el. El hombre está por encima del reino animal, como éste lo está del reino vejetal. El hecho de que sea moral, social, pensador, no lo separa de la

naturaleza. Todo eso existe en la naturaleza; ménos perfecto, ménos delicado, pero existe. Descarte lo probó hace tanto tiempo! Los animales piensan, los animales razonan. El hombre es mas perfecto, mas complicado, tiene "un grado de superioridad", — dice el maestro.

Ni el pensamiento ni el espíritu social pueden separar al hombre de la naturaleza. Hai animales sociables; hai sociedades de animales. Esas sociedades son, en estado embrionario, lo que fué la sociedad humana. (Epoca prehistórica,—edad de piedra). Las necesidades biolójicas son la base de esta sociedad i de aquellas.

Pero, — se observa, — el hombre es un ser moral! Esta diferencia no es irreductible. La moralidad nace del instinto social, que es condicion de la naturaleza. Toma despues formas refinadas i místicas, pero ese es su oríjen. La moralidad, en el hecho de consistir en deberes para consigo mismo i para con los demas, demuestra que es un producto del natural i comun instinto de conservacion. El deber para consigo mismo es egoísmo intelijente, es cuidarse, quererse, para conservarse, — algo profundo de la naturaleza.

La moralidad, si la vemos en su segunda faz, consiste en amar a los otros. Eso es lo mismo; es el "amor de la especie" en el cual nos amamos a nosotros mismos. Hai para esto una comprobacion: el que pierde el sentimiento de su propia

vida i deja de quererse, pierde al mismo tiempo el cariño a los demas, no le importan los que sufren. Sin instintos personales no hai moralidad. Es la naturaleza.

De otro tanto proviene el altruismo. Si a primera vista podemos creerlo sobrenatural, vemos luego que no es otra cosa que amor propio—sentimiento comun a las especies. El altruismo es no hacer daño. ¿I para qué? Para que no se nos haga a nosotros... Es un egoísmo reflexivo. El dolor ajeno nos conmueve porque, siendo en la especie, es como si fuera propio.

¿Qué decir del sentimiento de la familia? Nada hai mas universal. Lo tienen los animales; ménos duradero porque la sociedad de ellos es simple i la infancia es mas corta. Pero lo tienen con igual fuerza i es venerable. En rigor la familia humana se disuelve tambien. El matrimonio de los hijos, puede decirse, deja a los padres en el abandono.

Véase, no hai diferencias. Todo es biolójico. Al comenzar todo fué tosco. Los hombres se reunian ante el peligro. Era la solidaridad de la horda, de la tribu, del clan. Así los animales.

Las cosas se han ido perfeccionando hasta llegar a la patria, a la humanidad. Por esto se ha dicho que hai entre el hombre i la naturaleza una diferencia irreductible. I en prueba de ello se observa que el hombre cambia, se transforma, evo-

luciona. La naturaleza es inmutable. Los animales piensan, se educan, pero no cambian.

El maestro esplica esto de un modo que no es satisfactorio. Dice que el progreso es "la diferente nocion que se va teniendo de las cosas con el trascurso del tiempo". A medida que algo e conoce mas, mejor se la emplea. Este es el progreso. Pero, como el tiempo tambien corre para los animales, puede preguntarse ¿por qué ellos no progresan? I el eterno misterio permanece en pie.

Hago mal, señor Lagarrigue, en colocar aquí esta objecion, pues las estoi reservando todas para la carta final. Ahora espongo lo del maestro, nada más; lo que Ud. sabe, lo que Ud. cree i propaga.

Así, brutalmente para los que amamos cierto idealismo consolador, el implacable filósofo unifica las ciencias, fundiendo en un solo haz al hombre con la naturaleza. Esto, aun si fuera razonable, seria doloroso. Establece Comte que el hombre no tiene una lei propia ni contraria al mundo. No está separado del universo. No es un monstruo. Las raices de su ser físico i moral están en la naturaleza.

Así, señor Lagarrigue, el maestro trata de quitar de las ciencias los residuos dejados por las creencias antiguas i que son causa de anarquía intelectual. Así ordena las diversas ramas de la ciencia, i, en un bello conjunto, las presenta a los

hombres como algo en lo cual se puede creer, como campo dentro del cual unificar todas las opiniones, como principio director que sea sobre la humanidad lo que, durante tantos siglos, fué la teolojía. El esfuerzo de Comte ha sido enorme. Queda hecha la revelacion de su jenio admirable.

omo se le objetara, al maestro, que su relijion, sacada de la naturaleza, no tendria fuerza moral, él respondió que sí, que la tenia, por cuanto, mas que al individuo aislado, dicha relijion considerará la existencia de la especie i por ella se guiará. Es una moral social poderosísima, — piensa Comte, — aquella que confunde los intereses del individuo con los de la especie. Vivir en la especie, no ambicionar sino su progreso i su felicidad, ser solo un célula de ese gran cuerpo, — todo individualismo abolido,—he aquí la moral de la relijion positivista, la moral incomparable que nos hará "vivir para los otros".

I como la especie no debe solo considerarse en el tiempo presente, sino en su conjunto desde que existe, es, pues, a la humanidad toda entera, desde su principio hasta su porvenir, aquello a lo cual Ud. i el maestro quieren entregarnos en cuerpo i alma.

Este es "el culto de la humanidad", creado por Comte; por Ud. seguido. Dios es la humanidad; la teolojía es la ciencia; la moral es el amor jeneroso de la especie.

Queda, como en los grandes tiempos del catolicismo, reorganizado el poder espiritual. "Es, — piensa el maestro, — la única manera de salvar la libertad evitando la anarquía." Lo mismo piensa Ud. Pero todo esto, que es bellísimo, es ilusorio, señor Lagarrigue. En la próxima i última carta, que tendré el honor de escribirle, quedará comprobado.



CARTA IV

Despojada de su aparato litúrjico, en la carta anterior, vimos cual es la "relijion" cuyo credo Augusto Comte propone al mundo, la relijion de cuya propaganda en Chile Ud. es el encargado. Hai en ella un papado científico en vez de teolójico. Y su moral arranca del culto de la especie. Es el deseo de borrar la anarquía que os lleva hasta borrar el individualismo. La moral, segun Uds., consiste en entregarse a la comunidad humana. ¡Bellísimo altruismo! Gran lástima es que no pueda ser....

Pero ni Comte, ni Ud., ponen en duda el éxito que tendrá el positivismo. Hace cincuenta años que se creó el sistema. Aun no ha tenido

éxito. Esperar es la gran virtud de los que creen. Esperan Uds. que la ciencia discipline al mundo como ántes lo disciplinó el misterio.

En verdad, mi distinguido señor Lagarrigue, hai un enorme poder persuasivo en las pájinas escritas por su maestro. Posiblemente—aunque en estas cartas solo se hace del sistema un rápido bosquejo—los lectores de *El Mercurio* habrán sentido el influjo del jenio de Comte. Así se ha captado fieles en todo el mundo; fieles como Ud., intransijentes i dispuestos al sacrificio. Ese filósofo, señor,—mas lo digo para el público que para Ud. que bien lo sabe,—fué un sembrador de ideas un excitador intelectual como no hubo otro en el siglo XIX. Hai quienes lo juzgan el pensador mas eminente que la Francia haya tenido despues de Descártes. Las naturalezas impresionables lo siguen i lo aman; Ud, entre ellas, señor Lagarrigue.

Ese hombre creyó en la intelijencia i quiso a ella sola entregarle la direccion universal. Tuvo una confianza absoluta en el porvenir de la ciencia, en su preponderancia final, en su aptitud para bastar al espíritu humano i para rejir esclusivamente al mundo. Dió de la ciencia una definicion precisa; hizo de ella una descripcion sistemática, clara, lójica, ordenada. Su influencia es i ha sido grande. Stuart Mill adoptó casi por en ero la filosofía de Comte. Spencer lo negó al

maestro, pero el espíritu de éste se impuso a su obra. En el "Porvenir de la Ciencia", de Renan, Augusto Comte impera. Renan es, sin duda, el pensador que mas se le parece. Renan tiene todas las ideas de Comte; solo que al interpretarlas las reviste con su jenio injenioso i amable. Tanto el uno como el otro tienen el culto de la Humanidad. Este aparece en Renan mas ampliado, engrandecido, por la poesía de su alma. Si ámbos tienen reminiscencias teolójicas, solo de Renan puede decirse que sea "el positivista del cabo Sinium." (Faguet). La divinidad, para Renan, es el progreso, el mejoramiento incesante, por medio de la ciencia, de las cosas humanas. Esta tambien fué la fe de Comte. No le faltó para ser igual a Renan sino el talento metafórico—talento de artista—la facultad de espiritualizarlo, de trasformarlo todo en apoteósis. La investigacion filosófica, histórica i literaria de Taine, está impregnada de la mentalidad positivista. Bourget se deriva de Taine i, por consiguiente de Comte. Puede decirse que su sistema llenó toda la segunda mitad del siglo XIX. I se le encuentra en todo el dominio del pensamiento moderno. No es estraño, de ningun modo, que existan hombres que, como Ud., no crean en otra cosa que en su filosofía; ni que nosotros, simples lectores suyos, hayamos esperimentado, por un momento, el májico poder de su jigantesca creacion intelectual.

Creacion intelectual i nada mas; esfuerzo feliz, casi increible, de un cerebro humano por acomodarlo todo, por rehacer el mundo para devolverlo al órden i la unidad. Pero esfuerzo imajinario i nada mas.... Nunca irá mas allá de lo que se lee i se sueña. Nunca ejercerá un imperio real. Porque todo eso,—que tan lójico parece,—es imposible, es artificial, es contrario a las leyes de la naturaleza i de la historia.

Veamos, uno por uno, los errores de la filosofía de Comte.

No aceptar la libertad sino como espediente, como arma para realizar campañas determinadas i luego condenarla, devolver al hombre el marco riguroso de una disciplina, seria paralizarlo en su marcha incesante. El progreso se debe a la libertad, libertad permanente, anarquía si se quiere. Ya está, gracias a la libertad, realizado algo que se perseguia. Inmediatamente gracias a la misma libertad, se comienza a perseguir otro ideal. Este es el progreso humano. El estado definitivo que pretende Comte seria su paralizacion.

Querer establecer la separacion de lo moral i lo temporal,—segun la tuvo el cristianismo en sus primeros tiempos,—querer crear una jerarquía para los negocios del espíritu i otra para las cosas materiales, es iluso. La tendencia de la humanidad es a lo contrario. Se trata de acercar i fundir, cada dia mas, la materia i el espíritu. Así,

segun la fórmula de un sabio i de un poeta, se "espiritualiza la materia i se materializa el espíritu". El eclectisismo es la lei del mundo moderno. Ya está léjos la edad media. En tales abstracciones Comte ha fracasado como fracasó Saint-Simon (1).

En el libro de Emilio Faguet, titulado "Políticos i Moralistas" hai un capítulo dedicado a Comte. Es una refutacion de esta filosofía i una esposicion del error de conjunto que ella encierra.

Desde luego,—observa Faguet,—la lei histórica en la cual Comte basa su sistema universal es únicamente la lei de las razas europeas. Indios, asiáticos, mahometanos, cual si no fuesen hombres, quedan relegados de su nuevo mundo. ¿Por qué? El maestro dice que solo abarca las naciones adelantadas, porque solo ha estudiado las leyes de éstas. Esto quiere decir que solo se ocupa, al establecer su lei histórica, de aquello que no la contraría. I salta a la vista,—Ud. perdone

(1) Existe un estudio psicolójico mui interesante en el cual se establecen numerosas afinidades entre Saint-Simon i Comte; el primero esbosó, en cierto modo, sin desprenderse del filosofismo revolucionario, el sistema que el segundo completó. Tambien, en dicha obra, al estudiar la naturaleza moral de Comte, se habla de su amor lejendario por Clotilde de Vaux. Dicho trabajo se debe a Jorje Dumas, se llama «Dos Mesias Positivistas», se editó en Paris en 1905.

señor Lagarrigue,—un lijero oportunismo del maestro.

En la clasificacion que hace de las diversas épocas de la mentalidad humana, entre la época teolójica i el tiempo científico a que hemos llegado, Comte descubre una época o período metafísico durante el cual la humanidad vivió de abstracciones. Segun el maestro, ese período duró poco; tres siglos nada mas (XVI-XIX). Pero, dentro de la lei histórica de su sistema, es uno de los "grandes estados" de la humanidad. Tan corta duracion a tan grande época le queda mal. La primera época duró veinte siglos. La tercera (actual) durará siempre. Entre estas dos una de doscientos años. ¡Curioso!.... Hai mucho de hipotético i de ficticio en el sistema, es indudable, señor Lagarrigue. Lo cierto es que metafísica ha habido i habrá en todo tiempo. I así, mi querido señor, viendo la nulidad de sus piezas más importantes, todo el sistema se derrumba.

La continuidad, el rigor dialéctico, con que el maestro espone su sistema, causan engaño a primera vista. Salvo el caso de los hombres como Ud. que quedan engañados para siempre.

Comte, en su obra, aparece como el azote implacable de la teolojía i de la metafísica. Pero, créamelo señor Lagarrigue, dicho azote,—Comte en persona,—no está libre de esas influencias poderosísimas i talvez eternas. Comte mismo es

uno de los mejores ejemplos de cómo sobreviven los antiguos estados al traves de los nuevos. Personificando el espíritu científico, su obra tiene las sutilezas i las abstracciones del espíritu metafísico. Del período teolójico siente la influencia sacerdotal. Su sistema filosófico remata en una nueva relijion, positivista es verdad, pero envuelta en ensueños i con algo del aparato eclesiástico de los antiguos dogmas.

Esta es la parte de su obra que se ha prestado a una crítica alegre: el "papado científico", la reforma del calendario, el ritual a que, poseídos, se entregan sus discípulos. Es el candor de una intelijencia superior, que, creyéndose libre de las leyes comunes, no ve que estas pesan sobre ella como sobre las demas.

"No hai peor sordo que el que no quiere oir". De otro modo, señor Lagarrigue, no se comprenderia cómo los amigos de Comte no ven cuanto hai de metafísico en su obra. Las leyes de la evolucion, que el maestro acepta i proclama, no pueden ser mas metafísicas. Ellas presumen una finalidad, un objeto dado, hácia el cual vamos. Comte cree en el progreso; luego cree en un "destino", en un punto de arribo, en la eterna i comun concepcion metafísica de la humanidad.

Pero veamos, en la crítica del sistema, el punto capital: la entrega del hombre a la naturaleza, la anulacion de nuestra lei propia.

Esta es una lei moral. Los hombres no la sacan de la naturaleza. Para ellos hai un Dios gobernando al mundo, un símbolo de justicia i de grandeza, Dios del cual tratamos de imitar la perfeccion i tememos el castigo. Su figura moralizadora tiene nuestra imájen. Dios es el hombre máximo que rije especialmente al hombre comun. Dios es el hombre mismo. Devolviendo al hombre a la naturaleza, confundiéndolo con ella, se le quita esa idea de un Dios que es su lei propia i moral.

Esto que ha perseguido Comte, esta fusion de la moral con la naturaleza, no está en la tendencia humana. Todo lo contrario: el espíritu trata de dominar a la naturaleza. De ninguna manera, aunque de ella sea i dependa, el hombre volverá a ella, porque, miéntras mas la conoce, mas se indigna en contra de ella,—esa naturaleza enorme, eterna, sin fin, ciega i feroz como un monstruo, sin moralidad, sin espíritu,

Se quiere fundar una relijion positivista que tenga por dogma la ciencia i la naturaleza por base. Pero toda relijion ha de ser moral, de una moralidad consciente i austera. Sin eso no es relijion. Comte lo comprende i promete sacar una moralidad del amor de la especie. La especie es la naturaleza. I en la naturaleza no hai moralidad posible; hai solo fuerza inconsciente.

Esa moralidad fundada en la "socialidad" en el amor de los unos a los otros, que pretende el maes-

tro, es humana, esencialmente humana, creada por la imajinacion i el instinto del hombre. Entre los animales no hai moralidad consciente. De la naturaleza no se ha sacado una sola lei para nuestros actos morales. La moral es la humanidad, la humanidad aislada en medio de la naturaleza.

Así, el mismo Comte, al establecer su "moral social" separa al hombre de la naturaleza, puesto que lo rije por una lei suya, ajena a las leyes naturales. I en esto quiedan todos sus esfuerzos por devolver al hombre a la naturaleza, por considerarlo en todo parte de ella. Hai cosas que son imposibles. Por mucho jenio que se gaste para confundir al hombre con la naturaleza, éste vuelve a separarse de ella, vuelve a su aislamiento de criatura espiritual i misteriosa. I el potente filósofo, sin saber cómo, ofrece una nueva comprobacion de lo mismo que ha tratado de destruir.

Es verdad que Comte,—cuando confunde a la naturaleza con la humanidad,—hace de la naturaleza algo casi divino, digno de ser adorado. Lo cual demuestra, una vez mas, cuánta teolojía hai en su sistema anti-teolójico.

Por otra parte, al adorar a la naturaleza el hombre se adora a sí mismo en la tierra. Es la teolojía, con la sola diferencia que ésta saca de la humanidad un Dios i lo coloca fuera de la tierra.

Esto es preferible,—la concepcion teolójica,—

porque constituye una fuerza de abstraccion i de moralidad mas poderosa. Esto encierra misterio, i reune a los hombres atrayéndolos por medio de la pasion. Esto es el catolicismo; éstas fueron las relijiones antiguas. Esto es lo único que podria oponerse al creciente individualismo, a la anarquía orijinada por la increencia moderna.

Una filosofía positivista,—que tiene algo de la frialdad de la ciencia,—puede instruir al hombre i mejorarlo, talvez. Es candoroso creer que una relijion, concebida como la de Comte, vuelva a agrupar a los hombres i a ordenarlos como lo hizo el catolicismo en la edad media. Un Dios se necesita para eso; un Dios colocado en la altura. Si no existe, para los grandes movimientos hai que crearlo. Sin eso no hai "relijion" posible. Todos los impulsos que han carecido de tal emblema han fracasado. Por mui grande que haya sido el jenio de ciertos fundadores de sectas,—el jenio de Comte fué grande,—poco ha conseguido. Un hombre no basta para imponerse a la humanidad; la naturaleza tampoco se impone. Se necesita un Dios.

Es una quimera creer que la ciencia podrá llegar a reemplazar la relijion. Quien lo piensa no conoce al hombre. La relijion i la ciencia mucho se acercan pero jamas se confunden, son los asympotes de la gran curva humana. Habrá siempre preguntas a las cuales la ciencia no sabrá responder. "Este misterio formará el fondo inagotable de las relijiones futuras".—(*E. Quinet*).

Resumamos ántes de concluir: la filosofía de Comte, creada en forma de relijion, para oponerse al individualismo, a la anarquía, es un fracaso. Su sistema "positivista" es ilusorio. Al pretenderse libre de teolojía i metafísica está plagado de ámbas cosas. Querer confundir al hombre con la naturaleza, convengamos, en último caso, que sea razonable, pero es inmoral. Quitándole al hombre su lei propia se le quita su moralidad consciente; ésta no existe en la naturaleza.

Perdone, señor Lagarrigue, la rudeza de estas declaraciones sobre algo que Ud. tanto ama i sostiene. Pero no soi el único en pensar así. Esto lo he aprendido i me parece ser la verdad. Lea Ud. a Faguet.

Sin embargo, no sabria negar la gran belleza intelectual del sistema creado. Es tanta que ejerce una fascinacion de la cual no es fácil desprenderse. Son admirables las ideas del autor de la "Política positiva" sobre los problemas de la sociedad contemporánea.

Yo tambien, señor,—ya se lo dije en mi primera carta,—sentí la persuasion de ese maestro, creí en la infalibilidad de su sistema. Pero logré volver a la razon. I lo ví entrar, de nuevo, en la bella zona de lo imposible, en el bosque reluciente de lo imajinario. Así como yo, segun entiendo, casi todos vuelven del espejismo de Comte, el caballero andante de la filosofía moderna, el Cristóbal Colon que nunca arriba a su Nuevo Mundo

de órden i de amor. Solo unos pocos,—entre los cuales honrosamente se cuenta Ud.,—no se convencen de que ese maestro fué un iluso. (2) Para Ud., señor Lagarrigue, las ideas de ese hombre son realidad; imposible seria disuadirlo de ello, i no fuera yo quien lo intentase, teniendo de Ud. tan elevado i respetuoso concepto.

Usando una retórica mui socorrida para designar a los satélites de los grandes soñadores, comparando a Comte con don Quijote, lo llamé a Ud. Sancho, en carta anterior. Sancho.. en ese sentido en que, por la admiracion i el amor al amo, el escudero se penetró de sus nobles ideas i fué, como él, una alta flor de sabiduría i caballerosidad. En tal caso solo me resta, señor Lagarrigue,

---

(2) Hai en Chile algunos otros convencidos por la filosofia de Comte. Todos ellos,—como por una poderosa sujestion del maestro o característica de cristianos,—son propagandistas, hacen intervenir su criterio, por medio de la prensa, en la vida nacional. Esto es jesuita i yo lo admiro. Comte tuvo mucho de jesuita en su tenacidad i método. Así, los «relijiosos de la humanidad», viven tratando de captar adeptos. Por este motivo, ademas del señor Lagarrigue, llegué a conocer, epistolarmente, a otro, al señor Cárlos Honorio Martínez Torres, jóven de talento que parece seguirle las aguas a Lagarrigue i asegurar para otra jeneracion el sosten de la bandera de Comte.

Hai en Sud-América otro gran vicario de la relijion positivista, tan vastamente ilustrado, tan apostólico i bueno, como el señor Lagarrigue. Este es don Miguel Lemos,

desearle que encuentre alguna ínsula de ensueño que gobernar con la relijion del maestro.

Perdone la libertad que me he tomado i reciba el sentimiento de mi alta i respetuosa consideracion.

«Director,—como él mismo se titula,—del apostolado positivista», en la costa oriental, desde Buenos Aires a Pernambuco. Es director de un *Boletin*, publicacion permanente por medio de la cual se predica la filosofía del maestro i se le aplica a una imajinaria resolucion de todos los problemas que se presentan, incluso las cuestiones de límites... Lemos tambien escribe cartas, como Lagarrigue, i es, como éste, una alta personalidad moral, mui respetada de cuantos le conocen i comprenden la hermosura de su manía.



TEODORO ROOSEVELT

De la formacion histórica depende el alma de las naciones, el carácter de los ciudadanos. Alma i carácter necesitan para formarse muchos siglos de lucha i de cultura. El lenguaje de las tradiciones educa las almas i las iguala como un sistema. Los paises necesitan pasado i misterio. Sin esto no hai solidaridad i las naciones no son tales sino agrupamientos de jente que "vive", en el sentido que Sieyes dió a esta palabra durante el Terror.

Esta parece ser la característica de la enorme agrupacion cosmopolita que vive en la América del Norte i que quiere llamarse "raza américana". No es una raza,—como lo observa rigurosamente Boutmy en sus estudios sobre los Estados Unidos,—son grupos formados al azar, con corrientes súbitas i violentas, pero sin opinion comun organizada. Ahí el Gobierno, existe en forma tal que ni disciplina a los ciudadanos, ni impera sobre ellos. Todo es ahí individualista; hasta la revolucion de la independencia no fué una causa política, sino una aspiracion de libertad individual motivada por el

apremio de las contribuciones que Inglaterra cobraba. (Stamp Act.).

A la falta de duracion para formar un pueblo, se agrega, en Estados Unidos, la falta de acontecimientos apasionados, de esas emociones que ponen en el alma un sello de vida superior. La guerra de Secesion fué una guerra civil, cuyo recuerdo seria anarquizador si no hubiese habido en ella hombres como Grant i Lee, que por su grandeza, confunden a los partidos opuestos en el recuerdo de dos glorias nacionales.

Se deduce de esto que debe ser ahí mui vago el temperamento nacional, que no existe verdaderamente una "raza americana", un tipo dotado de fuerza plástica, que encierre i represente las condiciones de una raza determinada. De lo cual se desprende que, no habiendo raza, no hai hombres que se caractericen hasta el punto que se pueda decir de ellos "hé ahí un yankee", como pudo en la antigüedad decirse "hé ahí un romano".

Esto dicen los sabios que estudian los elementos de la psicolojía del pueblo americano. Pero, en este caso, los hechos desmienten a los sabios, lo cual suele verse. La existencia de muchos grandes hombres contradice lo que podria hacernos creer la corta vida de esa nacion i el proceso cosmopolita que la ha formado. Washington, Franklin, Lincoln, Grant, Mac-Kinley, i ahora Roosevelt, no son grandes hombres de la raza humana,

son grandes personalidades de un pueblo, tienen todos ellos rasgos comunes i se refleja sobre ellos la luz, única, perfectamente definida, de la democracia anglo-americana.

Existe un "tipo americano". Las diferentes colonias que ahí llegaban, podian diferir de oríjen, de creencias i de opiniones; pero se iban todas ellas amoldando en un solo tipo humano, cuyos caracteres invariables eran la enerjía, la fuerza de convicciones, el anhelo de libertad, la pasion por lo nuevo, el talento mercantil. Estos son los caracteres distintivos de los americanos del Norte; esta es la raza.

Este tipo—orijinado por las condiciones materiales del pais—se fué formando sobre el carácter elevado i sólido de los primeros colonos, de aquel Cristóbal Newpost, de aquel capitan Smith, que llegaron a Massachussetts i a Virjinia, llevando el dolor de una persecucion, la fuerza de una creencia austera i una disciplina eclesiástica. Sobre esto, las almas i las intelijencias fueron tomando el mismo pliegue, fueron recibiendo la misma impresion de las cosas, fueron inclinándose hácia una obra comun. De ahí nació la poderosa unidad moral que, como fenómeno en una sociedad disparatada, los americanos del Norte ahora muestran.

Hai patriotismo en los Estados Unidos; luego hai raza, puesto que el patriotismo es el producto

de una conciencia nacional. El cosmopolitismo creciente trata de invadirlo, i si lo consiguiera, dejaría al patriota americano como al lombardo de la edad media o al judío, sin patria despues de la destruccion del templo. Pero hai ya en Estados Unidos una tradicion de patria que se defiende i continúa dando una consistencia hereditaria a la naturaleza moral de los ciudadanos.

Este patriotismo americano tiene carateres propios. Como nacen de causas diversas, es mui distinto del patriotismo inglés i mucho mas aun del patriotismo latino. La idea relijiosa, la sumision a un gobierno, que son los símbolos de la patria, no entran en el patriotismo americano dándole ese ardor místico, ese heroísmo alegórico, que entre nosotros reviste. Es un sentimiento patrió tico subordinado al individualismo, como todo en Estados Unidos, como la doctrina i el culto.

No por eso deja de ser interesante ese patriotismo. Se basa como en una isonomía civil, como en un ideal comun, en la mas absoluta libertad individual. Libertad no adquirida recientemente i aun amenazada como en los pueblos latinos, pero sí libertad nacida al mismo tiempo que el Estado, ántes que él puede decirse; libertad tranquila, especie de herencia indivisible entre el individuo i la Nacion, capital colectivo a la vez que privado, abono que ha hecho fructificar lo único que hai de comun en el fondo americano.

Esto es lo que levanta, anima i da carácter a ese patriotismo. De esto se derivan sus particularidades, su enerjía, su egoísmo triunfante, la soberbia que, partiendo del individuo, abarca al conjunto de ciudadanos que nacen entre la Florida i el Canadá.

El patriotismo anglo americano—sin horizonte místico, sin pasado heroico como el latino—se revela ser, no obstante, como el alto símbolo de una sociedad política, como una fórmula terrible de imperialismo i de espansion. Hai en él la felicidad de la fuerza. Tiene una voluntad mas poderosa que la fortuna; de esto Wáshington i Lincoln, fueron los prototipos. Es un patriotismo que produce sobre el Estado federal una gravitacion moral superior, i que da unidad a esa inmensa poblacion por tantas causas desunida; es lo único que produce unidad. I tiene este patriotismo,—condicion indispensable para darle fuerza i carácter—afinidad con un ideal humanitario, con una mision providencial. Con un orgullo igual al del romano esclama el yankee: "*Civis americanus sum!*" Pero no entra tanto en ese orgullo lo que se espera de la patria i lo que se ha hecho por ella, como lo que se está haciendo por el esfuerzo individual, bajo la razon de la libertad, para que resulte una grandiosidad comun. Esta es la esencia moral del patriotismo anglo-americano; esto es para ellos lo que fué para nosotros la causa de

la independencia, lo que fué para los alemanes la antorcha civilizadora de los Welches. "El americano del Norte se cree hoi dia encargado de la mision de hacerle ver al mundo el tipo de una sociedad nueva: una democracia grande, sabia, poderosa i próspera. (1)". Este es el ideal, la mision providencial.

De este patriotismo, de este sello del alma americana, Teodoro Roosevelt es el tipo mas perfecto.

Para comprenderlo i verificarlo recorremos a la lijera su brillante existencia.

Teodoro Roosevelt, de una familia protestante orijinaria de Holanda, nació en Nueva York el 27 de Octubre de 1858. Dicen que a los seis años reveló, por primera vez, sus cualidades literarias, dictándole a su madre cuentos de su invencion en los cuales los héroes eran luchadores hercúleos. Inventado es esto, a no dudarlo, pero bastante simbólico para la niñez del hombre poderoso que ha llegado a encarnar el alma de todo un continente, para hacerlo intervenir en los negocios del mundo, cuando los intereses de la estirpe humana están de por medio.

Hizo sus humanidades en la escuela Cutler, demostrando, junto con su pasion por el estudio, un

(1) *Boutmy.*— "Psicolojía política del pueblo americano".

carácter audaz i aventurero. Mil cosas estraordinarias se cuentan de él cuando era niño.

A los dieciseis años entró a la Universidad de Haward. Como era hijo de una familia acaudalada, no tuvo necesidad de trabajar miéntras concluía sus estudios clásicos. En sus asuetos de la Universidad se dedicaba a escribir, lo cual representa una de las mas brillantes i naturales inclinaciones de su temperamento. Publica entónces un magnífico estudio sobre "La guerra naval de 1812". (2).

A los veinticuatro años, es decir, en 1882, es elejido representante en la lejislatura de Nueva York. Poco despues, a causa de haber perdido a su esposa i esperimentado algunos contratiempos en política, se retira al Oeste, a vivir en un "ranch" entregado a la caza i a la crianza de ganado. Durante todo el curso de su vida se ha observado en él esta tendencia hácia la montaña, hácia la vida solitaria, primitiva, esforzada. Siempre se escapa de las grandes ciudades i de la actividad de los negocios, como si las herencias de su raza de colonizadores protestantes lo impulsaran irresistiblemente hácia los sitios de meditacion i de esfuerzo. "Yo nunca seré desgraciado — ha dicho él mismo

---

(2) Ha publicado ademas: "Biografía de Cronwell", "Vida Intensa", "Escursiones de un cazador", "El ideal americano".

—pues, al fin, me contento siempre con un caballo i un fusil".

Se queda en la montaña durante tres años, haciendo la ruda existencia de los "cow-boys". Cuando no trabaja en el "ranch" hace violentas cacerías de serpientes i de osos grizzly. No solo eso. Hai en su sangre grandes herencias intelectuales que la perfecta educacion de Haward ha puesto en condiciones de manifestarse. Siempre ha sido Roosevelt un letrado, un pensador. Es esto, este doble carácter de literato i de hombre de accion, el que contribuye a hacer mas intensa la influencia de su personalidad. Sus compañeros de labranza, en las serranías del Oeste, lo veían, en la noche, bajo la carpa, despues de dias verdaderamente salvajes, sacar de su bolson, donde llevaba pan i vino, un texto de los dramas de Shakespeare. I se quedaba largas horas, en la infinita calma del desierto, meditando sobre las pájinas de ese sombrío i profundo esplorador del corazon humano. Talvez, ya entónces, el jóven "cow-bon", pensaba que alguna vez gobernaria su pueblo. No solo lo animaban las embriagueces de la fuerza i los ardores mercantiles,—esas dos dotaciones que son la base del jenio anglo-americano,—a la vez sentia el impulso de grandes ideales, acariciaba el ensueño de un mundo superior debido al pensamiento. Así les hablaba—siendo un orador impenitente—a los ganaderos del Dakota.

Roosevelt se parece a aquellos héroes de empuje i pensamiento que Plutarco nos muestra a la cabeza de los pueblos antiguos. En igual actitud vemos a César i a Alejandro, inclinados sobre las pájinas de los pensadores del Asia, a la postre de sus cabalgatas en bucéfalos indomables. No hai otro hombre, en el mundo moderno, que recuerde mejor que Roosevelt a los héroes lejendarios.

En 1886 visitó la Europa. En Lóndres contrajo segundas nupcias. De vuelta a Nueva York fué nombrado miembro de las comisiones administrativas, a cuyo cargo corria la reorganizacion de la policía i de los servicios municipales. En 1897 lo encontramos empleado en el Ministerio de Marina, colaborando a la preparacion de la guerra de Cuba. Declarada esa guerra organiza el escuadron voluntario de los famosos "rough riders", i se marcha a la cabeza de ellos, a pelear en el sitio de Santiago de Cuba. Esto está bien de acuerdo con los antecedentes de su carácter i de su juventud aguerrida.

Por esto, cuando fué elevado a la presidencia de la República, se creyó que, elijiendo entre el uno i el otro ideal de la civilizacion americana—el ideal de la guerra i el del comercio—adoptaria el primero, es decir, la guerra, el imperialismo republicano. Pero su actuacion como gobernante, su campaña contra los "truts", su manera de interpretar la doctrina Monroe, su actitud pacifica-

enérjica, son los medios con que los pueblos realizan sus aspiraciones morales. Ningun movimiento histórico de los que se han operado, permite creer que las aspiraciones del alma puedan ir sin las necesidades del cuerpo. En el aliaje del amor i de la fuerza está el secreto del progreso. Dos jeneraciones, ebrias de produccion intelectual, quisieron creer que de la fuerza material se podia prescindir. La catástrofe vino. Roosevelt lo sabe demasiado bien. Por eso el amor i la fuerza resumen su "ideal americano". Por eso él se ha hecho el tipo perfecto del letrado que piensa i sueña junto al hombre que "hace". Por eso su Gobierno, a la vez que filosófico fué potente. Esta es su filosofía; este es el consejo que le da al mundo i el ejemplo que le propone seguir.

Hai una anécdota de Roosevelt que pinta al hombre i su filosofía. Acababa de ocupar la presidencia de la República, a la raiz del alevoso asesinato de Mac-Kinley, por el anarquista Golgosz.

Tocóle, en consecuencia, en uno de los Estados del Este, presidir una fiesta en honor de la paz i del trabajo. Pronunció un discurso declarando que esos eran sus ideales, algo que fué un cántico de pacíficas i fecundas aspiraciones. Pero, no por eso, el nuevo Presidente se abandonaba a la confianza, olvidando la fuerza. Sabe demasiado bien que el jérmen de la guerra vive latente en el corazon de

los hombres; sabe que, en medio de la paz i del trabajo, Cain permanece. Cuando bajó de la tribuna, como la brisa levantara los faldones de su levita, los asistentes pudieron ver que ese mandatario filósofo llevaba, ceñido al cinto, en un forro de cuero, su revólver de "rough-rider".

Así Roosevelt encarna el ideal de su raza. El es para los americanos del Norte el tipo perfecto. Por eso, por segunda vez, lo elijieron Presidente—es verdad que la primera lo fué, siendo vice, por una prescripcion constitucional.

Cuando sus compatriotas hablan de él, emplean un lenguaje en el cual,—aparte del orgullo que infunde la soberanía americana,—se siente cuánto lo admiran i lo aman.

"Héroe nacional—lo llama Barret Wendelle, notable profesor de la Universidad de Haward; cuyo nombre—agrega—quedará siempre radioso en la historia de la epopeya americana."

El prejuicio mas caracterizado de los Estados Unidos es la tendencia ciega hácia la igualdad. Esto, que se hace sentir en todas las formas de la vida, ha llegado a desarrollar un espíritu paradojal. "Tanto en las elecciones políticas—dice un publicista americano—como en la jefatura de los sports, el prejuicio de la igualdad se hace sentir.

Frecuentemente, candidatos calificados por méritos verdaderos quedan sin sufrajios, por haber creído los electores que no designan una persona suficientemente democrática."

Roosevelt, como ya dijimos, nació en una familia rica, de antigua influencia, de oríjen casi nobiliario, en una de esas familias que,—hasta en los Estados Unidos,—ocupan una situacion superior a la comunidad. Como estudiante perteneció al círculo mas encumbrado de la Universidad de Haward. La educacion clásica formóle gustos refinados. Por su naturaleza misma, franca e impulsiva, no parecía ser hombre destinado a "simpatías jenerales." Porque Roosevelt no es un personaje grave i mudo, con aire doctoral i profunda hipocresía, no es el tipo en que las naciones latinas ven al mandatario perfecto. Es abierto en sus opiniones, es contradictor, es enérjico.

No obstante—ya lo vimos—es en su tierra el hombre mas amado i popular. Porque, aunque ligado a las clases superiores por el oríjen i la educacion, Roosevelt no se entregó a ellas por completo. No es hombre de darse a un solo grupo de la sociedad. Como si hubiese tenido la intuicion de su destino, siempre se mostró buen camarada de todo el mundo. En este sentido ha llegado, por espíritu fraternal, a desafiar el antagonismo mas irreductible i peligroso de Norte América: el odio a los negros. Roosevelt es amigo de los negros;

Booker Washington se sienta en su mesa. (3) Lleva en sí esa rara sinceridad, ese ardor de simpatías naturales, que señalan a los hombres nacidos para conducir a los hombres. Si empleáramos el lenguaje de sus apolojistas, diríamos que tiene ese "atrayente misterio que fué la fuerza de César i de Napoleon".

Así Teodoro Roosevelt, atrayéndose por su oríjen las simpatías de las clases superiores, se atrajo por su temperamento las de las clases humildes, i formó el total de su incontrastable influencia.

Es un hombre plagado de brillantes cualidades: activo, enérjico, tanto su cuerpo como su cerebro, parecen inagotables. El mismo se pinta de cuerpo entero en una obra suya, cuyo título parece ser el lema de su vida: "La Vida Intensa".

Roosevelt es una personificacion completa de la democracia americana: tiene su fisonomía i su colorido, esa aficion al sport desenfrenado, ese algo ruidoso, grosero, optimista, sin animosidad ni rencor, de mui buen humor, pero de mui mal tono.

No obstante, hai en él condiciones que le modifican ese carácter interesante, pero desagradable para nosotros los hijos de la refinada civilizacion latina. Estas son sus condiciones de hombre de

---

(3) Booker Washington es un negro de talento, fundador de una universidad para los de su raza. Lo llaman el «apostol de la jente de color.»

letras. Porque Roosevelt es un verdadero escritor. Como Marco Aurelio, baja de su montura de soldado o de su solio de lejislador, para meditar i es cribir. Son raros—aun en el mundo latino contemporáneo—los gobernantes i los hombres de accion que escriben. Los héroes de la antigüedad lo hacian. He ahí otro rasgo que asimila su figura a la de aquellos semi-dioses. Sus obras son el reflejo de una existencia fecunda, tan llena de pruebas de intelijencia como de esfuerzos musculares. Ya vimos cómo su filosofía es el producto de una observacion sagaz i reflexiva de la civilizacion complicada i de la rudeza primitiva. Sus escritos i sus discursos dejan la impresion de ser, no solo la esperiencia contemporánea, sino tambien la esperiencia antigua. Ese pampero del Este, en todo meditaba i de todo sacaba sabiduría. Como Julio César en los montes Albaneses, él se preparó en el Far-West para ponerse a la cabeza de la civilizacion de su tiempo. Todo lo mira con ojo atrevido, con imajinacion clara, i con magnífico desprecio por lo convencional.

Roosevelt es un hombre que lleva consigo una alta idea de moralidad; ofrece garantías, como administrador público. Pertenece a un círculo que podríamos llamar la "aristocracia política" de los Estados Unidos. Es ese círculo doctrinario cuyo órgano principal es "La Nacion" de Nueva York. El elevado espíritu dé ese grupo político, Roose-

velt lo ha hecho sentir en todo el curso de su vida. Desde su presidencia de la comision de servicios civiles, hasta su carácter de coronel de rough-riders se ha mostrado fervoroso servidor de ciertos ideales i doctrinas. Ha sabido, al mismo tiempo, conciliar su fidelidad a los principios con una clara vision de lo que es prácticamente realizable i de lo que no lo es. Así se ha librado del defecto del grupo doctrinario a que pertenece, defecto que consiste en carencia de espíritu práctico, en enerjías que se pierden en vuelos hacia lo imposible. En esto, otra vez, encontramos en Roosevelt una personificacion del instinto nacional americano, ese instinto que, sin sacrificar los ideales jenerosos i fecundos, sabe mantenerse dentro del espíritu práctico.

Roosevelt es la psicolojía americana, es el alma de la nacion, hecha hombre. Personifica los ideales de su pueblo, esos ideales que son el todo, aunque parezcan ajenos a la realidad, aunque parezcan impalpables. Ellos no indican lo que un pueblo es, pero sí lo que desea ser; persisten maravillosamente, influyen sobre el carácter, son el alma de la nacion.

De estas concepciones ideales, hai tres que dominan alternativamente en la historia de los Estados Unidos; ellas se traducen en los términos imprecisos de Libertad, Union, Democracia. De las tres cosas Teodoro Roosevelt es la encarnacion viva.

La libertad fué el ideal dominante de la revolucion americana. Ese ideal que apasionó el espíritu de todos los pueblos al concluir el siglo XVIII, tuvo en los Estados Unidos un carácter particular: no fué la aspiracion a la independencia civil, fué nada mas que el sacudimiento del yugo comercial de la Inglaterra. Como prueba de ello está el hecho de haber sido la independencia proclamada por trece colonias distintas en sus gobiernos locales i en sus modos de concebir la libertad individual o filosófica.

A los pocos años de vida independiente, las trece soberanías americanas, distintas en sus constituciones, como ya dije, se encontraron en plena anarquía. Surjió, entónces, por el instinto mismo de la conservacion, el ideal de la union. Los Estados se ligaron por un pacto escrito que confería a un Gobierno central la parte de soberanía que se juzgaba necesaria para conservar la integridad de la nacion.

Así, al lado del ideal de libertad, ardientemente proclamado en la declaracion de la independencia, surjió ese ideal de union que inspira cada una de las bases de la Constitucion americana. Washington legó a su pueblo ese ideal de union en su famoso testamento político, despues de haber encarnado gloriosamente el ideal de la libertad.

Por causas económicas i sociales, ajenas a la accion política, los Estados del Norte fueron por mui

distinto camino de los del Sur. En cierto sentido, los Estados del Norte progresaron mas rápidamente que los del Sur. BarretWendelle, en un estudio publicado en 1904, en "La Revista Política i Parlamentaria" de Paris, prueba cómo el progreso fué mas rápido en el Norte, haciendo ver que la personalidad de Lee,— que encarnó durante la guerra de Secesion a los Estados del Sur,—era mui semejante a la de Washington, es decir a la de un hombre de jenio, pero antiguo, muerto ya hacia setenta años. En cambio Grant, el caudillo del Norte, encarnaba las ideas modernas.

Esta diferencia hizo estallar la guerra. La esclavitud, para los Estados del Sur era un hecho meramente económico. Para los del Norte, poseídos por ideas avanzadas, la esclavitud era una violacion de los derechos del hombre. El ideal del Sur seguia siendo la independencia local; el del Norte era ya la libertad individual.

Se trabó una contienda civil sangrienta, la cual, sin embargo, fué fecunda i constituye para los americanos un recuerdo nacional inestimable. Triunfaron los Estados del Norte, es decir la libertad individual; no obstante, el viejo principio de libertad local no quedó destruido. I de esto resultó la poderosa democracia que ahora contemplamos alarmados. Democracia que se inspira con ardor juvenil en los cultos que, medio siglo ántes, la hicieron destrozarse; las tradiciones de

la independencia, i de la guerra de Secesion,—libertad local i libertad individual. La libertad local, o integridad nacional, es el orgullo de los americanos del Norte, orgullo que se formula en la doctrina Monroe i los lleva demasiado léjos. La libertad individual, traduciéndose en la palabra "democracia," es el símbolo querido, algo como el instinto mismo de los ciudadanos de ese pais.

Todo esto Teodoro Roosevelt lo lleva en sí como si hubiese nacido de un soplo intenso de la historia de su pueblo.

Siendo Roosevelt un hombre tal, encarnando así las aspiraciones i la fuerza de una nacion formidable, su personalidad hoi dia, tiene una enorme influencia en el mundo.

Hace veinte años no habria sido lo mismo: hasta entónces, los Estados Unidos, en la ebullicion interna de su progreso, lo pasaron despreocupados de fuerza militar i de espansion. Solo desde 1890 comenzó a formularse, en la política de la Casa Blanca, cierto deseo de imperialismo internacional. La doctrina de Monroe fué, muchas veces, el medio por el cual dicho deseo se manifestó. La guerra con España, en 1898, las acciones de brillo cumplidas por la escuadra i el ejército, exaltaron el sentimiento de la influencia esterior i lo hicieron popular. Desde ese conflicto, cerrado por la paz

de Paris, la potencia americana quedó revestida de poder internacional. Ya no se concibe como aislada en su continente; ahora se cree llamada a intervenir en lo que afecta al mundo entero. Así se estiende la idea orgullosa de su mision civilizadora. Son 76 millones de habitantes, es un factor comercial del cual ni la Europa ni la América del Sur pueden prescindir. Su fuerza le crea un derecho; su derecho le crea una pretension, casi un deber, de intervenir en lo que ántes dejaba al solo acuerdo de las potencias europeas. Por otra parte, en esta nueva forma de la potencia americana, no solo entra el orgullo de la fuerza; el interes positivo tambien entra: los Estados Unidos se han hecho potencia colonizadora, tienen territorios rodeados por colonias de grandes naciones; en toda complicacion diplomática necesitan estar presentes. De lo cual proviene el aumento, la creacion, puede decirse, del ejército i de la escuadra de los Estados Unidos.

De aquí en adelante,—dada la poca influencia interior, que la organizacion libre i democrática del Gobierno i la política de los Estaños Unidos, permiten tener al Presidente,—es seguro que el poderío de éste se demostrará en las cuestiones internacionales; para lo cual dispone de la enorme potencia militar de la Gran República.

A Roosevelt le ha tocado realizar prácticamente esta trasformacion histórica de su pais. Ha sido

el primer Presidente americano que se ha visto a la cabeza de un poder militar considerable i que ha sentido la facultad de influir en los destinos del mundo. Lo ha hecho admirablemente, afirmando una vez mas el prestijio de su corazon i de su jenio. Ha utilizado el peso de su fuerza armada en favor de la paz. En estos mismos momentos lo estamos viendo de mediador entre la Rusia i el Japon (conferencias de Portsmouth—1905.) Tambien, en vista del poderío mundial alcanzado por su pais, Roosevelt ha juzgado de su deber dar una interpretacion definitiva a ciertas doctrinas antiguas con que los Estados Unidos justificaban su política internacional. De éstas, la principal ha sido la doctrina Monroe, la cual, hecha para la América del Sur, a nosotros, particularmente, nos interesa.

El Presidente Monroe, en su mensaje de 1823, dijo: "América para los americanos." Esta fórmula vaga se hizo lei de política internacional.

"¿América para los americanos?" Nosotros, americanos del Sur, creímos que se trataba de un principio de independencia cuyo sostenimiento, en todo el Nuevo mundo, los americanos del Norte patrocinarian. I así, al vernos amenazados por reivindicaciones europeas, llamábamos a los Estados Unidos, diciéndoles "América para los americanos." Pero éstos no venian; el Presidente Adams se hizo sordo al llamado de Miranda para protejer

la independéncia de Venezuela; tampoco escucharon al Ecuador amenazado por el jeneral Flores de ser restituido a la monarquía española, ni a Chile i el Perú cuando la reivindicacion de las islas Chinchas en 1866. De tal modo, la fórmula de Monroe no parecia significar defensa de la integridad territorial i política del Nuevo Mundo.

En cambio, en 1846, al grito de "América para los americanos," los Estados Unidos se anexaban un gran pedazo del territorio de Méjico (Texas); i, posteriormente, manifestaron intenciones de conquistar territorios en Centro América para estender su esfera de accion industrial, a la vez que se entrometian en la política interna de esos paises. Todo esto parecia hacerse, por el dictado de la doctrina de Monroe.

Esto ha sido la doctrina de Monroe: espada de dos filos, axioma ambiguo i por lo tanto, peligroso. Si, en circunstancias dadas, protejia a las naciones débiles de América del abuso de la fuerza por parte de las potencias europeas, luego se convertia en pretesto de intervenciones arbitrarias del Gobierno de Washington, en amenazas de conquistas para esas mismas naciones.

La citada doctrina, como bien lo observa el profesor Martens, nunca llegó a ser un principio de derecho internacional ni un axioma de justicia. Siempre ha sido un medio político destinado a obtener resultados políticos. Por lo cual, si tiene

importancia para los hombres de Estado americanos, nunca tendrá fuerza obligatoria para las naciones europeas.

El mantenimiento de una doctrina semejante, tan vaga i fácil de prestarse a interpretaciones maquiavélicas, era peligroso, poco serio, para una gran nacion que entra a influir en los destinos universales. Los Estados Unidos resolvieron fijar el carácter de la doctrina de Monroe: "América para los americanos," dijeron en el sentido de que los Estados Unidos defenderán, en Centro i Sud-América, el principio republicano i la integridad territorial, oponiéndose a toda reivindicacion, ocupacion o conquista, emprendida por naciones europeas. Así tiene la doctrina un carácter amplio, definido i hermoso. Así representa una de las faces del patriotismo americano, aquella que se nutre de la idea de cumplir sobre el mundo una mision de democracia i libertad. Así influirá.

De este modo aplicaron los americanos la doctrina de Monroe en la guerra de Cuba i en los diversos conflictos que algunas naciones de Centro-América han tenido con potencias europeas. En la cuestion de Panamá el imperialismo se hizo sentir vigorosamente; pero, al fundar ahí una nueva república independiente, se estableció que se respetaba la doctrina de Monroe tomada como lei moral.

Esto, sin embargo, dió oríjen a un peligro, a una

desmoralizacion. Las repúblicas de esa parte de la América del Sur, mal gobernadas, se dieron a no cumplir sus compromisos financieros contraídos en Europa. Cuando los Gobiernos de Francia o Alemania reclamaban a favor de sus banqueros defraudados, o industriales víctimas de arbitrariedades, la pequeña nacion gritaba, dirijiéndose a Washington: "Una potencia europea me ataca, me invade, la doctrina de Monroe os obliga a defenderme." I así, la famosa doctrina, en su nueva i noble interpretacion, quedaba convertida en escudo del cual se valían el desórden i la inmoralidad de esos paises para no cumplir sus compromisos.

Las repetidas declaraciones que ha hecho Roosevelt, desde que entró al Gobierno de su pais, sobre la doctrina de Monroe, dejan ver claramente en qué sentido la interpreta. (4) Primero ve en

---

(4) El Presidente Roosevelt interpretó estensamente, segun su criterio, esta doctrina, en su Mensaje de 1904, el cual, sin embargo, fué mirado como una amenaza en algunas ciudades de Sud-América, por sus declaraciones sobre intervencion i policía internacional. Posteriormente, en un discurso pronunciado en Agosto de 1905, en Chautouqua (Estado de Nueva York), afirmó sus declaraciones sobre lo que debe ser la doctrina Monroe, declaraciones que, esta vez, iban prestijiadas por la práctica, pues, en el conflicto de Venezuela i en el caso de Panamá, Roosevelt la interpretó a su manera.

ella un lema de independencia i de integridad republicana en todo el Nuevo Mundo. En seguida, obligado por ella, interviene en los paises débiles i mal gobernados, establece lo que él mismo ha llamado una "policía internacional", a fin de que esos paises cumplan sus compromisos i quede evitada la reclamacion, cuando no la ocupacion emprendida por la nacion acreedora. Ya que los Estados Unidos se han echado encima la responsabilidad de mantener el lema de "América para los americanos," así tienen que proceder. De otro modo aparecerán como encubridores de inmoralidad i defensores del desórden en que, por desgracia, algunas de esas repúblicas viven. Esa fué la accion que tuvieron en Venezuela en 1903, accion que aminora, indudablemente, la soberanía, pero que moraliza i no es inusitada, como se dijo, en teoría internacional. En Turquía, en Africa, en Ejipto, en los paises balkánicos, las potencias europeas han practicado varias veces ese rol de policía internacional, destinado a prevenir disturbios o a guardar la seguridad de los intereses comprometidos en esos paises.

Así comprende Roosevelt la doctrina de Monroe i así la aplica: de un modo que es para nosotros doble garantía de independencia i de órden interno, pues nada tendrán que temer de ella los países que sepan gobernarse i cumplir sus compromisos, los paises que no exciten ni a reclamos ni a ocu-

paciones. La moralidad de Roosevelt le dió carácter definitivo a esta doctrina que durante tanto años permaneció vaga.

La América se lo agradece i no es lo último que espera de su admirable i poderosa influencia.

GERMAN RIESCO [1]

Cuando *El Mercurio* ofreció en sus columnas un campo libre en el cual dar a conocer ideas políticas de todo matiz, i resolvió remunerar los trabajos que tuviesen verdadero mérito, ví, en la direccion de ese diario, una nueva manifestacion de espíritu yankee, independiente, práctico. Pero dudé mucho del éxito de semejante medida. Los premios ofrecidos eran demasiado exiguos para que verdaderos escritores u hombres públicos emprendieran la tarea de estudiar i escribir de los personajes i de las cosas políticas en los últimos quince años.

Me engañé. El resultado de "l'enquete", abierta por *El Mercurio* ha sido satisfactorio. Bajo diversos pseudónimos muchos escritores de talento han salido; algunos mui notables. Otros, naturalmente, han sido artículos de "réclame" presidencial

---

(1) Publicado en Octubre de 1905 en *El Mevcurio*, en vísperas de las elecciones presidenciales, con el pseudónimo de Argonauta.

escritos por los aduladores de los candidatos o mandados hacer por ellos mismos.

En suma,—si no hemos leído trabajos de mucho fondo,—hemos podido saber cuáles candidatos cuentan con mas simpatías en la opinion. Esto era lo que deseaba *El Mercurio*. Se sabe ya que hai tres candidatos,—Barros Luco, Sanfuentes i Montt,—en los cuales el pais piensa; se sabe que hai otros que el pais resiste; i se sabe, tambien, que no hai ningun candidato que cuente con el voto unánime i entusiasta de toda la nacion. Antes los habia. Se han acabado.

No permitiré que se cierre la tribuna libre de *El Mercurio* sin ocuparla un momento, no para decir lo que pienso de los candidatos, pero sí para hablar del hombre que se marcha. Si se saluda a los que llegan,—o pueden llegar,—¿por qué no despedir al que se va? Es galantería. Tanto mas cuanto que estoi seguro que a don German Riesco se le juzga mal, con pasion, con lijereza, inspirándose todos en las odiosidades que el Presidente de la República, necesariamente, despierta en los hombres i en los partidos.

Una agrupacion política contrariada en sus aspiraciones, un hombre atajado en su lucro a costa del Fisco, he ahí fogatas de malevolencia i de calumnia que arden i envuelven al Presidente.

Como todo es cuestion de interes en la criatu-

ra humana, los indiferentes, esos que nada le deben al primer majistrado, por instinto, prefieren adoptar la opinion de los rencorosos i no la de los justos. I es así como se forma en contra del Presidente de la República un sentimiento adverso, gratuito, irreverente.

Odio esa forma de opinion. Tanto mas cuando ella se refiere al primer majistrado del pais. al hombre que es el símbolo sagrado de la Nacion, con sus tradiciones de gloria i sus aspiraciones de grandeza. Es un mal síntoma en un pueblo la pérdida de respeto al Presidente de la República, que es como decir al principio de autoridad. Los ciudadanos que faltan a la disciplina relajan uno de los elementos morales que son la base de la sociedad. I cuando ese comentario adverso e irrespetuoso solo se debe a pasiones de grupos políticos que han cambiado sus doctrinas por bajos intereses, entónces, mas que infame, es criminal.

Por esto, una persona que no pertenece a ningun partido, una que no tiene ni odio ni afecto por el actual Presidente de la República, cree hacer obra de justicia bosquejando a la lijera la personalidad de don German Riesco i su actuacion como mandatario.

Su personalidad de hombre público es interesante, pues—aunque solo tiene seis o siete años —se ha vinculado a la historia nacional como la

personificacion de los fenómenos políticos del último tiempo.

Su carácter de hombre i de ciudadano es distinguido, laborioso, sobrio, patriarcal. Ha llevado al Gobierno un profundo anhelo de servir a la patria. Si se ha equivocado, si ha podido ceder a las inclinaciones de la familia política a que pertenece, si ha faltado de enerjia i de talento, en algunos casos, ha hecho cuanto ha podido, i merece la gratitud i el respeto de los chilenos.

Es claro i sencillo, en la historia de Chile, el diagrama de las ideas políticas. Nace, i provoca la independencia, un liberalismo ardiente i utópico, hijo del filosofismo del siglo XVIII, reflejo de la revolucion de 1789. Este liberalismo—al cual se debe nuestra República—impera, en medio de accidentes debidos a su inesperiencia i empirismo hasta 1830. (Salvando el tiempo de la dictadura de O'Higgins). En esa época (1830) se encontró desprestijiado, i tuvo auje la reaccion conservadora encabezada por Portales. La República democrática cae en manos de los conservadores, quienes la conducen i la afirman por medio de la autoridad. En 1870, el liberalismo—que se ha perfeccionado como partido de Gobierno i al cual da buenos vientos la evolucion universal—vuelve al poder i lo conserva, demostrando haber alcan-

zado en Chile una gran mayoria; el pais es liberal. El liberalismo triunfante llevó a la Presidencia de la República una serie de mandatarios de gran carácter i de gran talento. Estos intervenian en las elecciones i se formaban en el Congreso mayorías firmes, duraderas, hechas con los mejores elementos intelectuales. Así tenian gobiernos tranquilos i fecundos; así pudieron llevarse a efecto grandes reformas de todo órden. Durante veinte años el partido conservador se estrelló inútilmente ante el granito del liberalismo unido. Este pate parecia ser el destino del pais. En 1891 todo cambió. El antiguo i compacto partido liberal se fragmenta; una parte de él sostuvo la autoridad del Presidente Balmaceda; la otra siguió las aguas de la escuadra revolucionaria en que se embarcó el Congreso. La fragmentacion del partido liberal permitió a los conservadores volver al poder. Desde entónces hasta 1900, se gobernó por un sistema de coalicion formada por los conservadores i el uno o el otro grupo liberal. Dentro del Congreso los grupos liberales se disputaban al partido conservador, que se hizo indispensable para llegar al Gobierno. Un dia contaban con él, monttinos, doctrinarios i radicales, i formaban mayoría; otro dia eran los liberales democráticos. I así se produjo la malhadada i bochornosa inestabilidad política que ántes no conocíamos i de la cual ahora no sabemos cómo salir. Por cierto que

la presencia de los conservadores en el Gobierno no encarnaba ya un peligro doctrinario: no estaban solos en el poder, ni la evolucion jeneral de las ideas se presta ahora a una reaccion teocrática.

No obstante, en 1898, siendo jefe del Gabinete don Cárlos Walker Martinez, las aspiraciones del partido conservador amenazaron hacerse efectivas i tomaron tinte ultramontano. Se abrieron las puertas del pais a las congregaciones relijiosas espulsadas de Francia i de Filipinas. Se trató de introducir en la instruccion primaria reformas que desviasen la corriente de niños hacia las escuelas de las congregaciones. Se habló de revisar las leyes civiles de la administracion Santa María. Así se hizo sentir en el Gobierno la presencia del gran caudillo conservador.

Ante eso el liberalismo se alarmó i, creyendo en el peligro, el sentimiento de la lucha i de la antigua fraternidad se apoderó de él. Desde entónces el liberalismo trabajó por reconstituirse. Fruto de ese esfuerzo fué la Convencion de Marzo de 1901. En ese momento la composicion política del pais fué la misma de ántes, la histórica, la que duró hasta 1891: conservadores por un lado ostentando la candidatura de don Pedro Montt, representante severo del principio de autoridad; por otro, el liberalismo unido buscando un jefe, un candidato a la Presidencia de la República, uno que, contan-

do con la adhesion de todos los grupos, fuese el símbolo de su reconciliacion.

La Convencion de 1901 fué un acontecimiento interesante, tanto para nuestra vida democrática como para la historia política de América. Ella fué un nuevo indicio de reforma en nuestro sistema electoral. Despues de la Convencion de 1875, era un paso mas dado en este sentido: elejir candidato a la presidencia por medio de los congresales reunidos, de modo que sea, la eleccion, por el pueblo a traves de los elementos que lo representan, de modo que sea el sufrajio popular depurado por una representacion "d'élite". En Francia este sistema está establecido para la eleccion del Presidente, i da magnífico resultado. A eso llegaremos.

Había en el pais alrededor de quinientos congresales presentes i pretéritos. De éstos, trescientos eran liberales, i representaban, en suma, el liberalismo reconstituido. La eleccion, dentro de la Convencion, fué laboriosa. Quedó demostrado que las odiosidades de 1891 no habian desaparecido. Ni Barros Luco, ni don Claudio Vicuña pudieron reunir mayoría de sufrajios. Ambos, —caudillos de 1891,—despertaban los rencores de los unos i los otros. Don Fernando Lazcano, sobre cuyo liberalismo se tienen dudas,—era rechazado enérjicamente por radicales i doctrinarios. La Convencion iba a deshacerse en disputas acaloradas;

iba a quedar demostrada la imposibilidad de restablecer la antigua cohesion del liberalismo. No obstante, era grande i sincero el deseo de unirse; estaba en el corazon de todos los grupos; el pais —liberal en su gran mayoría—parecía exijir esa reconstitucion. Entónces se impuso un hombre ante el cual todos los odios se aplacaron, del cual nadie tenía malos recuerdos. Era uno que no había tomado parte en las luchas de los últimos quince años. Era don German Riesco.

Eso fué natural. En otros países, en elecciones semejantes, se ha visto lo mismo. Un partido tan amplio como es el liberalismo moderno, está surcado por corrientes opuestas i vive en lucha ardiente. Los hombres que encabezan esas luchas pueden ser los mas eminentes, pero, en una eleccion jeneral, no serán elejidos. Una eleccion jeneral es un acuerdo, es una tregua i su resultado solo podrá ser la eleccion de un hombre nuevo, de un hombre mediano, de uno que concilie. Esta ha sido la característica de las últimas elecciones del Congreso francés; i esta parece ser una condicion inseparable de la democracia moderna; condicion de la cual no sabríamos decir si es buena o mala. Puede decirse, sí, i seguramente, que ella alejará siempre de la presidencia a los caudillos, a los luchadores, a los grandes hombres.

Como se ve don German Riesco personificó los fenómenos políticos del último tiempo.

———

El elejido de la Convencion de Marzo de 1901 era un buen ciudadano. A eso se reducía su biografía. Miembro de una gran familia política i social, había vivido alejado de la vida pública, ejerciendo con talento su profesion de abogado i desempeñando altos puestos en la majistratura. Senador en el último tiempo. Tenía, ademas, mucho prestijio social, ese noble prestijio que a todo hombre le da el hecho de haber formado una familia escepcionalmente distinguida.

Así subió al poder don German Riesco el 18 de Setiembre de 1901. Recibía al pais en un momento de gran prosperidad material. Era el elejido del poderoso e histórico liberalismo, del gran partido que, en mas de veinte años de inalterable influencia, había elevado a gran altura el prestijio de la nacion chilena.

Don German Riesco llegó al solio presidencial llevando una mision sagrada semejante a la de Errázuriz Zañartu, a la de Pinto, a la de Santa María, semejante a la que, dolorosamente, se destrozó en las manos de Balmaceda.

"Liberal eres; la mayoría del pais te elije; el partido reunificado te hace su jefe porque eres su símbolo de union. Represéntalo, manténlo en el Gobierno, conserva su fraternidad; haz que continúe la tradicion gloriosa de tus antecesores". Este fué el mandato que el liberalismo chileno grabó en la banda tricolor de don German Riesco. Esa fué la obra que confió a su talento político.

No necesito agregar que don Germán Riesco no supo cumplir ese mandato. Su temperamento se mostró débil, su intelijencia incapaz de abarcar el ideal político cuyo ensueño produjo el bello movimiento liberal que lo elevó al poder. En sus manos ese movimiento se malogró.

Don Federico Errázuriz Echáurren subió al poder gracias a la division de los partidos liberales, reuniendo los elementos segregados. Su gobierno tuvo que ser lo mismo: gobierno de coalicion, de anarquía política. En ese sentido ejercitó las dotes admirables de su talento i agudeza. Siguiendo el proverbio europeo, "dividió para reinar".

La situacion de don German Riesco,—su primo i sucesor en la presidencia,—era completamente opuesta. Lo elevó el partido liberal unificado, la alianza liberal le confió sus intereses en el Gobierno, lo hizo el símbolo de su fraternidad reconquistada. Todos los esfuerzos de don German Riesco, todas sus enerjías, debieron tender a conservar la unidad del liberalismo, unidad de que depende su poderío. Ese deber se lo imponía el hecho de haber sido elejido por la Convencion de Marzo. Una noble tarea se le confió. Para desempeñarla con brillo, i dejar en nuestra historia la traza de un gran político, habríale bastado inspirarse en Errázuriz Zañartu i en Santa María. Ellos recibieron del liberalismo una mision idéntica, i supieron cumplirla.

Pero el señor Riesco no abarcó ese horizonte político, no tuvo una conciencia cabal de su situacion. Lo primero que hizo fué romper con don Juan Luis Sanfuentes, el jefe de la mas poderosa fraccion del liberalismo. Desde ese momento quedó rota la alianza liberal a que el señor Riesco debia la presidencia; desde ese momento volvimos al desórden, del cual sabe Dios cuándo saldremos! Las propias manos a que el liberalismo habia confiado la conservacion de su unidad, fueron las primeras en romperla.

Dicen que don German Riesco no tuvo la culpa de la ruptura de la alianza liberal. Que ella se debió al hecho de estar el liberalismo descompuesto, envenenado, habiendo perdido sus ideales doctrinarios i deseando solo obtener ventajas materiales. En tal caso, la Convencion de 1901 habria sido una muestra de unidad, artificial, postiza, pues en el fondo, la rencorosa division persistía.

Creo que el liberalismo está descompuesto i desmoralizado. Lo lamento. Otros partidos se aprovechan de ello; hacen bien. Pero no creo que la Convencion de 1901 fuese una muestra de unidad artificial. Ante el avance del partido conservador, el viejo liberalismo chileno,—una de las partes de la historia i del alma de la nacion,—se irguió olvidando sinceramente sus querellas. Eso fué la Convencion de 1901. Si hubiese elejido, para elevarlo a la Presidencia, a un hombre de carácter, de ta-

lento político, a un liberal penetrado de la gloria de su partido i de la importancia de su mision, a un Errázuriz, a un Santa María, la alianza liberal no se hubiera roto, i el 18 de Setiembre de ese año habria sido para Chile el último dia de coalicion liberal-conservadora.

Fué lamentable, fué funesto, el fracaso político de don German Riesco. El mismo lo confesó, renunciando a "meterse en política". Deja a sus Ministros i a los partidos en absoluta libertad. La famosa influencia personal de los Presidentes de Chile no existió para él. Un dia se vió sin los dos o tres amigos que se necesitaban para completar una mayoría en el Congreso. Sus candidatos a puestos públicos son los que ménos probabilidades tienen de ser nombrados.

Profesional, distinguido hombre de trabajo i de órden, la vida política lo fatiga, no sabe prever sus fenómenos ni tiene valor para afrontar sus veleidades. Es anti-balmacedista, es semi-conservador; lleva en sí los jérmenes que anarquizaron al partido. Detesta la accion subterránea de la política, el tejemaneje, para el cual tuvieron verdadero jenio otros Presidentes de Chile. Todos lo engañan, nadie le obedece. Se siente agobiado, arrepentido de haber aceptado ese cargo que, si es de gloria i de trabajo, es tambien de amargura i desencanto. La crísis presidencial lo ha estado acechando todo el tiempo, detras de la cortina de su

despacho. Diariamente, al arrancar la hoja del almanaque, da un suspiro i esclama: "¡Un dia ménos! Alabado sea Dios......"

———

Arrojado en el pandemonium de las pasiones políticas, sin capacidad para servir de regulador de los partidos, don German Riesco no dejó de ser un Presidente digno, ni dejó de desempeñar su tarea de un modo ejemplar.

No tiene talento político, ni sabe ejercer influencia, ni ama resueltamente el ideal liberal. Si hubiese tenido ese talento, esa influencia, ese amor, habria figurado ántes en la vida pública i no hubiera sido el elejido de la Convencion de 1901.

El no engañó a nadie. El liberalismo se engañó con él. El defecto está—ya lo dije—en esa forma de eleccion conciliadora.

El señor Riesco aceptó la Presidencia como un puesto de trabajo, i en tal sentido, la ha desempeñado de un modo irreprochable. Este quinquenio quedará en nuestra historia como uno de los mas brillantes en cuanto a progreso material. Es verdad que el pais, en alas de sus virtudes i riquezas naturales, marcha solo, a pesar de cuanto hacen por arruinarlo los politiqueros venales i los ajitadores del pueblo.

El señor Riesco, el Presidente, está entre los que prescinden de la política i colaboran a la marcha progresista del pais. El deja que se hagan i se des-

hagan las combinaciones de mayoría; deja que los Ministerios pasen, uno tras otro: él trabaja, "hace algo".

Por mucho que, como dijimos, la prosperidad se deba al impulso natural, es innegable que don German Riesco, personalmente, ha dejado un surco profundo en el campo del mejoramiento de nuestra vida nacional: la liquidacion de la cuestion de límites con la Arjentina; el aumento de los ferrocarriles i las obras públicas, — sobre todo los trasandinos i el lonjitudinal;—el alcantarillado de Santiago, la construccion del puerto de Valparaiso, la revision de los códigos — a la cual aportó su verdadero talento, i su grande esperiencia de jurisconsulto—todo eso, en medio del desórden i la incapacidad política, salva el nombre de don German Riesco como Presidente de Chile, i lo coloca a mucha altura.

Ha hecho, con constancia i patriotismo, todo lo que podia hacer. Si no supo mantener la situacion política que se le confió, si no pudo ejercer influencia, es porque carece de temperamento para eso. A nadie se le puede exijir que dé lo que no tiene.

No sabria terminar sin referirme a las condiciones personales de don German Riesco, a esa gran distincion, a esa caballerosidad esquisita, de las

cuales, todos los que lo han tratado, guardan el mas grato recuerdo;—tambien sus enemigos.

Sé de Ministros que han servido a dos o tres Presidentes i que declaran que nunca se les ha hecho mas fácil i hasta agradable, la relacion, no siempre llevadera, de los secretarios de Estado i de S. E.

Aparte de la política, su actitud ha sido ejemplar. Le ha conservado a la Presidencia la dignidad tradicional, descuidada por otros presidentes. Las alturas del palacio no lo marearon un solo instante. No ha sido un mandatario hozco, imperante, rodeado de pompa; no ha sido, tampoco, un Presidente libertino i chistoso, como ántes los hubo en Chile. En el ejercicio de su alto cargo, don German Riesco ha conservado—dándole el primer lugar—su carácter de ciudadano de costumbres laboriosas i sencillas, i su noble carácter de hombre de sociedad i de padre de familia. Ha hecho bien. Desde ese punto de espectable—en momentos en que las mejores tradiciones de la sociedad chilena parecen rebajarse—el Presidente nos ha dado un precioso ejemplo de distincion, de amor de esposo i de padre. Como Marco Aurelio, que presidia los destinos de Roma, llevando a su hija de la mano i en la otra un libro, don German Riesco ha amarrado al carro de su fortuna los símbolos del hogar i la virtud. Si su talento no supo ejercerse en la política, su carácter moral ha sido un ejemplo.

Pocos Presidentes—en esta época de esplotacion i de riqueza—han visto su honorabilidad perseguida mas de cerca que don German Riesco. Por encima de la calumnia ha sabido mantenerla a la misma altura que sus antecesores.

Lástima grande ha sido que no supiera manejarse como político, como representante i sostenedor de la Alianza Liberal que lo elijió. A ello se deben los cuatro años de inestabilidad i desórden que hemos contemplado tristemente.

En este pais hai una vida política i doctrinaria mui intensa. Es preciso que el Presidente sea un hombre de gran influencia dentro de los partidos. Sin eso no puede gobernar; cuando más podrá administrar.

Dejando a un lado esa consideracion, los amigos de don German Riesco i los que impulsaron su candidatura, pueden estar satisfechos. Ha sido un Presidente modelo de patriotismo, de laboriosidad, de virtud. Ha dado al mundo un ejemplo que mantiene el prestijio de nuestra cultura. Le ha sacrificado al pais cinco años de su vida. Su nombre quedará escrito en la lista de los mejores ciudadanos i deberá ser saludado con respeto i cariño.

SEGUNDA PARTE

(LITERATOS)

ALBERTO BLEST GANA [1]

Don Alberto Blest Gana, el popular autor de "Martin Rivas", "El ideal de un Calavera" i otras novelas de índole meramente nacional, dejó, hace más de treinta años, la carrera de las letras para entregarse a la diplomacia.

Sus libros no eran muchos—los dos que ya citamos i "La Aritmética del Amor", "Fascinacion", "El Pago de las Deudas", "Juan Arias" i dos o tres que se nos escapan.

Eran obras de juventud. No obstante, ahora, treinta años despues, las encontramos llenas de interes, de fondo i de frescura.

En estos países de produccion mediocre, donde los libros nacionales tienen la corta vida de las libélulas, las novelas de don Alberto Blest Gana han resistido la dura prueba del tiempo: constan-

(1) Publicado en Junio de 1905, con motivo de la aparicion de "Los Trasplantados", última novela de Blest Gana.

temente de ellas aparecen nuevas ediciones. Es que están escritas con talento, con malicia i poesía a la vez, con admirable espíritu de observacion. Son libros en los cuales se siente la existencia real, i hai crítica moralizadora, libros en que los defectos quedan superados por las condiciones esenciales que dan vida permanente a las cosas literarias.

Blest Gana es, sin duda, el más notable novelista americano. No escribe a impulsos del romanticismo frances la novela ficticia i adocenada. Es el autor poderoso que fija el carácter de la raza criolla emancipada. Sus novelas son el retrato imperecedero de la sociedad chilena en 1850. En ellas se siente el sabor de ese mundo que se desprende de las sombras de la vida colonial, i entra de lleno en la libertad i el progreso. Un drama intenso palpita en el fondo de esas pájinas alegres. *Martin Rivas* i *Camara*, el héroe de "La Reconquista", se han elevado a la categoría de tipos.

Este hombre de jenio profundamente nacional i criollo, se engolfó, hace más de treinta años, en los refinamientos de la vida diplomática. Nadie que lea el "Ideal de un Calavera", obra de crítica i de francachela americana, podrá figurarse que el hombre que la escribió es un mundano de alta escuela i un diplomático recocido. Así son las elasticidades de los verdaderos talentos. Es el chileno antiguo retozon i diablesco, a la vez

que el hombre refinado de la gran vida europea. Viven juntos en su imajinacion Martin Rivas i el duque de Monry.

Sin darle mayor importancia a esos romances, que escribió entremedio de sus ocupaciones profesionales i políticas (era injeniero i diputado) aceptó en 1868 el cargo de Ministro Plenipotenciario en los Estados Unidos. Dos años despues era trasladado a Lóndres i luego a Paris. Durante más de veinte años fué nuestro representante en Francia i otras naciones del Viejo Mundo, un representante hábil, activo, un diplomático letrado i gran señor.

En tan largo espacio de tiempo hubo de intervenir, naturalmente, en negociaciones de importancia, siendo las más dignas de recuerdo la incorporacion de Chile en la Union Postal—que era un requisito que le faltaba a nuestra soberanía—i las adquisiciones de armamentos en 1879 (guerra del Pacífico).

Pocos diplomáticos sud-americanos han alcanzado en Europa a mayor situacion social que don Alberto Blest. Una de sus hijas se casó con el baron de Bats, de la famosa familia de los edecanes de Enrique IV. Cuentan las crónicas político-sociales que en sus salones,—los de la Legacion de Chile,—se concertó el matrimonio de don Cárlos, Rei de Portugal, con Amelia, hija del Conde de Paris. Serias dificultades se oponian a la

realizacion de ese enlace, dificultades que se fueron allanando, poco a poco, gracias al conciliábulo tranquilo de los Ministros i de los Príncipes enamorados en los salones del representante de Chile. (2)

Distraído por una representacion diplomática activa, absorto por el desempeño de las comisiones que le confiaba el Gobierno, la personalidad literaria del señor Blest permaneció muda durante ese largo tiempo. Pero nunca dejó de conocerse que ese diplomático de carrera era un escritor de temperamento. Lo traicionaba la vasta erudicion de su espíritu, llenando de adornos encantadores su charla de funcionario i hombre de negocios. I fué esto, sin duda,—esa brasa de artista que las frialdades de la vida diplomática no pudieron apagar—lo que le sirvió en Paris para crearse la situacion que dije.

Porque Paris, que da fácil acceso al mundo cosmopolita i banal, tiene un cenáculo de intelijencia i de nobleza, en el cual no recibe sino a personas elejidas. Ahí entró, ahí vive don Alberto Blest.

No obstante ese largo silencio, habia quienes esperaban que el hombre de letras arrojase por la

(2) Ver, para mayor informacion, «La Ciudad de las Ciudades» (correspondencias de Paris) por el mismo autor. —Capítulo titulado «Una historia por hacer.»

ventana, de un momento a otro, su archivo de diplomático i volviese, como en 1860, a reproducir la vida en novelas injeniosas. Se sabia hasta qué punto era espontánea i profunda su vocacion literaria. Siempre habia escrito contrariando las condiciones de su existencia: sin fortuna, hubo de practicar su profesion i seguir la carrera pública; en Chile las bellas letras convidan a la gloria pero no convidan a comer.... En una carta a don Benjamin Vicuña Mackenna—su colega en la Facultad de Filosofía i Humanidades de la Universidad i amigo desde la infancia—le dice: "El secreto de mi constancia está en que escribo, no por culto a la gloria, que no existe entre nosotros; no por ambicion pecuniaria, porque sólo últimamente mis trabajos empiezan a producirme algun dinero, sino por necesidad del alma, por aficion irresistible, por ser algo inmaterial, en fin, que nos aparta de cuanto tiene la vida de enfadoso i nos lleva hacia el campo de las satisfacciones intelectuales."

Chilenos que volvian de Francia, habiendo visitado los influyentes i hospitalarios salones del señor Blest, decíanse maliciosos de nuevos trabajos literarios emprendidos por el insigne escritor. Nada decia él: los verdaderos artistas tienen el secreto de su obra, lo cual es un pudor o un orgullo. Pero se le adivinaba que, entre preocupaciones mundanas i tareas oficiales estaba tra-

bajando alguna nueva obra de arte, alguna leyenda de amor. Esa era "la necesidad de su alma".

Apareció "Durante la Reconquista", estenso trabajo histórico, admirable obra de psicolojía popular, disimulada bajo las formas humorísticas i apasionadas de un romance. "Durante la Reconquista", es una novela que puede, ella sola, constituir la gloria de un hombre de letras. Aparte de la gracia, de la imajinacion, del colorido i del estudio de las pasiones humanas que encierra, hai en ella un trabajo paciente de comprobacion histórica (3).

Era cierto lo que decian los viajeros: el diplomático se escapaba a ratos de su oficina, o los salones donde está lo "enfadoso de la vida", para encerrarse en "el campo de las satisfacciones intelectuales". Así pudo escribir esa gran novela, cuyos materiales se habia llevado de Chile.

Reviviendo la historia de su patria, evocando sus paisajes, mitigaba las crueles nostaljias de su espatriacion por deber. "Durante la Reconquista" era el pedazo de suelo natal que, como Chopin, llevaba consigo el nostáljico diplomático chileno.

---

(3) "Durante la Reconquista" es la vida heroica de Chile en los años 1814, 15 i 16, entre la derrota de Rancagua i el triunfo de Chacabuco, cuando los chilenos oprimidos i castigados por su crímen de libertad, lo sufrieron todo por la Patria, i no dejaron de mantener en jaque al Gobierno español.

En 1889 dejó la representacion diplomática, en la cual, durante veinte años, nos hizo honor. Cansado de sus tareas, quiso acojerse a la jubilacion que el Gobierno le ofrecia. Ese no era sino un pretesto: Blest no queria morirse sin dedicarle a las letras el final de su vida. Los que lamentaron su retiro de la diplomacia, no pensaron en lo que, con eso, iba a ganar la literatura hispano-americana.

"Durante la Reconquista" no fué la única labor que realizara el diplomático en sus escapadas hacia el ideal literario. Sin perder un sólo instante su alma de escritor, su mirada de psicólogo, don Alberto Blest, en su larga estadía en Europa, fué acumulando el material de la obra dolorosa i magnífica que acaba de publicar.

"Los Trasplantados" se llama esta novela. Es un trabajo de 800 pájinas, en el cual, por primera vez, se estudia la psicolojía i se señalan los peligros de una entidad social nueva, sin precedentes, producto de la vida contemporánea que crece de dia en dia: la sociedad cosmopolita de Paris, el mundo de los trasplantados.

Con la autoridad que le confieren sus treinta años de residencia en ese mundo, el señor Blest relata los estragos morales, la relajacion de los vínculos de la familia, la pérdida del patriotismo, las aspiraciones insanas, todos los daños que la trasplantacion produce en los desgraciados que,

por snobismo o libertinaje, se quedan en la sociedad flotante de Paris.

Es una novela escrita por un viejo. (4). Pero, lo que más seduce en ella es su ardor pasional, la viveza de su colorido, el soplo dramático que la estremece. Hai en ella tanto corazon como trabajo mental. El corazon de don Alberto Blest no está avejantado; léjos de estarlo se conmueve ante ese mundo de miserias morales, i comunica a su cerebro el ardor de su indignacion, la palpitante tristeza de su alma desterrada.

Sus primitivas condiciones de novelista—el talento de observacion i la crítica zumbona—brillan en esta última obra, tan bien como en las primeras; pero se acompañan, esta vez, de un aprendizaje literario más completo i de una feliz adaptacion de ese método psicolójico de los maestros franceses que, acentuando la realidad de los personajes, hacen entrar en las novelas verdaderas ráfagas de vida real. Una crítica severa no tendría nada que observarle a la obra que nos ocupa, a no ser ciertos momentos de distraccion en los cuales algunos galicismos se filtran en su prosa castellana.

Ha publicado el eminente escritor, una obra que hará época en el mundo de la novela moderna, por cuanto es la primera que llama la atencion

(4) Don Alberto Blest nació en 1831.

sobre esa forma creciente de estravismo que se esconde bajo el simple dicho de "vivir en Paris", i por cuanto agrega una pájina majistral al gran libro de la comedia humana.

¿Será ésta la despedida de las bellas letras, el canto del cisne, del viejo i jenial escritor chileno? Ojalá no lo sea.

Miéntras tanto, el ilustre don Alberto Blest comprobará, con íntima alegría, que si a las letras debió la fama de su juventud, a ellas, tambien, deberá la gloria de su vejez.



MANUEL BLANCO CUARTIN

He aquí un hombre ilustre, uno de esos pocos a los cuales debe mucho el orgullo intelectual de Chile. Fué un hombre de jenio. Por lo mismo, su fisonomía espontánea, movediza, variable, no se presta fácilmente al calco del escritor biográfico.

Don Manuel Blanco Cuartin era miembro de una familia histórica que dejó su nombre estampado en ámbas laderas de los Andes. Miéntras don Manuel Blanco Encalada limpiaba de barcos españoles las playas del Mar del Sur, su hermano, don Ventura, reunia a los gauchos de la pampa arjentina al toque vibrante de su poesía patriótica. De éste último era hijo don Manuel Blanco Cuartin. (1)

---

(1) Don Ventura Blanco Encalada no figura en la Historia de Chile con la misma gloria de su hermano don Manuel, el almirante. Pero fué una verdadera personalidad como literato i estadista. Al organizarse la administracion pública, bajo el Gobierno de Prieto, fué el consultor en el ramo de Hacienda. Hai memorias ministeriales redactadas

Se vino a Chile el poeta Blanco, a disfrutar del alto rango que a su nombre conquistara el almirante Blanco. Aquí nació don Manuel, de madre española, en Diciembre de 1822. Arrullaron su cuna los vítores de un pueblo lleno de gratitud a la espada del tio i a la lira del padre.

Las espadas de los guerreros i el estro de los poetas fueron las armas de la independencia americana.

Desde su cuna don Manuel Blanco respiró el ambiente de las altas esferas de la vida chilena. Hijo de literato, desde los primeros años mostróse amante de las bellas letras, a cuyo bosque encan tado penetró conducido de la mano por don José Joaquin de Mora, i don Antonio José de Irizarri, los precursores de don Andres Bello, en la tarea de despertar la intelijencia americana.

---

por él, que son modelos en la materia. Don Miguel Luis Amunátegui escribió una biografía de don Ventura Blanco Encalada, a la cual hizo un comentario el hijo de éste, don Manuel Blanco Cuartin, agregando cartas, documentos i recuerdos personales de mucho valor para dar una idea completa de lo que fué ese hombre ilustre. En todo eso se entrevé que don Ventura, hermano mayor del almirante, fué el consejero de éste en su vida política, que tenía un espíritu mui avanzado, aunque pertenecía al conservantismo, espíritu con el cual contribuyó a la independencia de América, i que su influencia indirecta fué mui considerable en la política chilena.

Hijo i discípulo de literatos notables, criado en la opulencia i en la aristocracia política de dos naciones, el estilo del jóven Blanco Cuartin fué, desde luego, elegante, sobrio, elevado. Su manera de redactar tiene el sello del perfecto hombre de mundo. Fué escritor eximio de una jeneracion superior. Su prosa se estiende como un ropaje amplio i brillante.

Sin embargo, debido a esa influencia aristocrática que hemos dicho, en medio de su amor a las letras, tuvo horror a la idea de pertenecer al gremio de los letrados. Trabajó mucho, pero solo. Fué un literato ensimismado. Rara vez lo encontramos en el "Círculo de Amigos de las Letras." Si alguna vez se preocupó de los intereses del gremio literario, fué para fustigar a los editores usureros.

Como fué redactor político de *El Mercurio* por más de veinte años—manteniendo en este diario la tradicion de Sarmiento, Juan Cárlos Gómez, Vicuña Mackenna i otros escritores ilustres que lo sirvieron—aquí está su retrato en nuestra sala de redaccion. I basta mirarlo, en su elegancia correcta de hombre de mundo, en su rostro espiritual, para comprender que era uno de esos como Guy de Maupassant, que, posesionados del poder de la pluma i de la belleza del arte literario, no comprenden por qué tales cosas que deben ejercitarse libremente en bien de la sociedad, como dones de

la naturaleza, han de inducir obligadamente a la formacion de cenáculos,—en los cuales los mediocres ganan a costa de los intelijentes;—a la formacion de gremios o sociedades cooperativas. El talento literario es un término absoluto: o lo tiene usted, o no lo tiene. Si lo tiene, ¿para qué necesita cenáculos, ni amparo de sociedades cooperativas, cuando un vasto público le lee, paga por leerlo?

Este alejamiento de la llamada "fraternidad intelectual" lo han tenido todos los grandes escritores. Marcel Prevost lo ha dicho hace poco, en una crónica: "Solo comprendo la "Sociedad de los Hombres de Letras" en el sentido económico: organizar venta de libros, defenderse de los empresarios i de los editores esplotadores. En el sentido literario son los ateneos los que ménos han contribuido a la riqueza de las bellas letras. En los tiempos teolójicos i escolásticos eran dables los cenáculos, como Port Royal. Ahora la gloria de las letras está en la libertad".

Pero en un pais como el nuestro, donde el espíritu democrático se iba acentuando sobre el oríjen aristócrata, ese ensimismamiento le hizo mala atmósfera a Blanco Cuartin, entre los colegas; lo dejó aislado. A lo cual no tardaron en agregarse las contundencias de la vida, el empobrecimiento i la dispersion de la familia. Entónces su talento se pone sombrío, se eleva a mayor altura, se fortifica en un conservantismo orgulloso. Así lo vemos escla-

mar en uno de sus más bellos trabajos, cuando la Real Academia Española, en la tarde de su vida, lo llamó a ser uno de sus miembros correspondientes: "Es indudable que los primeros acentos de la humanidad han sido los del dolor i la pena: la amargura es el primer licor que bebe el hombre apénas aparece en este mundo, que sólo por ironía ha podido llamarse "banquete de la vida." ("Consideraciones sobre el espíritu de la poesía francesa i española", 1887).

No obstante, esas tradiciones de su vieja i noble familia, no fueron velo tan denso para que su talento agudo dejase de descubrir las flaquezas de la sociedad antigua, llena todavía de candores rústicos i de formas teolójicas. Su estilo elevado i triste, a trechos se ilumina de sonrisas i se distrae en alusiones injeniosas.

Como diarista fué mui sarcástico. Miembro de la aristocracia "pelucona", no pudo resistir al placer de reirse de ella. Se granjeó la mala voluntad del "todo Santiago" de por aquellos años; pero su burla fué benéfica: sacudió fuertemente a la marmota criolla, la hizo salir de su claustro español, para divisar un campo ilimitado de ideas nuevas.

Una opinion vulgar i mal informada dió en considerar a Blanco Cuartin un escritor amigo de la diatriba, que era, entónces, el caballo socorrido de la prensa diaria. Nunca fué eso Blanco Cuartin

Desde el primer número de *El Mosaico,* diario que él mismo fundó en su juventud, hasta que le puso fin a su tarea en *El Mercurio* en 1885, no vemos que su estilo de polemista caiga con frecuencia en los recursos adocenados. Fué siempre un cronista en el mejor sentido de la palabra. Si le aprendió a Mora la belleza de la forma, no se dejó contajiar por la burla grosera de aquel maestro. En sus panfletos políticos, por encima de la pasion personal o partidarista, se ve el espíritu fino i moralizador de Aristófanes. Su manera de criticar es encantadora. Para reirse de sus contemporáneos hará figuras frescas i alegóricas. Para desenmascarar los heroísmos falsos, las preocupaciones absurdas, los amores escondidos, hablará de Marte el intrépido, del rostro sórdido de Juno, o de los artificios de Vénus; esto si no imajina para criticar a nuestros lejisladores alguna estupenda sesion del "Senado del Congo..."(2).

De este modo fué el látigo de la jente "pelucona".

Si la pluma de Blanco Cuartin sabia hacer caricaturas, más que eso sabia despreciar de un modo olímpico. Esta era su característica: como esos nobles españoles, cuyo altanero perfil evoca majistralmente Juan Valera, sólo sabia mirar de alto

---

(2) *Asi se titula una poesia humorística en que ridiculiza al Senado Chileno.*

abajo. Veamos cómo trata a Fioretti, el contendor que tuvo en su memorable polémica sobre la obra de Voltaire, (1877): "¡Qué hombre tan singular es este señor Fioretti! Quiere ser filósofo sin haber saludado un libro de filosofía; quiere ser literato sin tener el más lijero rudimento de humanidades; quiere ser apóstol de la incredulidad en Chile sin haber recibido de la naturaleza ninguna de las dotes requeridas para el apostolado..." I así continúa zarandeándolo, con la punta de los dedos, como un objeto indigno de su preocupacion. Advirtamos que Fioretti era un caballero italiano, radicado en Concepcion, de mucho valer intelectual.

Dije, más arriba, que Blanco Cuartin habia sido el punzon de la jente pelucona. Tambien lo fué del pipiolaje. (3) Se reía de los pelucones, aunque eran de su misma casta, creyente i aristócrata. De los liberales, que entónces se llamaban "pipiolos", no se reía, pero los atacaba. Don Manuel Blanco Cuartin, con don Zorobabel Rodríguez, fueron los más ilustres defensoros del antiguo partido conservador de Chile. Elevó a una gran altura el espíritu del catolicismo, la autoridad i la aristocracia. Fué fundador de *El Independiente* (1864), i redactó *El Estandarte Católico.* Era un cristiano

---

(3) «Pipiolos» i «Pelucones» eran, en jerga popular, liberales i conservadores.

al estilo de Luis Veuillot, pomposo como el culto mismo. Su juicio sobre la obra de Voltaire metió un ruido de los mil demonios. Cuando la juventud sud-americana veía en el filosófo frances al maestro infalible de la nueva política, al precursor de la democracia, Blanco Cuartin, con su estilo elevado i sonoro, con su ademan despreciativo, declara que "Ese viejo (Voltaire) sólo legó a la humanidad dos dientes i un calcáneo...." Figurémonos la indignacion de esos estudiantes en cuyas reuniones el patriarca Matta, (4) leía pájinas de Voltaire como quien lee el Evanjelio de un nuevo San Pablo.

A pesar de esto, don Manuel Blanco tuvo ribetes de libre-pensador. I es lo que le da a su fisonomía, jeneralmente de facciones acentuadas, un matiz a veces fujitivo; es lo que pone en su obra adusta de diarista conservador, una sonrisa de espiritual incredulidad.

Sus oríjenes lo amarraron al pórtico de la piedad i del conservantismo político. Pero su talento era demasiado grande para dejar de ver la lójica científica i humana que animaba las reformas proclamadas en Europa i exijidas en América por los partidos avanzados.

Así como el hecho de ser hijo de la vieja aristocracia de Santiago no le impidió apercibirse de

(4) Don Manuel Antonio Matta.

las flaquezas de ésta, el hecho de haberse criado en centro ultramontano, no le impidió reconocer la razon del liberalismo.

Dice Domingo Arteaga que don José Manuel Balmaceda, habiendo salido del Seminario i del partido montt-varista, llegó, en poco tiempo, al credo materialista i al partido democrático. "Es preciso convenir—escribe el inolvidable biógrafo de Los Constituyentes Chilenos"—que tal espíritu tiene buenas piernas."

No sabríamos decir lo mismo de Blanco Cuartin. Este no pasó de un terreno al otro: se quedó entre ámbos. Al uno pertenecía por el oríjen i la educacion; al otro se sentia impulsado por el talento i el amor a la ciencia.

En lo tocante a ideas, su vida está llena de vacilaciones. Por eso es difícil hacer su retrato moral. El hombre que niega la influencia de Voltaire, el diarista que defiende los viejos principios, se sorprende, de pronto, esclamando: "Estaba mecido por los sueños, alegres hijos de la supersticion; estaba amedrentado por los fantasmas aterradores de la tiranía". Un dia, ampliando la filantropía de la Iglesia, escribe en un diario de propaganda socialista, — *El Porvenir del Artesano.* Vuelve arrepentido al redil en el cual naciera, i de nuevo lo seducen los esplendores de la reforma i de la ciencia: una vez lo encontramos en un diario radical, *La Voz de Chile.*

Debo advertir que, desde niño, el jenio de Blanco Cuartin se inclinó a los estudios científicos. Habia mucha lójica en el fondo de su alma de poeta: lo devoraba la sed de su siglo, la sed de la verdad. Quiso seguir la profesion médica. Alcanzó a estudiar algunos de sus ramos. Eso contribuyó a desgarrar la unidad de su conciencia. Una de sus obras más notables, como erudicion i pensamiento, es esa *Memoria sobre la Historia de la Filosofía i la Medicina*, grueso folleto que corrió por las imprentas de toda la América en medio de aplausos entusiastas. No siguió la profesion de médico a causa de una temprana afeccion en la trompa de Eustaquio; siendo sordo no podia oir los sonidos que anuncian bajo la caja del pecho las enfermedades internas. En aquel tiempo, sin rayos catódicos ni aparatos de auscultacion, el oído le era indispensable al médico. Por la sordera de Blanco Cuartin, talvez la medicina perdió un doctor eminente; pero las letras chilenas ganaron al hombre que más supo enriquecerlas i adornarlas.

Los que crean que este hombre anduvo entre creyentes i ateos, por oportunismo o lijereza de conciencia, incurrirán en un gran error. Blanco Cuartin perteneció a una época transitoria: por un lado la tradicion de mil ochocientos años amarra a los hombres a la creencia divina; por el otro la ciencia i la filosofía del siglo XVIII, arrojan dudas en el absolutismo de los antiguos dogmas. Aristócrata, he-

redero de la autoridad i de la fe, se siente atraído por invencible curiosidad, hacia las audacias del siglo XIX. ¿Qué hacer? ¿Quedarse en el círculo en que se nació? Eso le era imposible a un hombre de talento tan activo. Se encamina hácia lo nuevo, se deja hipnotizar por los cuentos admirables de la igualdad i del positivismo. Pero luego renacen en su alma, como fuerzas atávicas, las tradiciones de su casta, los orgullos, las creencias divinas. I así lo pasa, en la vacilacion, en el drama moral de los hombres de su época que tuvieron talento i fueron sinceros. Bien comprenderán a Blanco Cuartin los que hayan leído las pájinas patéticas de Teodoro Jouffroi, el "hijo del siglo" que se siente desgarrado por el atávico amor a Dios i las seducciones del demonio de la ciencia moderna.

Pero, hai que convenirlo, esa humana i leal vacilacion de sus ideas neutralizó un tanto su obra de polemista conservador i dejó sin efecto su propaganda liberal.

Ello, sin embargo, no alcanza a su reputacion de hombre de letras, la cual es una de las más bellas i limpias de la América del Sur. Fué artista admirable que, durante treinta años, mantuvo el deleite en el mundo de sus lectores. Fué poeta i humorista: a la vez que reir hizo soñar. Como escritor de la prensa diaria, tomado como liberal o conservador, no varía en el concepto fino i moderado de la existencia humana. Siempre fué inde-

pendiente; sólo se dejó guiar por el interes del pais. Ese hombre cuya vida fué aventurada i desfavorable, en muchos casos, a su propia felicidad, nunca dejó de darle sabios consejos a la opinion. Su vida íntima fué mui borrascosa; no es del caso narrarla aquí. El "sordo Blanco", como lo llamaban sus contemporáneos, nunca dejó de tener el carácter de un bohemio. Pero era uno de esos que, sin saber nada de su propia conveniencia, arreglan admirablemente los negocios de todo el mundo. Ante los intereses de la patria, i de la humanidad—para los cuales viven entre dudas i chanzas—indignos i pequeños les parecen sus intereses personales. Raros i preciosos hombres son éstos; viven como mártires, pero impulsan la civilizacion i encantan la existencia. (5) Mueren i, como recompensa , el olvido no logra mellar con su diente el puro granito de la obra que dejan, obra de gracia i de sabiduría. De éstos fué don Manuel Blanco Cuartin.

(5) Sus trozos literarios más bellos se encuentran en sus críticas de teatro. No seria aventurado decir que no ha habido en América otro escritor más erudito en literatura dramática, ni de mejor gusto, ni de mayor sagacidad para criticar. Amaba el teatro; en Europa, sin duda, hubiese sido autor dramático. Su artículo sobre la eminente trájica italiana Adelaida Bristori, que vino a Chile en 1874, es una pieza de sabor clásico, mejor apreciada en Europa que en Chile. Este artículo notable está insertado en el libro de José Domingo Cortes, «Prosistas Americanos».

ZOROBABEL RODRÍGUEZ (1)

Este hombre notable, por la enerjía de su talento i la variedad de sus aptitudes, nació en Quillota en Octubre de 1839. (2) Fué el hijo más eminente de ese fecundo valle de Aconcagua, la

(1) Publicado en *La Libertad Electoral*, en Octubre de 1901, con motivo de la muerte de don Zorobabel Rodríguez, quien desempeñaba la Superintendencia de Aduanas de la República.

(2) Hai una anécdota reveladora de la enerjía del carácter de este hombre.

Durante la lucha tenaz de las tendencias liberales i conservadoras, de 1870 a 1876, se llevaron adelante reformas en el plan de estudios universitarios, que los conservadores estimaron contrarias a las ideas e intereses de su partido. Para protestar de ellas, Zorobabel Rodríguez, Joaquin Walker Martínez i otros jóvenes que formaban el estado mayor de la resistencia ortodoja, se negaron a continuar en el curso de leyes; perdieron sus años de estudio i se quedaron sin profesion. No es dable hacerle un mayor homenaje a la fe política que se tiene.

Veinticinco años despues, como, iniciado en la administracion pública, don Zorobabel Rodríguez sintiera que le

tierra de José Antonio Soffia i de Daniel Caldera. (3). Su familia, de antigua filiacion conservadora, lo educó en colejios relijiosos, en los cuales adquirió su espíritu ese pliegue profundamente teocrático, ese ardor de convencimiento, que, unidos a un admirable talento literario, debian convertirlo en el último i glorioso paladin del partido conservador en la prensa de Chile. Porque,—si bien su intelijencia para todo servia,—es como diarista político que su nombre quedará impreso en la mejor pájina del jenio nacional.

Autor de una novela interesante,—"La Cueva del Loco Eustaquio,"—economista distinguido de la escuela de Malthus i Courselle-Seneuil; ministro, diputado, profesor, todo eso fué en su patriótica existencia. Pero todo eso muchos hombres lo han sido, todo eso representa una labor comun, por todo eso su nombre no vivirá.

En cambio hai en su vida una obra inmortal una prolongada i poderosa manifestacion de jenio. Fué, durante veinte años (1864-84) redactor de *El Independiente*, órgano del partido conservador

---

hacia falta el título de abogado, recuperó el hilo de sus estudios. Asistía al curso de leyes junto con su hijo mayor. I fué abogado, i notable, no hai necesidad de agregarlo.

Este es un ejemplo, hé? Una de esas demostraciones de enerjía moral que no son tan comunes en la raza latina.

(3) Soffia, el poeta; Caldera, el insigne dramaturgo, autor de "El Tribunal del Honor".

en el período en que se efectuaron las reformas liberales. Durante ese tiempo, Zozobabel Rodríguez se batió heroicamente en contra del avance formidable del liberalismo. La causa que defendia estaba gastada, ya no tenia recursos que oponer al despertar de la conciencia moderna.

Por esto talvez,—i como único pecado suyo,—se le encuentran anatemas, rayos de Júpiter, que afean la estructura sólida i reluciente de sus escritos. A veces, batiéndose solo, cercado por todas partes por la juventud liberal, echó mano de la diatriba. Pero es su último recurso, pues en su obra de diarista se trasparenta una naturaleza enérjica, pero afable i bondadosa.

Fué el paladin de lo que, en lenguaje de polémica, han llamado "oscurantismo." Defendió las formas i las creencias del pasado. (4)

I era un hombre de gran talento. Las sombras suelen tener adeptos. Hai flores que se abren cuando se hunde el sol. Así Luis Veuillot, uno de los más grandes escritores de Francia, vivió oponiéndose al progreso. Porque, en plena época de incredulidad, el espíritu del pasado enamora a

---

(4) No obstante, en sus ideas económicas i sociolójicas tuvo el liberalismo de aceptar a esos maestros, como Malthus, que parten del principio de la separación de la Iglesia i del Estado. Esto causó desconcierto entre los conservadores, pues Zorobabel Rodríguez era el jefe intelectual de ellos.

ciertos hombres, la fe de otro tiempo encuentra fieles. Uno de éstos fué Zorobabel Rodríguez.

Defendió las ideas caducas, con ardor, con lealtad, con supremos esfuerzos de belleza. Dedicó su talento,—cual lo hubiese hecho un poeta a cantar su amada,—a defender la fe cristiana i el gobierno conservador. I puso en jaque a los ajentes más poderosos del adelanto liberal. Lastarria (5), los Arteaga Alemparte, Eduardo de la Barra, los avanzados de la nueva doctrina, sintieron, más de una vez, la punta de la espada de ese hombre que se batia solo. Nunca se arredró defendiendo su causa, en veinte años que fueron una serie no interrumpida de derrotas i decepciones. Era Bayardo defendiendo el puente del camino por donde iba en retirada la política-relijiosa.

Sus artículos de *El Independiente* hacen el

---

(5) Fué el hábil contradictor de las ideas nuevas (lei de la evolucion, positivismo de Comte, doctrina darwiniana, determinismo, todos los descubrimientos irrefutables de la intelijencia moderna), que Lastarria introdujo en sus famosas "Lecciones de Política Positiva".

El juicio crítico que de eso escribió Rodríguez es verdaderamente admirable, no tan sólo por la belleza de la forma, sino tambien por el artificio, por la aparente firmeza con que presenta la argumentacion despedazada de la escolástica antigua. Como Brunetière i Bourget, para defender lo imposible, a la metafísica sabe darle aspecto de ciencia esperimental.

efecto de algo que ruje i quema como bronce de cañones caldeados. Admira, sorprende, encanta, ese esfuerzo inaudito por defender lo que todos condenan.

El progreso avanza. A despecho del gladiador antiguo, la claridad se abre paso, el filosofismo lo impregna todo, leyes de ciencia e igualdad social hacen derrumbarse antiguos ídolos i antiguos privilejios. Zorobabel Rodríguez ya no puede más, está vencido, se acoje a la sombra de un empleo administrativo; ahí se sepulta, satisfecho de haber caído sin renunciar a su fe, seguro de haberse retirado con los honores de la guerra.

Los últimos diez años de su vida fueron de noble silencio, equivalente a protesta sorda. Su muerte es el ocaso de un sol apagado, pero el cual, como un reflejo ardiente, ilumina en el pasado dias de jenio.

Todo el pais,—liberales al par que conservadores,—le han rendido homenaje. La Iglesia i el conservantismo han visto troncharse la última columna de su templo en ruinas.

Este hombre realizó en Chile el tipo perfecto del diarista político.

El diarismo político fué en cierta época la forma más vigorosa de nuestra intelijencia nacional.

Hace treinta años en nuestra Constitucion po-

.ítica i en nuestros hábitos sociales quedaban resabios del pasado: inclinaciones al privilejio, espíritu de secta católica, poder omnímodo para los gobernantes. Era ese andamiaje de acero que la reaccion conservadora de 1830 introdujo en el vasto edificio levantado por los liberales que hicieron la Independencia.

Con el trascurso del tiempo, los liberales, fortalecidos i perfeccionados en la lucha i la democracia, aspiraron de nuevo al Gobierno, para continuar realizando la obra de progreso.

Al renacer a la influencia política, los liberales se propusieron barrer de la Constitucion y de la vida chilena las costumbres, los defectos, lo que aun quedaba de la antigua forma de vida i de gobierno.

Con la impetuosidad ardiente de la juventud, con el ensueño de la felicidad democrática, se lanzaron como al asalto de una nueva Bastilla. Los Barros Arana, los Reyes, los Arteaga Alemparte, los de la Barra, discípulos de Bilbao, Lastarria i Manuel Matta, — restauradores i mártires del liberalismo, — formaron la vanguardia, ajitando diarios a guisa de banderas, diarios escritos con la sangre i el fuego de las aspiraciones doctrinarias.

Los antiguos penates de la sociedad chilena,—los conservadores,—se estremecieron i prepararon la resistencia. Comenzó la guerra de prensa. Fren-

te a los diarios radicales, diarios ultramontanos se pusieron. Frente a ese despliegue avasallador de periodistas liberales, se levantó una cruz i a su planta se puso Zorobabel Rodríguez, con vicera levantada i ademan resuelto.

Veinte años duró la batalla en el diarismo i la tribuna. Los liberales triunfaron, porque eran los ajentes del progreso, los representantes de una evolucion jeneralizadora. Las leyes de cementerio laico i de matrimonio civil fueron los últimos disparos que dieron completo acceso al corazon de esa Bastilla teocrática tan valientemente defendida. Cumplida la reforma política i social en veinte años de esfuerzo, apagadas las baterías ultramontanas, el pasado no tiene más vida que la que quiere darle el presente. La enseña del periodismo liberal flamea en todas las alturas. No hai enemigos: los soldados de Zorobabel Rodríguez han muerto o han pactado con los vencedores. El diarismo político cedió su lugar al periodismo progresista, la polémica mordaz lo cedió a la discusion razonada, la invectiva lo cedió a la obra de accion social. Los partidos o sistemas, las sectas de ideas esclusivas, se han uniformado en una sola i grande verdad democrática. Ahora, puede decirse, sólo hai un modo de pensar: la libertad; i solo hai un interes: el progreso.

Por esto el diarismo político ya no existe, ya no

tiene razon de ser. Fué la manifestacion de una época de lucha i de reforma.

Corren diversas esplicaciones sobre las causas del desaparecimiento de esta forma de apasionada intelectualidad. Pero la única verdadera es esta: el liberalismo barrió con el espíritu antiguo; ya no hai resistencia, luego no hai ataque. I no pudo continuar existiendo una forma periodística i literaria que solo se nutría de la lucha.

———

Pero queda el admirable recuerdo de esa forma en que, durante un largo período, se manifestó el talento nacional, esa forma de diarismo de la cual Zorobabel Rodríguez fué un rejio paladin. Con ella la intelijencia criolla produjo una alta i artística pirámide. Las más bellas figuras de ese monumento literario, sus más imperecederos bajorelieves, se deben a la pluma de Zorobabel Rodríguez. Si el pasado hubiese podido salvarse de la ola del progreso con diques de imajinacion i de arte, con palabras de fuego i convencimiento, este hombre habria salvado su causa. Fué un jeneral vencido ante el cual se descubren los vencedores.

"He ahí un diarista, un verdadero diarista",—decia Domingo Arteaga mirando a Zorobabel Rodríguez desde la galería de la Cámara de Diputados. El eximio conocedor de hombres tenia razon. Rodríguez era argumentador i polemista; vivia atento a cuanto pasaba en torno suyo. Tenia pa-

ciencia para estar acechando las impresiones i los juicios de todo el mundo; de ese voluble señor *Todo el Mundo,* — como álguien dijo,—de ese de quien el verdadero diarista debe ser un secretario.

Zorobabel Rodríguez sabia vencer su temperamento, sabia suprimirse las espontaneidades, para ser un perfecto diarista político. Porque este jénero literario ha de ser como arma de precision: no hai que distraerse en ensueños o charlas; hai que ir siempre a un fin dado; hai que decir lo preciso, descartar lo inútil; "el pensamiento tiene que ir veloz como el corcel de ukrania i la pluma cautelosa como la burra de Sancho"; (6) hai que ser flemático en la impetuosidad, hai que atacar manteniéndose en guardia. Todo esto forma una tarea endiablada que mui pocos hombres pueden sobrellevar largo tiempo. Zorobabel Rodríguez encontró en su talento todas esas cualidades raras, i, con ellas, durante más de veinte años, fué construyendo una obra que es un orgullo para la intelijencia de un pais i de una raza. (7)

---

(6) Domingo Arteaga Alemparte.

(7) Hai una edicion, en dos volúmenes, de una parte de la labor literaria i política de don Zorobabel Rodríguez. Digo «una parte», porque la dicha edicion data de 1876. Quedan fuera de ella los artículos políticos que a continuacion publicó. Esos dos volúmenes fueron editados en la imprenta de *El Independiente*, bajo la direccion de don Joaquin Walker Martínez.

Muchas veces, viéndose cercado por los diaristas liberales que se multiplicaban como lejion de demonios, el diarista ortodojo, desesperado, iracundo, levantaba el eco, injuriaba. Pero todos esos anatemas, que salian como chispas de su casco i de su escudo, en el fragor de una noble pelea, fueron perdonados. I yo, hijo de quien recibió sus flechas envenenadas, lo saludo cuando lo veo morir, con la impresion de respeto i de belleza con que se saluda al sol que se acuesta llenando el horizonte con el esplendor de su último rayo.

Los juramentos i las maldiciones de los combatientes que caen vencidos pero no domados, tienen algo de sublime. Los ingleses se descubrieron, en el último cuadro de Waterloo, al oir la palabra brutalmente heroica de Cambrone. La humanidad admira las blasfemias de los grandes vencidos.

LOS HERMANOS AMUNÁTEGUI (1)

Hace algunos años me alejé del pais por un tiempo indeterminado que pudo ser largo. Como el rei de la leyenda patriótica, que viajaba llevando en su faltriquera un terrusco de su suelo natal, quise llevarme el mayor número de libros referentes a la historia de Chile: así me figuré llevarme al pais en mi maleta.

En la recopilacion que hice, las obras de don Miguel Luis Amunátegui no pudieron faltar, ni tampoco aquellas que escribió en colaboracion con su hermano Gregorio Víctor.

Dicen que no se ama ni se comprende bien la propia patria, sino cuando otras patrias se han conocido, cuando otros pueblos se han visto. Así

---

(1) Este artículo fué hecho para el 1.° de Enero de 1906, dia en que debió inaugurarse el monumento erijido en la Alameda de Santiago a la memoria de los ilustres escritores. Pero, como dicho monumento quedó sin ser inaugurado, este artículo apareció en *El Mercurio*, en el mes de Mayo del mismo año.

es. A mí, al ménos, así me sucedió: ántes de salir de Chile sólo sabia de su historia la parte obligada i lo que se respira en el ambiente de la tradicion. Cuando estuve en el estranjero leí nuestra historia con el vivo interes con que un amante leeria una leyenda pasional. Comprendí en las críticas refinadas de Sotomayor Valdes, (2) la precocidad del talento político de nuestros hombres. Barros Arana me enseñó majistralmente el proceso del injerto de la raza española en tierra india. En Vicuña Mackenna sentí y admiré la parte épica de la vida chilena. Pero fueron los Amunátegui quienes, con más claridad i método, desenvolvieron ante mis ojos maravillados, el movimiento de todo un siglo de historia nacional.

Don Miguel Luis Amunátegui,—asesorado en algunas ocasiones por su hermano Gregorio Víctor, —lo escribió todo. Comienza con los "Precursores de la Independencia", sigue con los "Tres Primeros Años de la Revolucion" y "Camilo Henriquez"; Continúa con "La Crónica de 1810", "La Reconquista Española" y la "Dictadura de O'Higgins". pasa con "Don Joaquin de Mora", "Andres Bello" y "Salvador Sanfuentes", al estudio de nuestra formacion intelectual. Agreguemos a eso "La Alborada poética de Chile" y "Las primeras representaciones dramáticas". Antes como prólogo de

---

(2) Autor de «La Administracion Prieto».

esa labor metódica, pongamos "El Cabildo de Santiago", "Los Cuadros Antiguos" y "La Universidad de San Felipe", obras en que se refleja la monótona existencia colonial, debajo de la que, no obstante, se iba preparando, como corriente volcánica, el ardor patriótico del alma criolla.

Con ese bronce literario don Miguel Luis Amunátegui le fundió á su patria un monumento histórico. Nada más justo que la patria agradecida le devuelva otro bronce, a su memoria i a la de su hermano inseparable.

Siempre he creído que el pais debia una estatua a esos hombres, al ménos a don Miguel Luis. Así he discutido; porque ese monumento que no se ha inaugurado, tuvo indiferentes i hasta enemigos. I no me guiaba por una grande admiracion a los Amunátegui tomados como escritores. Don Miguel Luis no tenia estilo; es verdad que hai cierta delicadeza en su manera de escribir i hasta cierta gracia: ha veces entrelaza paradojas inofensivas; pero el conjunto le resulta de mucha palidez. Acaba pronto por no ser agradable la lectura de esa prosa en períodos cortos, como quien dice en apotegmas. Aparte de esto, casi toda su obra de historiador se reduce a un trabajo de biografía o compilacion. Es verdad que fué un biógrafo irreprochable i un compilador paciente i metódico cual ninguno. Pero en sus obras no hai crítica, no se respira un aire apasionado, ni se siente la filo-

sofía de la historia. No supo, como otros historiadores chilenos, evocar sobre el polvo frio de los archivos la resurreccion pintoresca i ardiente del pasado. Es correcto, pero carece de relieve. Estos defectos, mejor que en ninguna de sus obras, aparecen concentrados en la crítica de los poetas americanos, que escribió con don Gregorio Víctor. Es un libro sin vuelo i sin injenio. La crítica es pequeña, apegada a los detalles, gramaticales o retóricos. Las cosas no aparecen en la verdad de sus defectos i cualidades. Domina en esa obra la desagradable escuela crítica de Hermosilla.

No obstante, considerando a don Miguel Luis Amunátegui como estilista i pensador, hai que declarar que tuvo en su vida dos admirables cuartos de hora. Dos rayos de sol penetran su cielo literario, tan frio i tan monótono, envolviendo su figura en la aureola de los grandes escritores: "La Dictadura de O'Higgins" i "Los precursores de la Independencia".

La primera de esas obras es una de las pájinas mejor escritas de nuestra historia, con ardor, con sentimiento, con arte. En la segunda hai una vasta comprension filosófica de la revolucion americana. Son dos libros admirables, duraderos, dignos por sí solos de un monumento al hombre que los escribió. El resto de la obra de los Amunátegui, en el sentido literario, es mediocre.

Véase pues cómo al reclamar una estatua para

esos hombres, no influía en mí la admiracion literaria. Porque, para merecer perpetuidad en el recuerdo i la gratitud, no sólo deben tenerse cualidades de artista. Hai otras cosas que, tambien, inmortalizan: el trabajo, la constancia, la intelijencia, el patriotismo. Y los Amunátegui tuvieron esas virtudes en alto grado. La obra histórica que realizaron es un prodijio de laboriosidad, de intelijencia, de amor al pais. A falta de la belleza que deleita o exalta, encierra, esa obra, un tesoro de enseñanza para los historiadores futuros; i tiene el método, la serenidad, todo eso que tanto se parece a la belleza. Sin contar el amor patrio, la fe inquebrantable en los destinos de Chile, ese sentimiento con que los Amunátegui ennoblecieron su labor de historiadores i su vida de hombres. Eso basta para justificar una apoteosis.

Cuando llegó al Consulado de Chile en Francia el encargo de contratar con el mejor artista de Paris, la ejecucion de un monumento a los Amunátegui, algunos protestaron en la colonia chilena.

El Gobierno, sin embargo, no se habia hecho parte en esta manifestacion de los amigos de los Amunátegui: "Naturalmente,—decian los descontentos,—esas no son figuras populares; don Miguel Luis fué toda su vida el empleado regalon del Gobierno de Chile, i eso basta".

Esas palabras encerraban un inmenso pecado

de ingratitud. Es verdad que don Miguel Luis Amunátegui pasó su vida al amparo de los empleos i de los favores fiscales: profesor de Estado, el Gobierno hizo editar sus libros i la Universidad le otorgó sus premios; fué Ministro despues de haber sido oficial mayor. Esto hizo,—i hace todavía,—que los espíritus independientes i luchadores lo mirasen como un poltron. "Tiene la idolatría de la autoridad, la veneracion del camino trillado"—dice la agudeza intemperante de Justo Arteaga, cuando estudia su personalidad para incluirla en el libro de "Los Constituyentes Chilenos".

Pero hai que ver cómo le pagó a Chile, don Miguel Luis Amunátegui, ese favor constante. Su existencia de funcionario público fué laboriosa i fecunda. En 1847, por oposicion, a los diecinueve años, obtuvo una cátedra en el Instituto Nacional. Entónces comenzó su admirable vida de profesor, vida que nunca abandonó ni aun cuando le sonrieron los mayores halagos de la fortuna. Amaba enseñar porque era un apóstol; i lo hizo a tres jeneraciones. En 1852 inició su polémica con Angelis sobre la antigua cuestion de límites entre Chile i la Arjentina. Durante veinte años, en volúmenes i más volúmenes, con infinita erudicion, con incansable patriotismo, sostiene los derechos históricos de Chile a los valles de la cordillera de Los Andes. Despues de haber vencido a Angelis, en ese litijio memorable, vence a Dalmacio Velez

Sarsfield, a todos los hombres de ciencia i de talento que alegaron por la República Arjentina.

Como oficial mayor de diversos Ministerios, cúpole presidir el primer estudio de un ferrocarril trasandino, la prolongacion de la línea férrea del sur hasta Talcahuano, i atender nuestras relaciones esteriores en la época de la guerra con España (1866).

Como secretario jeneral de la Universidad, i como Ministro, proyectó reformas en la enseñanza, muchas de las cuales se han realizado. Al igual de Sarmiento al otro lado de Los Andes, llenó el pais de bibliotecas populares. Causa admiracion ver todo lo que hizo don Miguel Luis Amunátegui como empleado público, si se piensa que nunca dejó de atender sus tareas de escritor, i que, conjuntamente, tomaba parte en la vida pública i en el diarismo político (fundó *El Independiente* en 1864.)

Ese hombre de apariencia débil tenia en el cerebro i en el corazon una fuerza dinámica. Si no hubiese sido el gran escritor que fué, si sólo hubiese hecho de funcionario i hombre público, de sobra se habria ganado un recuerdo grato i duradero de sus compatriotas. Pero fué más, i merece más.

En las razas meridionales los temperamentos moderados i serenos no son bien comprendidos. Somos de esa raza latina que ha hecho héroes a

hombres de simple penacho. En Francia, el donaire de un caballo fogoso estuvo a punto de hacer Emperador a Boulanger. Somos parientes de los franceses...

Don Miguel Luis Amunátegui era todo modestia, desveimiento personal, meditacion i tranquilidad. Muchos lo creyeron, i siguen creyéndolo un hombre mediocre, pusilánime, incapaz de afrontar dificultades, moderado por conveniencia. El mismo Justo Arteaga, reflejando esa idea, dice de él en 1870: "Jamás se permitirá ponerse en lucha con ninguna preocupacion poderosa, con ningun error consagrado. Sigue dócilmente la corriente. Siguiéndola, se siente en su elemento".

Grave error, nacido de lo que ya dije: de que no sabemos comprender el valor escondido, de que sólo lo que relumbra nos seduce.

Don Miguel Luis Amunátegui fué un carácter. Si no lo hubiese sido ¿cómo habria conservado sus ideas liberales,—más que liberales,—en un tiempo en que todo se oponia a la incredulidad: el poder, el dinero, el amor? Todo eso lo resistió el ilustre don Miguel Luis, i, despues de haber hecho escuela de liberalismo avanzado, murió fiel a su increencia.

En "La Dictadura de O'Higgins" que escribió siendo jóven, lanzó audazmente su credo de libertad i democracia. I no lo hizo en circunstancias comunes. Ese libro, al aparecer, fué una agre-

sion; fué el proceso del autoritarismo hecho en pleno réjimen de autoridad; fué un saludo a la libertad política en medio del festin de los vencedores de 1851.

En 1858 asiste a las reuniones del alzamiento liberal y pierde, por eso, su empleo en el Gobierno, el pan de su familia.

Antes, en 1849, no acudió a un llamado del Ministro Tocornal, por ser fiel al Ministerio Vial, con cuyo liberalismo simpatizó.

En 1873 se opone con don Guillermo Matta a las reformas de espíritu conservador que don Abdon Cifuentes quiso introducir en los reglamentos de enseñanza; i, al tomar parte en el debate sobre la reforma de la Constitucion, propone un deslinde de relaciones entre la Iglesia i el Estado. Entónces se ganó la resistencia de los conservadores, pues, en apoyo de sus ideas, probó que el Papa Leon XII habia sido enemigo de la independencia de América.

Al hombre que así sostuvo, durante cuarenta años, un convencimiento doctrinario ¿se le tacha de no haber tenido carácter?

Lo que tuvo don Miguel Luis Amunátegui fué un corazon profundamente bueno, que lo inducia siempre a soluciones conciliadoras; era uno de esos hombres sin odios que, por encima de sus convicciones personales, aman a todo el mundo. Eso se traslucia en la suavidad de sus ojos, en el

jiro de su lenguaje, en sus maneras afables. Por eso tuvo tantos amigos i tan decididos. Tuvo más amigos que admiradores, lo cual vale más, lo cual él preferia. La amistad era una de sus pasiones, pasion sólo propia de un carácter elevado. Si hai hombres de espíritu capaces de sacrificar a un amigo por una frase chistosa, don Miguel Luis Amunátegui lo habria sacrificado todo por un amigo. Muchas veces lo hizo.

Algunos de sus contemporáneos desconociendo ese bello temperamento, esa rara virtud, lo llamaron oportunista. No importa! La historia,—cuyo juicio es más justo que la apasionada apreciacion de los contemporáneos,—ve en ese temperamento, en esa virtud, las bases de la mejor gloria de ese hombre.

Gracias a su carácter, don Miguel Luis Amunátegui fué en medio de las pasiones de la política chilena, un precioso elemento moderador. Justo Arteaga, en el severo estudio que hace de su vida, lo reconoce diciendo: "Amunátegui queria estrechar todos los partidos en un sólo abrazo". Tenia, digámoslo otra vez, la pasion de la concordia, i por ella mucho sufrió en el temporal de odios que la política desencadena.

En el apasionado i triste incidente de la acusacion a la Corte Suprema, en 1868, se ve entre los acusadores; su partido lo ha puesto ahí. Pero, no estando convencido de la razon de ese ataque, su

conciencia no le permite quedarse en ese puesto de saña. Rompe con los suyos, pero no vota la acusacion. "Contemporizador,—lo llaman,—eterno miedoso!".. Lo que Amunátegui hizo fué dar un ejemplo de valor, fué establecer por encima de todos, en un momento terrible de pasion, el voto de su alma llena de justicia i de humana concordia. Otra vez, en 1885, en la amenazante discusion del Réjimen Interior, su espíritu fraternal le inspiró un cuarto de hora de verdadera elocuencia,—el único que tuvo en su vida.

Si por su carácter dejó en la vida política una huella de concordia; por su carácter, tambien, pudo ser el más justo, el más imparcial de los historiadores chilenos.

Porque los hombres a todas partes llevan sus pasiones, los amores o los odios de su alma. Desde el escritor que narra los acontecimientos que se divisan al traves de la estepa de los siglos muertos, hasta el que hace predicciones para el futuro, la preocupacion personal, la simpatía o la odiosidad aparecen. Hasta en el tema que se elije, el temperamento se nota. El poeta triste i refinado de "Voluptuosidad" hizo la historia de Port-Royal: escribió seducido por la índole de aquel tiempo. Stendhal, que fué un soldado raso, se hizo el historiador de tiempos de enerjía i de violencia. Michelet, visionario enfermizo, narró una época de exaltacion. Así, los historiadores no sólo amol-

dan lo que escriben a su temperamento, sino que hasta en la época que elijen su inclinacion personal aparece.

Al hacer la psicolojía de los historiadores chilenos lo mismo se nota: cada uno ve las cosas al traves del lente de sus ideas i pasiones.

Esa no es la suprema lei de la Historia. El historiador debe profesar ideas colocadas por encima de los prejuicios i de las leyes ordinarias; debe desprenderse de toda simpatía i todo odio, ante lo que fué el objeto de las pasiones humanas. Se le exije que haga, con independencia, el cuadro exacto del pasado. No lo hace. Su temperamento lo arrastra i le da a lo que pinta el color de su pasion. Lo hará si tiene un carácter frio o capaz de moderar sus exaltaciones, si tiene un espíritu de justicia superior a todo, si el amor jeneral de la humanidad es más fuerte en él que la herencia del odio.

Ese fué don Miguel Luis Amunátegui. Por eso su obra histórica,—salvo el caso de "La Dictadura de O'Higgins",—tiene, a falta de belleza, el raro valor de la imparcialidad i la justicia. El no ser apasionado fué su gran mérito. I es así como, en él, fueron grandes virtudes aquellas propiedades de su carácter que algunos tomaron por defectos.

Fué un hombre escepcional, un luchador siempre firme, cuya vida es una leccion para los que

se sienten enervados. Nació en la pobreza i no tuvo a favor suyo las influencias sociales. Era débil, enfermizo. Así afrontó la doble tarea de vivir i de crearse un nombre entre los elejidos del talento. Trabajó sin descanso; tuvo largos dias de oscuridad, pero nunca desmayó. A falta de otras creencias, don Miguel Luis Amunátegui tenia una fe ciega—esa fe de los temperamentos superiores —en el triunfo del trabajo i del talento. Para llegar a la altura de sus ambiciones nunca pensó en el dinero: colocado mui por encima del comun de los hombres, no podia amar el dinero ni creer en su decantada omnipotencia. El es uno de los más bellos i consoladores ejemplos que se ofrecen de cómo triunfan el talento, la moralidad, el trabajo, el patriotismo. I, en estos tiempos en que nuestra vida intelectual i moral parece trasformarse desfavorablemente, cuando una fiebre de lucro todo lo aplana i los deleites materiales parecen ser nuestra única meta, ver que, con amor i entusiasmo, se le erije una estatua a ese hombre que despreció la fortuna material para hacer de su vida un culto a la intelijencia i a la patria, ver eso, digo, causa una impresion reconfortante i hace renacer la esperanza.

Junto a don Miguel Luis está don Gregorio Víctor. En una gracia sobria, en un conjunto sereno i lleno de pensamiento, el jenio del escultor Puech

los evoca, al uno con su fina silueta, al otro con su noble figura.

Habria sido del todo imposible colocar en el cielo de la inmortalidad a uno solo de los dos Amunátegui. Aunque no fueron completamente iguales por el talento i la labor, se unificaron como dos jemelos en la vida moral. Don Miguel Luis sin don Gregorio Víctor, habria sido algo como una entidad mutilada.

Don Miguel Luis fué lo que los ingleses llaman un "hombre de universidad": literato, profesor, gobernante. En eso pasó su vida. Don Gregorio Víctor fué un hombre de tribunal: abogado, juez, Ministro de la Corte de Apelaciones i del Tribunal de Cuentas.

Como se ve, dos caminos bien distintos siguieron esos hermanos en la parte tanjible de la existencia humana. Pero en la vida moral se unificaron hasta el punto de realizar una sola alma con dos cuerpos. La vida moral se compone de dos partes: el hogar, donde se tienen los afectos, i el espíritu con que se realizan las aspiraciones superiores. Los hermanos Amunátegui tuvieron un sólo hógar; entreambos formaron—aunque con nombres distintos—una sola familia que ha sabido continuar esa bella tradicion de intelijencia i de trabajo. Hoi, los hijos del uno i del otro reciben, indistintamente, la gloria de los dos.

I en el espíritu, en la realizacion de las aspira-

ciones superiores, ámbos fueron una sola cosa. Muchas de las obras de don Miguel Luis llevan la colaboración de don Gregorio Víctor: "La Reconquista Española", "La Isla de Juan Fernández", "Poesías i poetas sud-americanos", "Los tres primeros años de la Revolucion", "La Instruccion Primaria en Chile" i otras.

Por su sola cuenta don Gregorio Víctor sólo escribió cosas lijeras: "Pedro de Oña", "Arauco Domado", i algunas biografías.

No es fácil, en las obras que estos hermanos escribieron en colaboracion, discernir la parte correspondiente a cada uno de ellos: el estilo se unifica, así como la erudicion aportada. Es preciro leer lo que don Gregorio Víctor redactó solo, para darse cuenta de que, aunque mui sabio i noble de ideas, no estaba, como escritor, a la altura de su hermano.

Pero, en la admiracion i el agradecimiento de los chilenos, se colocó a su misma altura, porque tuvo el mismo anhelo. El, como su hermano, amó más que nada su mision de escritor i tuvo en ella fe i orgullo. Comprendió que, en estos jóvenes paises, no hai más noble oficio que el de traducir i propagar ideas. I fué escritor; fué, con su hermano, el puente de oro que nos conduce, por sobre los mares i los siglos, i descorre ante nosotros el velo que nos separa del pasado.

Debiendo por deberes perentorios, cumplir el

mas árido de los oficios, el oficio de majistrado, don Gregorio Víctor Amunátegui se escapaba cada vez que podia hacia la mesa de trabajo de su hermano. Ahí, tomando la pluma, en deliciosas abstracciones de intelijencia, probó ser "un escritor" con todo lo que esa palabra comporta de superioridad en la intelijencia i en el carácter. Tenia las propiedades esenciales del hombre de letras, aquellas que dice M. Tiek, al hablar de Molière, "son lo que produce el talento": era dulce, sonriente, moderado i sensato.

El recuerdo de esos dos hombres, a cuya estatua no se ha quitado el velo, es de los más interesantes que hai en Chile, i de los más nobles. Ahí están, los dos hermanos, en la actitud familiar en que se les veía trabajando, haciendo juntos el monumento intelectual que nos dejaron como tesoro de sabiduría. Que estén siempre así... Un placer parece envolverlos, una atmósfera de gloria; el escultor supo dárselas: es la misma que tenian cuando, sustrayéndose a la penosa lucha en que vivieron, se daban al deleite de las letras, a ese "placer inefable", que decia don Andres Bello... Ahí están los fecundos i sabios escritores, con las frentes llenas de ideas, redactando un libro, haciendo cuadros del pasado, poniendo las imájenes que llevan en el espejo del alma, haciendo una obra admirable de paciencia i de método, dándole los encantos del talento con que nacie-

ron... Ya está terminado el libro: es una historia, es un cuento, es una pájina que vivirá siempre; una creacion, una fuente de enseñanza i de agrado. En ella han puesto su saber i su nobleza moral. Las manos de una multitud sedienta de cultura se levantan para alcanzar la obra recien terminada. Otras manos levantan ramas de laurel. Una indecible alegría se ve en el rostro de esos dos escritores i patriotas que vivieron para la intelijencia i para Chile. Son los hermanos Amunátegui; es el monumento que a su memoria levantan sus compatriotas agradecidos. Repitamos la frase que llenaba los ámbitos de Roma en dias como éste de justa glorificacion: "Plaudite cives!" (1)

---

(1) El monumento de los Amunátegui está en la Alameda de Santiago, en el punto preciso para hombres como ellos, frente a la Universidad. La obra escultórica es debida al famoso Denis Puech; es un grupo en bronce, sobre un pedestal alto i sencillo. Están los hermanos en actitud de trabajar: don Gregorio Víctor, el mayor, sentado en una poltrona; junto a él, de pie, i como dictándole, está don Miguel Luis. En Enero de 1906, cuando la estatua quedó pronta, se pensó no inaugurarla hasta la vuelta de vacaciones, para que los estudiantes tuviesen parte en la solemnidad. Pero en Marzo se encontraron las elecciones políticas que distrayendo al pais le habrían quitado el brillo a la inauguracion. I así, el monumento a los Amunátegui se inauguró solo.

CARLOS TORIBIO ROBINET[1]

Esta es una figura interesante, curiosa, i trájica a la vez; la figura de un hombre que, sin haber sido chileno, entró profundamente a la vida social i política de este pais; sin haber sido literato ni poeta dejó un recuerdo literario, i sin haber sido pedagogo consagrado fué, durante veinte años, un apóstol de la instruccion pública.

Esta es su característica: cierto diletantismo en toda materia, cierta accion accidental i jenerosa, pero intensa por las condiciones de su alma y su talento.

Fué, ostensiblemente, corredor de comercio, jerente de una compañía de seguros, miembro de un partido político i del Congreso por varias lejislaturas. Hizo fortuna i tuvo alta situacion social. No fué Ministro de Estado por no permitírselo el hecho de haber nacido fuera del pais.

Cárlos Robinet era uno de los hombres caracte-

(1) Este artículo fué enviado desde Europa a *El Heraldo* de Valparaiso.—Mayo de 1904.

rísticos de Santiago. Todos lo conocían en la calle de Huérfanos (2) i todos lo amaban. Familiarmente,—haciendo alucion a su nacimiento en Maçao,—se le llamaba el "chino" Robinet.

Era un trabajador intelijente i afortunado, hombre que sabia repartirse, mundano incansable, fino, correcto, espiritual. Siempre sonreía en su hermoso rostro de tez morena, bajo sus cabellos negros i lisos.

"Todos lo amaban'',—he dicho,—porque su temperamento era escepcional e inagotable su jenerosidad. De apariencia vividora i refinada, pocos hombres tuvieron mas espíritu público que él, i pocos miraron la vida bajo un ángulo de mayor reflexion i sentimiento del deber. Fué el alma de las instituciones filantrópicas; dedicó su existencia al Cuerpo de Bomberos, (3) a la Sociedad de Instruccion Primaria de Santiago, de la que fué secretario i presidente; a la Escuela Profesional de Niñas, de la que fué administrador incomparable. En los altos i recalcitrantes círculos de la sociedad, se hizo propagandista prestijioso de las doctrinas del partido radical, al cual pertenecía por ser el par-

(2) Centro de los negocios en Santiago, parte comercial de la ciudad, antiguo «barrio judío», lo que es Brocklyn en Nueva York i Picadilly en Lóndres.

(3) Tiene en Chile una organización voluntaria que le da carácter de alto civismo i lo hace ser una institucion democrática mui interesante.

tido del pueblo. Su actitud contribuyó a quitarle a ese partido la reputacion jacobina que aminoraba su benéfica influencia. Dejó en hora temprana, su lápiz de colorista i de poeta,—lo cual para él constituía una delicia,—a fin de tomar la pluma incesante del pedagogo i del hombre público. Luego dejó, tambien, de asistir a las invitaciones placenteras de la jente rica, para convertirse en el amigo, en el confidente, en el sosten de las familias pobres. Para satisfacer sus instintos filantrópicos, entró a saco en su fortuna personal, amasada con el sudor de toda su juventud. Así pasó veinte años, hasta que, en la hora suprema, escribió estas palabras cuya imponente veracidad hizo derramar lágrimas a todo un pueblo: "Toda mi vida la dediqué a servir a mi patria i a mis semejantes, con absoluto olvido de mí mismo." (Carta a don Ismael Valdes Vergara).

Se colocó en un punto especial, en un término medio de abnegacion i de influencia que le permitia impulsar i protejer tanto a los de arriba como a los de abajo. A Robinet lo buscaban los magnates i los pobres diablos. Prestar un servicio era su mayor felicidad: tenia la rara intemperancia de ser útil.

Don Ambrosio Montt, hombre que tuvo una sabia i escéptica filosofía, solia decirle, llamándolo por el sobrenombre que le daba: "¡No te afanes "cadete", eso no sirve de nada....!" Robinet no

lo escuchaba. Creía en la afeccion, en la gratitud, en todo lo que formaba la esencia de su alma. Más tarde se desengañó.

Esa era su naturaleza moral, ese fué el recuerdo que dejó en el pais. Dejó tambien, en los archivos de la Cámara de Diputados i en la Junta Central del Partido Radical, una labor considerable. Fué un diputado raro por su espíritu de trabajo, un miembro de comisiones parlamentarias irreemplazable por su intelijencia, su preparacion en toda suerte de negocios, su enerjía para defender los intereses fiscales. El trabajo era su delicia, la idea de ser útil no dejaba nunca de conducirlo. En la instruccion pública de Chile su huella es larga i fecunda. Con los trabajos que sobre pedagojía publicó formaríase un copioso volúmen. Desde 1880, hasta su muerte en 1903, los diarios i las revistas de Santiago contienen artículos suyos sobre temas de enseñanza. Todos ellos son interesantes, nuevos, conducentes al progreso de la educacion. Algunos fueron editados en folleto aparte, como su estudio sobre la vida i obra del pedagogo aleman Lorenz Kellner i otro sobre la *Enseñanza del Trabajo Manual* basado en las deducciones de Jorje Ricks.

Aparte de esto, en los veintitres años que indicamos, como secretario de la Sociedad de Instruccion Primaria, puede decirse que Robinet hizo i

condujo las cuatro grandes escuelas que la dicha sociedad mantiene en los opuestos barrios de la capital de Chile. Pero no entra en el marco de este estudio la personalidad de Robinet como hombre político i educacionista. (4) Esa doble faz de su vida que fué, sin duda, de mayor utilidad para el pais i presta más duradera nobleza a su memoria, tiene que ser estudiada aparte. Aquí debo concretarme a hablar de lo que fué Robinet como diarista i poeta, como hombre de mundo i amigo de literatos, la faz más liviana de su existencia, pero la más agradable, i aquella en que se espresó toda la gracia de su talento.

Cárlos Toribio Robinet fué uno de esos brillantes productos del cosmopolitismo americano, lo cual se tradujo en la riqueza de su temperamento i en la orijinalidad de su estilo. Su padre pertenecia a una familia americana del norte, de oríjen frances (Luisiana); fué su madre la noble dama chilena doña Beatriz Lambarre i Ovalle, sobrina de don José Tomas Ovalle, Presidente de la República. Por el lado materno tenia Robinet una ilustre carta de ciudadanía chilena, i de ahí, sin duda,—por la lei de la herencia,—su patriotismo

(4) En la reforma de la enseñanza primaria que, por maestros alemanes, se inició bajo la administracion Balmaceda, i que ha elevado al primer rango en América del Sur, el prestijio de la instruccion pública de Chile, cábele a Cárlos Robinet un rol principal.

acendrado i su pasion por la vida política, noble pasion por la cual llegó hasta una trájica muerte.

Como era su padre comerciante i armador de buques, tocóle a Robinet la peregrina suerte de nacer al otro lado del mundo, en Asia, junto a la China, en la posesion portuguesa de Maçao. Ahí nació en 1851, por lo cual nunca pudo ser Ministro en Chile i toda la vida se le llamó el "chino" Robinet.

Ese nacimiento exótico dejó en él algunas particularidades. Desde luego su tipo, su condicion física rara i hermosa: era pequeño como un nipon i tenia los bigotes largos como los de un mandarin, miéntras, por otro lado, sobre ese fondo asiático, veíase el color aceitunado i mate de su rostro latino, la finura de las facciones,la cabellera abundante i el brillo de sus grandes ojos soñadores. Era una planta de semilla noble brotada entre crisantemos, bajo el cielo cálido i sonriente del Celeste Imperio.

Algo de esa estraña mezcla influyó toda su vida en su imajinacion i en su figura, poniéndole el sello de una esquisita orijinalidad. En 1884 fué a un baile de fantasía, dado en Santiago por don Víctor Echáurren Valero, vestido de chino, lo cual le quedaba a las mil maravillas. Durante la fiesta, con su voz plateada i su talento de artista, recitó sonetos de José María de Heredia, el poeta romanista por excelencia. Así era Robinet: planta de laurel latino crecida en macetero de porcelana china.

Llegó a Santiago cuando tenia seis años. Hizo sus primeras letras en uno de los colejios de la aristocracia, de donde pasó al Instituto Nacional, en una parvada de estudiantes que llegaron a ser hombres distinguidos: Francisco Valdes Vergara, Augusto Orrego Luco, Juan A. Barriga, Vicente Santa Cruz, etc., etc.

Cuentan sus compañeros de internado en el Instituto, que a los quince años Robinet se "carteaba" ya con el mundo intelectual de América i de Europa. A media noche solian sorprenderlo escribiendo cartas. Es la verdad. Ese hombre fué, en letras i en todo, un precoz estraordinario, gracias a lo que en una corta vida pudo hacer tanto. Lector incansable, dotado de un gran poder de asimilacion, los literatos estranjeros que recibian cartas de ese niño las creían de un hombre maduro. Su petulancia era encantadora. Se dirijia, contándoles la vida intelectual de Chile i haciéndoles consultas de psicolojía, retórica o arte poético, a Ricardo Palma en el Perú, a Mitre i a Miguel Cané en Buenos Aires, a Samper en Colombia, a Valera i Manuel del Palacio en Madrid, a Ferrero i de Gubernatis en Roma, a Julio Claretie en Paris, a mucho de lo que la intelijencia latina tuvo de más granado en aquel tiempo. I cada uno de esos hombres ilustres se complacia en contestarle a Robinet. Tengo en mi poder muchas de esas cartas autógrafas. Por ellas veo que debieron

ser mui interesantes las que Robinet les mandaba, mui llenas de ardor i de simpatía. Toda su vida conservó Robinet esta costumbre de escribir cartas, antigua i noble costumbre que está desapareciendo bajo la invasion prosaica de la tarjeta postal (5).

Nadie discute el brillante talento epistolar de Cárlos Robinet. Reunir en un volúmen una coleccion de cartas suyas seria hacer una obra modelo en la materia. Allá arriba debe haberle sonreído Madame de Sévigne. Eran sus epístolas de un

---

(5) «En 1892,—dice Ricardo Palma en carta escrita a don Bernardo Gotschild, despues de la muerte de Robinet, —conversaba yo una tarde en Madrid con el poeta español Manuel del Palacio, cuando el cartero me trajo cartas de América, que yo dejé sin abrir sobre la mesa. La mirada de Palacio se fijó casualmente en uno de los sobres, i me dijo:—Lea Ud. sin ceremonia, pues me interesa la salud del que la ha escrito. Conozco la letra... es de Cárlos Toribio Robinet. No lo conocí cuando estuve en América; pero es amigo a quien mucho estimo por la nobleza de su alma y su gallardía como escritor. A continuacion el poeta me recitó un magnífico soneto de Robinet recibido en una carta.»

....

Con esta frase termina esa carta del gran escritor peruano: «Cárlos Robinet fué un intelectual mui distinguido; pero mas que eso fué un corazon que nunca destiló hiel i un espíritu en que desbordaban la jenerosidad i la hidalguía.»

estilo insinuante i cautivador, de una ironía fina, a la vez que animadas por el comentario vivo i la informacion abundante. Algunas cartas suyas dirijidas a señoras de Santiago, recuerdan madrigales del siglo XVIII.

Con esto, con esta manía de cartearse con medio mundo, Robinet contribuyó, más que nadie, a propagar el buen nombre de Chile como nacion seria i culta. Aun en esto lo animaba su espíritu servicial. Cuando murió, todos esos hombres que dije más arriba, sus corresponsales, sus amigos que nunca habia visto, escribieron a Santiago condolencias en que revelaron haberle tomado gran cariño a ese hombre que sólo conocian por medio del correo. Se les habia comunicado el noble i agradable espíritu de Cárlos Robinet.

Por la condicion errante de su familia, al salir del Instituto Nacional, Robinet se trasladó a Lima. En esa ciudad de amores i de jenio castizo, en ese nido de tradiciones i de intelectuales, su talento literario se afirmó hasta el punto de hacer sus primeras apariciones en la prensa. Esto fué en 1870.

Poco despues su padre se enfermó i ya habia perdido su fortuna. El hijo fué llamado para concurrir al sustento de la familia. Pero no tenia profesion alguna, ni era abogado, ni injeniero, ni nada... Qué hacer? Entónces echó mano a su temprana i vasta erudicion literaria, a su fácil i

brillante facultad de escribir. Por las relaciones que, desde el Instituto de Santiago se habia creado en el Perú intelectual, no le fué difícil encontrar cabida en las imprentas del Rimac. Ahí, con la pluma, durante algunos años, se ganó su vida i la de los suyos. Conservó siempre de su estadía en el Perú el más grato recuerdo. Para un temperamento como el de Robinet, no otra cosa podia ser esa ciudad antigua, noble por sus leyendas de virreyes, apasionada por sus damas de grandes ojos andaluces. Más de una vez lo hizo sentir, en alguna crónica, con bien cortadas frases, ese grato sabor, esa miel que "Lima la bella" le dejó en los labios. Pero no fué posible quedarse ahí; el campo era estrecho; grandes aspiraciones de fortuna lo enardecieron; queria pagar las deudas quedadas insolventes en los negocios de su padre, que ya no podia trabajar; queria vivir grandemente con los suyos. Este anhelo lo trajo a Chile en busca de una situacion comercial.

Algunos años despues (1874) lo encontramos en Santiago, empleado mui secundario del Banco de la Alianza. No tardó en imponerse a sus jefes por su intelijencia clara i su estraordinaria actividad. Al poco fué nombrado contador de ese Banco, puesto que sólo dejó para iniciarse por su cuenta en la vida de los negocios.

Llegó a ser uno de los corredores de comercio más prestijiosos del pais. Asociado con el señor

Díaz Besoain constituyó una fuerte razon social. Tuvo fortuna. Una parte del programa de su vida quedó realizada.

A todo esto no habia dejado de cultivar las letras. Para todo daba su portentosa actividad. Se conserva en un folleto un encantador poemita suyo de 1876. Llámase ese poema,—como convenia a un hombre de su condicion, — "Una letra del Banco del cielo", i está dedicado a la señorita Ana Astaburuaga, una de las bellezas de la sociedad de Santiago en aquel entónces (6). Es una pieza poética llena de frescura i de gracia, con ese chiste que, segun René Moreno, forma la base del talento criollo:

Enviarme el ÁLBUM *te plugo,*
I es de tu capricho el colmo:
Tú pides peras al olmo,
Anita: a las piedras jugo;
¡Qué graciosa
Figura, en verso o en prosa,
Tendré que hacer yo, cuitado,
Lado a lado
De la inspiracion i el arte!
Qué lucido
Quedaré a renglon seguido
De los Arteaga Alemparte! (7)

Luego dice, con gracia inimitable i sincera, lamentando su dura suerte, contraria a su bella vocacion:

(6) Hoi dia señora Astaburuaga de Toro Herrera.

(7) Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Haciendo lo negro blanco,
Quiere que remede a Apolo.
Yo, que en el dia, soi solo,
Un apéndice de un Banco:
Pura prosa,
Seca, fria, fastidiosa......
....

I así termina, con esquisita orijinalidad, endosándole a su linda amiga su billete de cajero-poeta:

Es un billete de Banco,
Cuyo orijen se revela
Sólo con ver en la tela
Lo que hai de puro i de blanco:
Es perfecto
Certificado de afecto
De virtudes i de ensueños......
Halagüeños......
I es, para que algun consuelo
Les asista,
«LETRA DEL BANCO DEL CIELO,
I A LA VISTA!»

Nunca se las dió Cárlos Robinet de ser un verdadero poeta. Sin embargo, lo fué, i en el alma. A todo lo que hizo le puso el sello de un hondo sentimiento: en su prosa hai poesía, en su amor a los niños i a la enseñanza; la hubo en sus pasiones, i su muerte fué un poema trájico. Como poeta tuvo el estilo, que es condicion esencial; un estilo que se define fácilmente, hecho de gracia i de sentimiento, a la vez que de frescura pagana, de algo griego que le enseñó Paul de Saint Victor, su maestro preferido. Veamos esa composicion que pa-

rece un esmalte con cuadro mitolójico. Figura en otro poema, dedicado a la señorita Peña i Toro (8) en el dia de su enlace i se conserva en un folleto de 1883:

Al arte le usurpas el cetro que intenta
Crear sus deidades en tela inmortal.
¿Quién pinta a Diana que surje i que ostenta
Su manto de estrellas en mar de cristal?

Termina ese magnífico epitalamio con versos emocionados, que reflejan impresiones, i muestran un cuadro nupcial de una composicion elegante i rara:

Los circunstantes todos se levantan;
El sacerdote llega; entrambas manos
Junta de entrambos; alza ya la suya,
Baja de lo alto bendicion al rito,
I todo anuncia que ya sois esposos......
De los maternos ojos se desprenden
No amargas, pero sí lágrimas dulces,
Que en vano el corazon celar quisiera;
I en medio de la luz i de las flores
I del zahumerio que embalsama el aire,
Se presiente que el dios que los antiguos
Llamaron de "HIMENEO", *ordena al tiempo*
Que, allá en el mar del porvenir, entone
Cánticos de Sirena:—La Esperanza!

Cuánta ternura, cuánta simpatía humana, encierran esos versos bajo el tono algo amanerado de un poeta de salon! Por eso escribió versos Robinet, porque los sentia i era entónces moda, — hoi

(8) La señora Casilda Peña de Phillips.

pasada,—de hacer literatura en los salones. Pero nunca tuvo ínfulas de poeta, ni de nada; ya lo dijimos: su existencia fué un diletantismo, un brillante mariposeo, hasta que se fijó, con intensa laboriosidad, en la vida política y en la instruccion pública de Chile.

Realizaba pues, sin darle a eso importancia, el feliz anacronismo de ser, a la vez, comerciante y poeta.

No sólo eso realizaba en aquel tiempo: era el hombre por excelencia de los círculos literarios. Amigo del famoso librero español Augusto Ferrand,—que vino a instalarse en Santiago con su enorme bagaje de cultura intelectual, — Robinet, siendo tan pequeño, tan jóven, tan jugueton, como poeta y literato, fué, en cierto modo, el eje de ese círculo memorable de la Librería de Ferrand, en el cual, al centro de los jóvenes, veíanse a Lastarria, a Eduardo de la Barra, a los Arteaga Alemparte, a Eusebio Lillo, José Antonio Soffia, Hermójenes de Irizarri, Arnaldo Márquez, Jorje Isaacs, — el autor de "María",—Santiago Estrada, todo el armorial, en una palabra, de la intelijencia sud-americana, que por aquellos años se dió cita en Santiago. I digo que el "chino" Robinet fué como un patron de esos brillantes injenios, porque, dada su activa jenerosidad, i dado el ascendiente social que habia sabido ganarse, fué el representante de todos ellos ante los poderosos, ante el Gobierno

i la fortuna, ante los que representan la fuerza material, sin cuyo concurso las fuerzas intelectuales i morales se quedan en la estacion de partida.

Aunque poeta, Cárlos Robinet era comerciante i sabia lo que vale el dinero para todo. En ese sentido, para poner en valor el talento literario de sus amigos, supo aprovechar sus amistades políticas i la confianza ilimitada que le dispensaron los millonarios progresistas, los Mecenas a quienes tanto debe este pais, don Agustin Edwards i don Federico Varela.

Así, todo lo obtenia, Robinet, para el talento de sus amigos, para la prosperidad intelectual de Chile: organizacion de certámenes, pensiones, viajes, edicion de obras, etc., etc. Fué, en este sentido, durante más de veinte años, un instrumento precioso, un diplomático del jenio literario ante el Gobierno i la fortuna. En eso hai gloria para su nombre.

Desde 1876, pocos hombres tuvieron más figuracion que Robinet en la sociedad de Santiago. Estaba en todas partes, tanto en el cementerio, donde se da a los amigos una despedida desinteresada; como en los salones influyentes, donde, a más de la satisfaccion personal, buscaba siempre alguna influencia por medio de la cual prestarle algun servicio a algun hombre de talento.

Conocia no solo los resortes del arte de escribir,

sino tambien los secretos de la sociedad, la parte interesante de los hombres i de las cosas. Con lo cual se dió a escribir, como diarista voluntario, una serie de artículos sobre actualidades chilenas, que, al ser reunidos, formaran dos o tres volúmenes de un estilo precioso, de una erudicion variada i de inapreciable valor como memorias de aquel tiempo.

Alguien,—o alguna sociedad bibliográfica que tendrá que fundarse, — reuniendo en libros las crónicas i los artículos de Cárlos Robinet, mostrará, algun dia, todo el valor de ese hombre como escritor de buen gusto, el noble espíritu que lo animó, la gracia de su imajinacion, su abundante cultura clásica.

Cada acontecimiento literario o artístico que se producia,—un libro nuevo, un discurso académico, un estreno en el teatro, un salon de pintura, —cada hombre que por algun motivo se ponia en relieve, Robinet lo estudiaba con su fino espíritu crítico, lo daba a conocer con la gracia de su estilo i su honda sabiduría en cosas de Chile. Sus estudios sobre don Hermójenes de Irizarri, el admirable poeta de los sáficos adónicos, i sobre José Antonio Soffia, son dos capítulos de historia de literatura nacional.

Tenía Robinet gran talento de artista i era, en Santiago, un reputado juez en pintura o catador de cuadros. Andaba mucho entre pintores, i lo

que éstos le deben, en proteccion i buen consejo, tiene larga cuenta. Así pareció adquirir, con la pluma, facultades de retratista. Era mucha la facilidad con que, en pocas líneas, esbozaba un delicioso perfil de mujer vista en un salon o en un paseo; o bien hacia el retrato de cuerpo entero de algun hombre importante.

Todo esto formará, en la obra de Robinet, un conjunto hermoso i ameno, algo como un mosaico orijinal de lo que fué la vida chilena en el período escepcional de 1876 a 1890.

El grueso de esta labor de hombre de letras lo hizo Robinet en el memorable diario *La Libertad Electoral*, en una seccion de actualidades que, por muchos años, ahí mantuvo abierta con el nombre de "Cajon de Sastre". De todo iba echando en su "Cajon de Sastre",—vida social, política, crítica literaria, arte,—con una vivacidad ordenada dentro de un buen gusto irreprochable, con un caudal profundo de erudicion, i con ese algo delicado i romántico con que siempre supo encubrir la tendencia naturalista en que se había embarcado, a fuer de discípulo de los novelistas franceses del siglo XIX. Esto tuvo Robinet, como escritor, i esto lo distinguió. Es algo parecido a lo que dió fama a Eça de Queiros, el novelista portugues: "el velo de lo ideal encubriendo lijeramente la verdad cruda de las cosas". Talvez a él se lo aprendió Robinet, pues el primer idioma que supo,—ha-

biendo nacido en Maçao,—fué el portugues, bella lengua que es buen recurso para quien de letras quiere ocuparse. Despues aprendió latin, francés e inglés, i por último, aleman, cuando sólo pensó en pedagojía.

El resto de la obra literaria de Cárlos Robinet, se encuentra disperso en un sinnúmero de diarios, revistas, folletos i prólogos de libros.

Siempre escribió al azar de los acontecimientos i por ser útil. Nunca pensó aprovechar lo que escribia para crearse una reputacion vanidosa. Costará mucho trabajo reunir todas esas notas i artículos que Robinet, durante veinte años, dispersó al azar de la vida; pero ese trabajo quedará recompensado por la belleza i la utilidad de la obra que resulte. Tambien, en eso, habrá justicia, pues será la presentacion hecha a la posteridad chilena de la obra de un hombre jeneroso, ilustrado i altamente distinguido por la noble i brillante condicion de su espíritu.

Así estaba Cárlos Robinet, a los cincuenta años de edad, en pleno vigor i brillo de sus facultades, gozando de gran popularidad i prestijio, rodeado de la gratitud de los niños de las escuelas, que veían en él al hombre cuyo esfuerzo les preparaba mejores dias. I así, un dia del verano de 1903, cuando todo sonreía en torno suyo, en el cuar-

tel de la 6.ª Compañía de Bomberos, de la cual era Director, despues de haber escrito a sus amigos dos o tres cartas de lacónico adios, se disparó un balazo en el cerebro, con mano segura que le produjo una muerte instantánea. (9)

Tal acontecimiento produjo en la sociedad chilena una sacudida de sorpresa i dolor. Los funerales de Cárlos Robinet contarán en la historia de los sentimientos chilenos, como una de las más hermosas manifestaciones que se han hecho de amor i gratitud: todo el mundo fué a pie siguiendo su féretro, i en torno de su modesta sepultura coros de niños entonaron dulces plegarias.

El dolor se calmó,—lo cual, por suerte, es condicion humana,—cediendo su lugar al bello recuerdo dejado por Robinet. Pero la sorpresa causada por el suicidio de ese hombre no pasó: tal suicidio parecía no tener esplicacion. Ostensiblemente, Robinet,—que en los últimos años había descuidado su fortuna personal i hecho grandes gastos en política,—aparecía como sorprendido por un descubierto de veinte mil pesos. Esta habría sido la causa de su trájica resolucion. Pero eso no se conciliaba con el hecho de ser Robinet un hombre de gran crédito; uno que podía disponer, dada la confianza que le dispensaban ciertos hombres, de cuanto dinero hubiese menester. Se

(9) El 6 de Noviembre de 1903.

llegó al convencimiento de que no por eso se había suicidado.

Los que vivian cerca de él pudieron comprobar que su muerte se debió al lento influjo de una enfermedad moral. La realidad de la existencia había ido envenenando, poco a poco, su alma jenerosa i sensible. Robinet se mató porque había llegado al colmo del desengaño i del aburrimiento. Este fatal proceso psicolójico veníase notando en él desde cinco años atras, por una dolorosa trasformacion de su carácter i de su intelijencia.

¿Qué habia sacado Robinet de su larga existencia de abnegacion i de trabajo? Una abundante cosecha de ingratitud... Las personas a las cuales prestaba los mayores servicios, mirábanlo en seguida con indiferencia. Eso fué acumulando peligrosas amarguras en su carácter susceptible, amigo de recibir la misma moneda de delicadeza i de afecto que él tenía para todos. Su personalidad de hombre público había tomado proporciones. Valiéndose del pretesto de la eterna mocedad de su fisonomía, la comun envidia dió en mirarlo siempre como a un muchacho. Aunque llevaba sobre sus hombros la labor de un hombre ilustre, muchos, irrespetuosamente, lo llamaban el "chico" Robinet. Vivió estrellándose contra el humano complot de la ingratitud, el egoísmo i la envidia.

Los desengaños lo hicieron dudar de aquello en que creía guiándose por sí mismo. Entónces su

imajinacion solía llenarse de fantasmas. Su alma se fué destrozando lentamente con las grietas sutiles i profundas de la decepcion. Robinet carecía por completo de ese cinismo optimista i complaciente que llamamos filosofía. Los que no tienen esta facultad mundana, están espuestos a naufragar; la vida suele convertirse para ellos en un mar de insólitos pesares.

Sin embargo, Robinet tenía dónde ir a disipar dulcemente sus decepciones i sus amarguras; tenía hogares santiaguinos en los cuales era recibido como un padre, como un hermano, como un hijo. I tenía sus escuelas, esos templos en los que él era un sacerdote, i donde llegaba todas las mañanas con la cabeza descubierta, sonriendo de emocion i de alegría, envuelto en el fresco bullicio de los niños pobres, que veían en él al padre, al redentor, al maestro. En esos hogares i en esas escuelas Robinet era completamente feliz. Ahí olvidaba sus tristezas de la calle de Huérfanos, del Club, del Congreso, del palacio.... Ahí se espandia deliciosamente su corazon nacido para el afecto i la bondad. Ahí, su intelijencia ya ensombrecida, recobraba el aire retozon de sus mejores tiempos.

Pero un fenómeno que él no habia previsto comenzó a producirse. Los hogares en que era recibido como padre, como hermano, como hijo, comenzaron a dispersarse. Aquellos seres que habia visto nacer, i a los cuales dedicaba la ardiente

fraternidad de su alma, crecieron, tomaron otros rumbos, amaron a otras personas. Esas criaturas de las escuelas, que lo deleitaban con su agradecido i juvenil cariño, tambien crecieron i se marcharon, por el bosque de la vida, sin mirar para atras.

Se cumplia, implacablemente, la lei de la existencia. Robinet pudo comprobar hasta qué punto su jenerosidad lo había traicionado. Por dedicarse esclusivamente a los hogares amigos. por adoptar en calidad de hijos a todos los niños desvalidos, habia olvidado de formarse un hogar propio. El hogar propio, el que uno forma egoístamente, es el único que no emigra cuando, en el reloj de cada jeneracion, suena la hora del desbande jeneral.

Sonó esa hora i Robinet comenzó a sentirse solo, comenzó a ver alejarse por la vasta llanura, atraídas por suertes diversas, a todas esas criaturas que habia amado, de cuya niñez habia sido el tutor, i a la sombra de cuya esbelta juventud habia imajinado deslizar su vejez. Comenzó a sentirse víctima del celibato, del abandono. Ese fué un suplicio para su corazon paternal. Entónces vió que todo eso era fujitivo, que no habia sabido prepararse una felicidad duradera, un hogar propio.

Por un lado amarguras, desengaños, seguridad de lo poco que valen para el mundo las bellas cua-

lidades; por otro abandono, indiferencia de los seres queridos. Esto basta para influenciar fatalmente un espíritu; esto i el espectáculo del servilismo, del triunfo del dinero, de todo aquello, en una palabra, contrario al sentimiento, a la altivez, a la intelijencia.

Así, el corazon de Cárlos Robinet comenzó a helarse mortalmente. No podia vivir; le faltaban los elementos que constituían el aire respirable de su naturaleza moral: delicadeza, justicia, afeccion.

No era, evidentemente, un hombre práctico. Faltábanle los resortes de la vida: el cinismo, el cálculo, la indiferencia. Sólo en apariencia era vividor; en el fondo estaba siempre en desacuerdo con la vida real. Este desacuerdo, prolongándose al traves de los años, perfeccionándose cada dia más, orijina esas agudas neurastenias que invaden el cerebro con ideas excéntricas i fúnebres. Es la enfermedad que produce el mundo con sus defectos, sus vicios, sus bajezas. Es un mal propio de las almas buenas; ha sido diagnosticado; la historia de la psicolojía humana está llena de sus fatales consecuencias.

Desde hacia tres o cuatro años notábanse en Robinet los síntomas de esta terrible enfermedad. Su transformacion era grande. Ya no era vividor, ni alegre, ni chispeante. Se forjaba él mismo motivos de misantropía. Su injenio optimista i

paradojal habíase trocado en ironía mordaz, sangrienta. Aun al lado de sus amigos más fieles veía fantasmas de agravios ilusorios. Los síntomas eran fatales. Los oscuros oleajes llegaron a invadir su intelijencia, su prodijiosa ajilidad intelectual. En su oficina de la calle de Huérfanos,—tan famosa por tantos motivos,—en la tarde, cuando concluía sus abrumadoras tareas, veníanle excitaciones indecibles. Hablaba destilando cansancio i amargura. En vez de la chispa de buena salud, que brillaba en sus ojos cual fuego pagano, encendíase una fosforescencia enfermiza. Su diccion, habitualmente locuaz, llegaba a entorpecerse. Algo dañado habia en el corazon i en el cerebro. Se murmuraba que Robinet estaba "raro". Ah! si no hubiera sido más que eso. Robinet estaba loco. Quienes lo conocieron diez años ántes, admirable por la conservacion de su juventud, enamorado de todas las formas de la vida, fervoroso practicante del sport, sagaz, espiritual, soportando con placer i sin fatiga las labores que voluntariamente se imponia, no lo hubiesen reconocido al verlo sin encontrar placer en nada, confundido, iracundo, agresivo, desgastado, pues la profunda enfermedad moral ya minaba su físico resistente. Estaba enfermo, nostáljico, aburrido. Lanzábase en provocaciones i lances contrarios a su carácter. Caminaba a paso rápido al fin a que llegó. Sólo percibia las miserias del mundo, si bien es verdad

que son escasas sus bellezas... El cariño de su anciana madre era, talvez, lo único que lo hacia seguir viviendo, lo que prestaba aun a su imajinacion momentos de luz i de reposo. El Congreso tambien lo retenia. Los trabajos parlamentarios fueron su postrer delicia. A ellos les entregó todo cuanto quedaba de su potente intelijencia. Ellos fueron el último campo en que su grande alma de patriota i de hombre abnegado probó su placer predilecto, el placer de ser útil. Habia dejado su antigua vida de comerciante i de hombre de mundo, para entregarse con cuerpo i alma a los trabajos i debates del Congreso. Cuando, en las elecciones de 1902, quedó fuera del Congreso se cortó otro de los pocos lazos que aun lo ligaban al mundo: esa pasion i ese orgullo del mandato popular. Sin la Cámara quedó más espuesto a su fatal aburrimiento, poblado de tristezas i de locas visiones tentadoras.

Sus cartas de los últimos años denotan fatiga i desencanto: el estilo vivo i luminoso aparece como un verjel envuelto en neblina algo rojiza. Las ideas lastimosas no tardaron en llegar, las apreciaciones que demuestran que se ha perdido la exacta relacion de las cosas. Muchas de sus cartas terminan con un laconismo revelador i melancólico: *"Quand-même"*, — dicen: "A pesar de todo". Ese "Quand-même" era el grito de su desgarramiento moral. Las personas que recibieron esas cartas de

Robinet, cuando les llegó la noticia de su suicidio, no se sorprendieron: lo sabian devorado por esa terrible enfermedad que no tiene otro remedio que la muerte.

Así fué; no por una dificultad comercial se dió muerte este hombre ilustre; i nadie se atreveria, por eso, a echar una sombra sobre su recuerdo.

Separado de la sociedad por un cauce de desencanto i de amargura, Robinet no quiso recurrir a nadie; talvez se sintió feliz de tener algo que, al ménos, esplicara sumariamente su suicidio. Por su locura creciente, es posible, tambien, que no viera sino enemigos en las personas que lo rodeaban i lo querian. Envolviéndolos a todos en la mala opinion del mundo que le sujiriera el espectáculo de la bajeza humana, prefirió morir. Así lo demuestra la frase de su carta de adios dirijida a don Ismael Valdes Vergara: "Un brusco huracan me hunde." Tenia esa demencia que consiste en creerse solo i perseguido. Su cansancio i su dolor no pudieron resistir a la seduccion del admirable reposo de la muerte.

Por esto, Robinet no me inspira esa piedad que algunos quisieron tributarle como concesion póstuma. Su vida es un ejemplo, i su memoria de gran servidor público se impone a la veneracion del pais.

Tampoco lo compadezco, puesto que la muerte habia llegado a ser, para él, la única felicidad po-

sible. Bien lo demuestra la sangre fria, el doloroso placer con que se la preparó, sin olvidar un solo detalle, como el enfermo que prepara una operacion que ha de mejorarlo.

Sus últimas cartas, aunque alocadas i oscuras, revelan no sé qué alegría de viajero que se dirije a un mundo mejor. En eso no sólo vemos la valentía tradicional de su carácter, sino tambien el grado profundo a que habia llegado en él el disgusto de la vida. Esto fué su suicidio: el desencanto de las cosas humanas, que despierta esa facultad misteriosa i terrible que el hombre tiene de quitarse la vida. En el caso de Robinet el suicidio no fué una espiacion.

La dolencia moral, que he demostrado, lo hizo engañarse, a Robinet: no vió que era, en jeneral, mui querido i que, en todo el pais, se le admiraba con gratitud. Despues de muerto, mirando "desde alguna alta estrella", como decia Campoamor, pudo ver que se habia equivocado, asistiendo a la grandiosidad de sus funerales i escuchando el quejido del dolor que el pais sintió al verlo partir. Dolor redoblado fué ese, redoblado por la idea de que el querido suicida se marchaba creyendo que todos son egoístas i mal agradecidos.

Mirando para abajo, desde esa "alta estrella", Robinet se habrá arrepentido de haberse decretado la muerte. Habrá comprobado que, en el valle de lágrimas del mundo, hai grandes árboles de

amistad i gratitud que alivian las dolencias morales i a cuya sombra vale la pena quedarse. En vez de hacer lo que hizo, en oscuro momento, debió ver esos árboles propicios i cobijarse bajo ellos para acabar ahí, dulcemente, su noble vida. Pero estaba enfermo, estaba loco. Por eso cometió la violencia cruel, el inmenso pecado, de sustraerse a la naturaleza, de violar la augusta lei de la existencia.

RUBEN DARÍO

El militar necesita tener una patria determinada, estar al servicio de una bandera; tambien el hombre público. Este necesita defender una causa nacional o cierto órden de ideas. Para éstos, la idea de una patria, clara, fija, concreta, es indispensable. No así para los sabios, los artistas y los poetas. Estos nacen para la humanidad. Los terrenos inesplorados i las rejiones mortíferas son la patria de los sabios; ahí van para descubrir los tesoros del progreso universal; dan sus nombres a las rejiones que entregan a la civilizacion, en ellas se levantan sus monumentos, ellas son sus patrias. Cristóbal Colon, no por el hecho de haber nacido en Jénova, deja de pertenecer al Nuevo Mundo. Igual cosa es con los artistas i los poetas: su patria es aquella rejion en que más altamente se inspiraron. Paris es la patria de Heine, que nació en Alemania. ¿I a Bernardino de Saint Pierre

quien no lo coloca en las poéticas islas en que hizo pasar el idilio de Paulo i Virjinia?

No es, con semejantes ejemplos, una paradoja decir que Ruben Darío es poeta chileno, puesto que sólo en Chile ha sido verdadero gran poeta. Ya nadie discute la ciudadanía intelectual de don Andres Bello: es un escritor chileno, nacido en Venezuela.

Ruben Darío nació en Nicaragua, por el año 1860, más bien despues que ántes de esa fecha. Como todos los hijos de esa rejion acalorada, desde niño se reveló revolucionario i poeta. Entregóse, desde luego, a la adoracion de Víctor Hugo. Dió a luz, en la prensa de su pais, algunos versos que llevan la marca de la poesía tropical: estilo bombástico i pueril. En esos países del trópico, donde muchas veces los dictadores desalojan a los sabios i a los escritores serios, donde suele no haber opinion pública, florece esa poesía.

Los poetas de Centro América escriben grandezas: "es el sol de Tarascon", decia Alfonso Daudet. El desacuerdo entre el medio-ambiente que se habita i el tono en que se escribe falsea la literatura. Solo están en lo cierto, los escritores centro-americanos, cuando describen la naturaleza, la admirable naturaleza del trópico.

Pero, por triste anacronismo, miran con desprecio la montaña, el platanar, las flores i las aves. Prefieren, los escritores de allá, una literatura

ciudadana, parisiense, refinada; se olvidan de Virjilio por entregarse a Anacreonte i a Catulle Mendés. I lo hacen de un modo frívolo, dándole toda la importancia a la rareza de la forma i a la novedad del vocabulario. Bajo el patronato de Góngora han fundado una escuela de poesía sensual i revolucionaria de la forma, algo decadente, impropia del vigor del Nuevo Mundo.

Hijo de ese mundo, con madera de ese bosque literario, Ruben Darío se construyó su famosa "barca azul" i en ella se echó a navegar por el mar Pacífico en busca de nuevos horizontes.

Desembarcó en varios puntos a propagar sus ideas elegantemente corrompidas i a vender sus nostaljias. Tuvo éxito en muchas partes, su poesía rara i brillante, fué dejando la costa sembrada de discípulos decadentes. Estos países, como no tienen tradiciones que respetar, se entregan a las influencias estranjeras con peligrosa facilidad.

Traía, no obstante, una composicion de importancia, un "plato de resistencia", como dicen los cocineros. Era ésta un canto a Juan Montalvo, el eminente pensador ecuatoriano. Esta composicion, Ruben Darío la publicaba en cada pais en que ponia pie: era su caballo de batalla. Tambien en cada pais, la iba aumentando i corrijiendo; así lo hizo al reproducirla en Chile, en *La Epoca* de Santiago, en 1887. Es una composicion realmente bella, con algo de grandioso, en la cual sólo a tre-

chos aparecen las desviaciones i las sutilezas de la escuela decadente.

Atraído por lo que oía decir de Chile, puso hacia Valparaiso la proa de su "barca azul". Como sólo lo conocíamos vagamente, i por la prensa ditirámbica de los países tropicales, llegó precedido de una gran fama. Llegó como un "pájaro azul" habiéndose él mismo dado este nombre en una versaina hecha a los poetas de su tierra.

Barca azul, pájaro azul, todo era azul para Ruben Darío. Habia adoptado, como lema de su obra poética, la frase de Víctor Hugo: "l'Art c'est l'Azur".

Pero no vimos llegar al poeta hermoso i coronado de la alegoría clásica. Vimos llegar a un muchacho delgado, de color de avellana, con nariz aplastada, punto más punto ménos que un indio americano.

La brillante bohemia de *La Epoca* le hizo a Ruben Darío una recepcion bullada. Todos analizaron su obra i pintaron su figura: Alfredo Irarrázaval, Hübner, Luis Orrego. El artículo de éste último, publicado en *La Epoca* el 21 de Febrero de 1889, me parece el más apropiado para dar una idea del hombre i del poeta.

En suma, era Ruben Darío un pobre diablo. Habíamos esperado algo así como un jóven griego conducido de la mano por Safo en persona. Muchos años despues esperábamos en Arturo Ambro-

gi,—retoño literario de Ruben Darío (1)—a un parnasiano i vimos llegar a un imberbe entumecido por el clima del sur. Estos son los engaños de la prensa centro-americana, la cual, en literatura, es sólo una vasta sociedad de bombo mutuo.

Traía el errante personaje, cartas de un centro-americano, viejo amigo i conocido de Chile, don Juan Cañas, el diplomático i poeta de alma grande. Así se abrió todas las puertas que no se habrian abierto al sólo eco de sus versos. En la imprenta de *La Epoca* —la inolvidable publicacion literaria de aquellos felices tiempos,—se le procuró alojamiento. Ahí depositó el poeta arribano todo su equipaje: un tomo de Víctor Hugo, un cuaderno de recortes, dos pares pantalones,—uno puesto i el otro colgado,—i sus enormes pies cansados de tanto andar... "No escriba,—le dijo el director de *La Epoca*, (2) que era un hombre agudo i burlon, —exhiba sus pies; de ese modo ganará más i descansadamente"..... Con lo cual el poeta, en su rostro de ídolo asiático, se sonrió bondadosamente. Más tarde, el injenio incomparable de Alberto Blest Bascuñan habia de recompensarlo diciéndole: "Tus versos son tan grandes como tus pies".

En aquel tiempo, Ruben Darío llevaba su timi-

---

(1) Jóven literato centro-americano que vivió en Chile en 1898 i 99.

(2) Don Eduardo Mac-Clure.

dez hasta el punto de tenerle miedo a las ánimas del Purgatorio.

En su alojamiento de *La Epoca,* lo pasó como aterrado.

Poco a poco fué saliendo a la calle i quedándose absorto ante el espectáculo que se le presentó. No tenia idea de lo que era una ciudad de trescientas mil almas, quien es ahora un cronista de las grandes capitales. Santiago se le apareció como un ensueño, con su actividad, sus teatros, sus palacios, sus jardines i monumentos. El despertar a la vida moderna le produjo un aturdimiento del cual lo sacudieron entre Pedro Balmaceda i Manuel Rodríguez Mendoza.

Despacio, fué aprendiendo algo de la vida; despacio se fué elaborando el escritor notable que, años despues, produciria "Los Raros" "La España Moderna" i "La Caravana pasa"... Estos libros se formaron con los artículos que, desde Europa, envió a *La Nacion* de Buenos Aires. Posteriormente, del mismo modo, ha aparecido el volúmen "Tierras Solares".

Reveló en Santiago los instintos bohemios de las razas primitivas: ansioso de goce, lo derrochaba como un niño; carecia de la menor prevision. Mal iba a estar en Chile, pais de lucha i espíritu práctico, ese soñador del trópico. Pero venia vagando por instinto como los trovadores de la edad media,—los abuelos de los poetas modernos,—venia

huyendo de la mediocridad de su tierra, venia, confusamente, en busca de un horizonte para su jenio. Despues, cuando adquirió desenvoltura i lejítimo orgullo de poeta, daba a entender que un hecho romántico habia motivado su viaje a Chile, la historia de amor del canto XIII en el volúmen que publicó entónces titulado "Abrojos":

Que lloras? Lo comprendo
Todo concluido está!......

Pero nadie le creyó eso a Ruben Darío, quien era, como el Marius de Caran d'Ache, un imajinador permanente. Ese cuento de amor fué un motivo de verso i nada más.

Los jóvenes de *La Epoca*, que eran literatos a carta cabal, pusieron a Ruben Darío en contacto con los grandes escritores. Luego se familiarizó con Zola, Daudet i los Goncourt. El espíritu de esos hombres le fué preparando a su poesía un fondo más humano que el que le habian inspirado los poetas románticos. Aprendió de memoria a Armand Silvestre, un sensualista banal, es cierto, pero un poeta helénico en la forma. Hizo algunas lecturas de novelistas i poetas ingleses, que le enseñaron la honda poesía de la naturaleza i del hogar. Buscóse, por ahí, una docena de máximas latinas, i, con eso, se armó de las letras caballero andante, reluciente i bravo.

Entretanto, en su oscura imajinacion, habíase

producido un despertar maravilloso, una especie de aurora en la que trinaban las aves del Paraíso de su alma tropical. Hizo de una poesía de Armand Silvestre una admirable imitacion:

Un algo de alma aun yerra
por los cálices muertos
de las tardas volúbiles
i los rosales trémulos.
De luces lejanas,
al hondo firmamento,
en alas del perfume
aun se remonta un sueño.
Un algo de alma aun yerra
por los cálices muertos...

Desde entónces publicó, en *La Epoca*, poemas i abrojos entrelazados: ramos de flores olorosas i brillantes entre espinas i jaramagos.

El público de Santiago, si bien con asombro, lo leyó con placer; i no tardó en tomarle cariño i en manifestárselo de un modo exajerado que lo enfermó de vanidad.

Aparecieron sucesivamente, "Invernal", "Anatka", "Primaveral", "La Cancion del Oro", "El fardo", etc., etc., serie de poemas i de cuentos en prosa que serán siempre joyas de la literatura americana. Estas composiciones pasaron a formar un volúmen editado por cuenta de los diarios en que colaboraba Ruben Darío. Su amigo i protector, don Eduardo Poirier, diplomático i hombre de letras, hizo activamente para que se reunieran

en un libro esos admirables productos de la imajinacion de Ruben Darío; quien, al libro, no pudo impedirse de bautizarlo "Azul". (1887).

En vista de esto, los chilenos le ciñeron laureles i lo elevaron en alas del panejírico. I no sólo los chilenos; tambien lo hizo, desde España, don Juan Valera en sus "Cartas Americanas". "En mi sentir,—le dice,— hai en usted una poderosa individualidad de escritor, ya bien marcada, i que si Dios da a usted la salud que yo deseo (hai cierta ironía en este voto), ha de desenvolverse i señalarse más, con el tiempo, en obras que sean gloria de las letras hispano-americanas".

El agudo pero prevenido crítico español no quiso confesar que lo que ya habia escrito Ruben Darío constituía una gloria literaria. Talvez por lo que más abajo le dice en esa misma carta: "Veo que no hai en castellano autor más francés que usted. Lo digo para afirmar un hecho, sin elojio ni censura. En todo caso, más bien lo digo como elojio".

Así, cediendo de mal grado, el eminente escritor español reconoce la obra meritoria realizada en América sobre la vieja lengua castellana, esa obra de modernizacion i alijeramiento del lenguaje por medio de jiros i modismos tomados de la hermana lengua francesa.

Tales alabanzas eran justas. Ruben Darío se mostraba un verdadero poeta, con capacidad pro-

funda i conmovedora para referir los desengaños i las tristezas de la vida. Hai composiciones suyas a las cuales ni Leopardi, ni Heine, ni Musset, ni Campoamor, habrian rehusado la firma. Entre esas está este "abrojo":

Cuando la vió pasar el pobre mozo,
i oyó que le dijeron:—¡Es tu amada!...
lanzó una carcajada,
pidió una copa i se bajó el embozo.
—¡Que improvise el poeta!
I habló luego
del amor, del placer, de su destino.
I al aplaudirle la embriagada tropa,
se le rodó una lágrima de fuego
que fué a caer al vaso cristalino.
Despues, tomó su copa
i se bebió la lágrima i el vino.

Esa bella composicion demuestra que el alma del poeta habia penetrado en los secretos del jénero sujestivo. "Abrojos" i "Azul" son dos preciosos manuales de tristeza íntima. Lo que hai ahí de desdeñoso i cruel hace pensar en el escepticismo apasionado de Byron i Pustkine. Ruben Darío, tan esterior i artificial al llegar a Chile, se hizo un escritor lleno de honda simpatía humana. "El Fardo" i la "Cancion del Oro" (cuentos en prosa), son pájinas en que la vida palpita con sus dolorosos contrastes; hai en ellas un amor al prójimo evanjélico i altas aspiraciones de felicidad social. "El Fardo" es la trájica historia de un jornalero que muere aplastado en un muelle de Valparaiso.

Ahí estuvo Ruben Darío, algun tiempo, como empleado de aduana. Ese cuento, doloroso i noblemente revolucionario, es, como los que escribe Máximo Gorky, un "cuento vivido".

Casi todas las composiciones que en Santiago publicó Ruben Darío son de gran belleza.

En medio de sus audacias modernistas, tienen las virtudes del talento verdadero, tienen algo de la obra maestra. La pasion sopla en ellas intensamente, sobre un fondo de filosofía algo pagana. Esto es un poema "Invernal", con mucho sentimiento íntimo a la vez. Todo lo cual produce una poesía encantadora:

Noche. Este viento vagabundo lleva
las alas entumidas
i heladas. El gran Andes
yergue al inmenso azul su blanca cima.
La nieve cae en copos;
sus rosas trasparentes cristaliza:
en la ciudad, los delicados hombros
i gargantas se abrigan:
ruedan i van los coches,
suenan alegres pianos, el gas brilla;
i si no hai un fogon que le caliente,
el que es pobre tirita.

Es como el exordio de una novela pasional puesto en versos libres. Es una poesía que, en su estravagancia moderna, no desmiente de la belleza antigua. Al final de ese cuadro santiaguino, Ruben Darío pone unas cuantas estrofas que son como un bajo-relieve báquico:

Oh! crudo invierno salve,
puesto que traes con las nieves fríjidas
el amor embriagante
i el vino del placer en tu mochila!

Eso basta para apreciar su imajinacion, poblada de imájenes brillantes i de dulces ensueños. Su ardor tropical, por la fría influencia de nuestro clima, realiza ese estilo figurado incomparable. Es un poeta que, bajo el oropel moderno, muestra el oro macizo de los Antiguos.

Elevado al rango de escritor de alto coturno, Ruben Darío comienza a sentirse demasiado grande para Chile. Se fué sin mirar para atras. Olvidando que a Chile lo debe todo, no ha vuelto a pensar en esta montaña, que es la cuna de su gloria; apénas sí, de cuando en cuando, nos deja caer, como limosna, algun elojio o algun recuerdo. En Buenos Aires i en España, Ruben Darío se ha hecho un "snob". Aunque se sea gran poeta, no se deja de ser pobre hombre...

En las grandes capitales de Europa, el indio asustadizo que vimos llegar a Santiago, se torna un cumplido hombre de letras. Se adueña perfectamente del castellano, se hace crítico dilatando su cultura intelectual i artística. Sus correspondencias a *La Nacion* de Buenos Aires llaman justamente la atencion. Es un brillante comentador de los acontecimientos europeos; aunque su estilo, por la permanente tendencia a la melo-

pea, suele ser empalagoso. No es posible, en tono de incansable declamacion, querer comenzar todas las frases por una I. La gran prosa es la espontánea i sencilla. No obstante, Ruben Darío cree en lo que llaman "estilo burilado" (el "estilo artista" de los Goncourt). Eso está bueno para un cuarto de hora, pero no para toda una existencia literaria.

Prescindiendo de esos detalles, puede establecerse que Ruben Darío, desde que partió de Chile, se ha hecho un notable escritor; hai cuatro obras suyas que son un vivo testimonio de su temperamento colorista i de su grande ilustracion: "Los Raros", "La España Moderna", "La Caravana pasa..." i "Tierras Solares". Pero el poeta se apagó, el admirable poeta santiaguino de "Abrojos" i de "Azul".

De tarde en tarde ha vuelto a escribir en verso, pero no ya con el mismo resultado. Bien se puede ello notar en la recopilacion que publicó en Buenos Aires en 1895, bajo el título de "Prosas Profanas". Salvo el canto al cisne, en que retraza la rejia historia de esa estirpe de aves:

Rimador del ideal florilejio,
es de armiño su lírico manto,
i es el májico pájaro rejio
que al morir rima el alma en un canto.

Salvo eso, cuya belleza es grande, "Prosas Profanas" forman un volúmen desagradable. En él

aparece Ruben Darío no ya como robusto i animado cantor de los Andes i las viñas del Pacífico, sino como imitador empolvado de la escuela decadente, de todos esos insanos de la literatura europea que, con el nombre de "simbolistas" i "neomísticos", cantan, entre copas de ajenjo i bocanadas de humo, en los mesones de las tabernas del barrio latino de Paris, el triunfo de un arte nuevo, arte de dolor i estravagancia, del cual los tristes apóstoles fueron Verlaine i Edgardo Poe. Volvió a ser, el infeliz poeta, lo que en Centro-América siendo niño: amanerado i pueril:

Mía: así te llamas
¿Qué más armonía?
Mia: luz del dia,
Mía: rosas llamas.

Así se dirije, en "Prosas Profanas", a no sé qué heroína neurótica evocada en un ensueño híbrido. ¿Puede haber algo más antiartístico i débil i desagradable? En ese libro los altos principios de la poesía están desvirtuados, reemplazados por un soplo de corrupcion "boulevaresca", como él mismo suele decir en su impaciencia peligrosa por crear adjetivos.

En fin, que Ruben Darío, de gran poeta americano, pasó a ser uno de esos "menores" que, a la caída del Imperio romano, cantaban cosas repugnantes.

En el campo poético—i ya es tarde para en-

mendar la plana—no pudo realizar el voto con que Luis Orrego lo despidió de Santiago desde las columnas de *El Ferrocarril*: "No olvide, amigo Ruben, que en este pais se estendieron los horizontes de su alma, que desde aquí usted ha visto la tierra prometida. Ojalá que, a diferencia del poeta de la fábula, le sea dado penetrar en ella."

No penetró; al contrario, salió de ella. ¿Fueron las malas relaciones literarias, fué el efecto que el espectáculo de la Europa produjo en su temperamento de indíjena? Todo eso fué: el gusano de la cursilería se le metió en el alma i su jenio de poeta se deshizo en polvo de camarin. Hízole falta el clima templado del Pacífico i la virilidad de nuestra raza; perdió la espontaneidad, la lozanía, todo lo que constituye el alma de los buenos poetas; sólo quedó en pie, robustecido por los viajes i la práctica de la vida, su talento de crítico i de prosador brillante; el poeta murió, víctima de mortales refinamientos.

Así está—ahora que comienza a envejecer—el antiguo "pájaro azul", con el recuerdo ya borrado de un pais de América, en el cual, durante cuatro años, escribió buenas i hermosas poesías. (3)

---

(3) La última composicion suya que he leído verifica su irremediable decadencia como poeta. Es una "Oda a Mitre", un canto al pro-hombre arjentino de un estilo impropio para tratar a un héroe; difuso, tambien, con imáje-

Ese pais fué Chile. Por eso dije al comenzar que Ruben Darío es poeta chileno, fiel a la doctrina por la cual la patria de los artistas es el punto de la tierra en el cual se inspiraron más noblemente.

---

nes qne han hecho reir, como aquella de prodigarle a Mitre "el saludo de los olmos, el saludo de las encinas..." Solo falta, dijo un crítico, el "saludo de las lechugas"...

En cierto modo Ruben Darío tambien ha sido diplomático, cónsul de los países de Centro América en Europa. Es así como los Gobiernos acostumbran ayudar a los escritores que no alcanzan a vivir con su pluma. En 1906 vino al Congreso Pan-Americano de Rio Janeiro, en calidad de Secretario del delegado de Nicaragua. Pero, en mui mal estado de salud, los médicos le aconsejaron que abandonara esa ciudad en la cual la fiebre amarilla nunca falta; no estaba preparado para resistirla. Su actuacion en esa conferencia internacional se redujo a repartir su tarjeta con el título de «Representante de los Archivos diplomáticos,» i a obsequiar a los delegados su Oda a Mitre.

HEREDIA [1]

Con motivo de su muerte, mucho ha hablado la prensa del ilustre poeta. Yo quiero dar mi impresion de su figura, que vi una sola vez, i de su talento que he admirado siempre.

Una noche del invierno de 1903 me lo mostraron en la Comedia Francesa, en el palco del director, Julio Claretie, ese palco que atrae todas las miradas, como si fuese de mujeres bonitas. En Francia se admira tanto la belleza como el talento.

Era José María de Heredia un hombre alto, arrogante, de perfil acentuado i luenga patilla. Parecia un conquistador del siglo XV. Ese parecido no era en él una usurpacion. Nacido en una familia de la vieja nobleza de España, tuvo abuelos en la conquista del Nuevo Mundo i en el Tribunal del Santo Oficio. El nombre de Heredia es de esos

(1) Publicado en ocasion de la muerte del poeta, acaecida en Paris, en Setiembre de 1905.

que saltan en las estrofas blasonadas de "Ruy Blas" i de "Hernani".

Sobre la severidad de ese rostro de medalla, veíase flotar una espresion ardiente i simpática, algo afable, que, más que el espíritu frances, me pareció la gracia de los criollos, esa indecible gracia de los que, de sangre hidalga, nacen bajo el cielo risueño, sobre la tierra fresca de la América. Nadie ignora que ese gran poeta frances era hijo de la isla de Cuba.

Lo observé miéntras duró la representacion, porque le admiraba. Su libro *Los Trofeos* es uno de mis libros de cabecera, esa obra maravillosa, en la cual no hai sino sonetos, lo que no le impide ser variada i brillante como uno de esos inmensos "vitraux" con que los artistas del Renacimiento cerraban las ojivas de los templos. Cada soneto de *Los Trofeos* es una pequeña obra maestra, como cada vidrio de esas ventanas. I es tan variado, tan evocador, ese libro de Heredia, que llega a parecer una *Leyenda de los Siglos* puesta en sonetos. (Así lo llamó Francisco Coppée). No en grandes frascos, como Víctor Hugo, pero si en esmaltes preciosos, Heredia nos resucita la belleza de los mitos abolidos, el alma de los siglos muertos, lo pintoresco de las civilizaciones desaparecidas. Haciendo por el pasado una escursion poética, nos hace admirar las hazañas de Hércules, nos lleva a las cacerías de Artemisa, o nos describe el vuelo

silencioso del caballo alado, que lleva al traves de los astros, el grupo de los amantes heroicos.

El ciclo de Heredia en *Los Trofeos* es completo. Nos pasa de Grecia a Cicilia; de ahí a Roma, a cuyas puertas llegan los bárbaros; i despues a la Edad Media i al Renacimiento.

Tomemos uno de esos diminutos pero impresionantes cuadros del maestro, ese que, en su leyenda grandiosa, pinta la navegacion de los descubridores de América:

Como halcones que emigran de su peñon natal,
Hartos de sus miserias e inútiles blasones,
De Palos parten juntos, hidalgos i matones,
Ebrios de anhelo heroico i de pasion brutal.

Cipando es su conquista, en pos van del metal,
Del oro que la fábula acopia en sus rejiones,
Vientos del Este imprimen seguras direcciones
E inclínanse las velas al mundo occidental.

Cada noche en espera de acciones culminantes,
Reflejan de los trópicos las hondas centellantes
Los espejismos de oro que en sueños ven lucir!

O bien, del frájil barco sobre la borda echados,
Con mudo asombro miran en cielos ignorados,
Del fondo del océano nuevos astros surjir. (2)

Así, cada pájina de *Los Trofeos* encierra una obra perfecta. Todos los frutos de su inspiracion son iguales en sabor i en belleza. La abeja de la

(2) Traduccion de don Guillermo Matta.

antolojía no sabria en cual de ellos posarse preferentemente.

Se admira, desde luego, en las poesías de Heredia, el amor a la exactitud, el respeto de la verdad, eso que lo hizo ser un historiador, ademas de un poeta.

Antes de entregarse a producir, habia hecho en la Escuela de Chartres un estudio completo de las humanidades. Despues pasó largos años sacando de entre el polvo fecundo de los archivos visiones del mundo muerto.

Admiramos la estructura sobria i fuerte de sus composiciones, el buen gusto irreprochable. Se salvó del amaneramiento en que, por buscar orijinalidad, caen, casi siempre, los poetas americanos, de ardorosa imajinacion. He leído en diversos estudios sobre Heredia i su obra, que esta propiedad del buen gusto nacia de su gran temperamento de artista, i que dicho buen gusto suyo se mostraba lo mismo en su charla, en su vida sencilla i noble. Francisco Coppée, al recibirlo en la Academia Francesa, le dice: "Ud. tuvo, señor, una admirable juventud. Cuando Ud. leía una pájina literaria o se encontraba en presencia de una estatua o de un cuadro, o cuando tocaba simplemente un objeto de marfil o de bronce, en la emocion de vuestra voz, en la voluptuosidad de vuestra mirada, en la crispacion acariciante de vuestros dedos, en todo, se veía la delicadeza apasio-

nada del artista" (3). Estas palabras se comprueban con los sonetos insertos en *Los Trofeos.* Parecen una coleccion de medallas, de variadas efijies i ornamentos, acuñadas, todas ellas, del modo poderoso i sutil con que lo hicieron los orfebres de Florencia.

Pertenece este gran poeta que acaba de morir, a una familia literaria mui interesante, que nació a la vida del arte en la segunda mitad del siglo XIX. La característica de esa familia es la perfeccion, el respeto severo a las leyes del estilo i de la métrica, el culto de la forma, atento i permanente. Fueron esos parnasianos perfectos, los compañeros, los hermanos de José María de Heredia, Gautier, Banville, Baudelaire y Leconte de Lisle. Llegaron al mundo cuando declinaba esa jeneracion jenial de Lamartine, Victor Hugo i Musset, esa que dió la más bella cosecha lírica que se rejistra en la historia del jenio latino. Despues de ese esfuerzo enorme del jenio de una raza, los poetas de la segunda mitad del siglo sintieron un cansancio, comprendieron que les seria imposible alcanzar la inspiracion de aquéllos. Entónces se dedicaron a un arte ménos elevado i grandioso, pero más perfecto, más sabio, más humano, ya que el lirismo parece ser una facultad de semi-dioses.

(3) Heredia fué recibido en la Academia Francesa el 30 de Mayo de 1895.

A falta de jenio, los poetas de la segunda mitad del siglo, optaron por la disciplina intelectual i artística. Por eso se les llamó "parnasianos". No pudiendo ser improvisadores ardientes i desordenados, fueron poetas finos e irreprochables. La crítica los recibió mal. El público guardaba todavía la impresion grandiosa de Victor Hugo i el dulce dolor de Alfredo de Musset. Solo se comprendian los versos confidenciales, nacidos del amor i de la pena; sólo las elejías eran gustadas; no era poeta quien no cantase a una mujer.

A pesar del mal recibimiento de la crítica, los parnasianos insistieron en cultivar otro jénero de poesía, una poesía impersonal, descriptiva, plástica, inspirada en motivos mitolójicos, inspirada en la historia o la leyenda. Si permanecian ajenos a las pasiones del amor, se exaltaban en presencia de lo bello; fueron más escrupulosos que inspirados, i su emocion dirijióse a los espectáculos de la naturaleza i de la humanidad. De este jénero poético, que ahora admiramos, Baudelaire i Heredia dieron los modelos más perfectos. "Las Flores del Mae", del primero, i "Los Trofeos", del segundo, comprueban i señalan, con noble esfuerzo, una nueva etapa en la marcha del jenio poético de la raza latina.

Heredia figurará en el pequeñísimo grupo de los grandes poetas contemporáneos. Ese puesto se lo ganó con pocas poesías, las cuales reunidas sólo

forman dos volúmenes. Esto prueba el mérito de ellas. No era escritor profesional; sólo producia cuando la inspiracion le llegaba. Por eso se le tachó de perezoso; pereza bien fecunda — decimos nosotros—pues ella permite la normal florecencia de las ideas i deja tiempo para que la forma se cristalice. Es verdad que otros poetas, como Victor Hugo i Byron, tuvieron el lema de "Nulla dies sine linea". Cada dia trabajaban en sus versos cierto número de horas, como jornaleros de la prosodia. Esa disciplina sólo pueden tenerla o los hombres de jenio o las intelijencias mediocres. El poeta esencialmente artista, como Heredia, no se aviene al método. Nadie lo apura. Se inspira naturalmente, sin saber cuándo ni cómo. Entónces produce i condensa despacio mucha poesía en poemas cortos. El dice, como el personaje de Molière: "El tiempo en esto no sirve de nada". ¿Qué importa que la obra empezada tarde en quedar concluida, si con eso se perfecciona? La fecundidad es en el hombre de letras un don maravilloso. Pero, en poetas como Heredia, la pereza soñadora, la parquedad para producir, son cualidades.

Despues de haber estudiado su vida i su obra, José María de Heredia se me aparece como el tipo perfecto i puro del poeta artista. A su arte le rinde culto desinteresadamente. Como Carmen, que decia cantar para "ella sola", Heredia escribia en su retiro de soñador i nunca publicaba. No impor-

tándole el éxito, era rebelde a las inclinaciones del gusto público. No tenia ni las ambiciones sórdidas ni las ridiculeces del profesional. Sus amigos, poseídos de admiracion por tal o cual soneto suyo, solian arrebatarle el manuscrito para darlo a la prensa. Pero eso fué poco. Las obras suyas se jeneralizaron más bien por la lectura que él mismo hacia de ellas en los cenáculos de Paris. Los sonetos de Heredia circulaban aprendidos de memoria. Su obra dispersa, arrojada jenerosamente como polvo de oro a los cuatro vientos de la ciudad intelectual, produjo admiracion ántes de aparecer ordenada en volúmenes. Fué, largo tiempo, un escritor célebre e inédito.

Este fué el escritor que acaba de morir en el pináculo de la gloria literaria. Su nombre pertenece a la raza latina i su recuerdo es orgullo de América, donde nació, i de Francia que lo hizo su hijo adoptivo.

Jóven escritor que te desvelas noblemente, a la luz de tu lámpara en que las ilusiones fulguran, tratando de fijar con palabras armoniosas el ensueño de la existencia; jóven artista o poeta que mañana, talvez, recibirás el beso de la fama, inspírate en la vida de José María de Heredia, lee sus admirables sonetos. El es un maestro de cuyo aprendizaje sacarás mucho bueno; i, sobre todo, él fué un carácter moral, un tipo de artista probo, fiel a sus ideales, profundamente desinteresado.

El es uno de aquellos que, en esta vida literaria tan llena de pasiones que manchan el carácter, ofrece un ejemplo sereno i un puro amor al arte, sin estar de por medio ni el orgullo ni la ambicion.



ÍNDICE

PRIMERA PARTE

(GOBERNANTES)

SEGUNDA PARTE

(LITERATOS)

